

ESTHER

cumple
cuarenta

PURITA CAMPOS
CARLOS PORTELA


ESPASA

Índice

Portada

[Domingo](#)

[Lunes](#)

[Martes](#)

[Miércoles](#)

[Jueves](#)

[Viernes](#)

[Sábado](#)

[Domingo \(otra vez\)](#)

[Láminas](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



DOMINGO

*Hey, I saw your guy with a different girl
Looks like he's in another world
Run and hide Sunday Girl*

BLONDIE

El próximo domingo cumpla cuarenta años. Ahora dicen que los cuarenta son los treinta. No sé... Si ves las fotos de la generación de mis padres, de jóvenes parecían mucho mayores. No hablo sólo de la gente de cuarenta. Todos parecían o quizá querían parecer mayores. Ahora es justo al revés. Todo el mundo está obsesionado con ser joven hasta extremos ridículos. Y, para los jóvenes, todo el que pasa de los veinticinco es un viejo. Es una ecuación de difícil solución. Si cojo la foto de la boda de mis padres con veintipocos, parece que tengan treinta y tantos. Incluso en el colegio. Basta ver las fotos de las promociones de hace veinte años. Supongo que sería cosa de la ropa y la comida. Bueno, y de los cosméticos. En los sesenta sólo Avon llamaba a tu puerta... Vale, también estaba Vidal Sassoon, pero por aquel entonces todavía no era el apóstol del *fitness* norteamericano ni reinaba en los anaqueles de los supermercados. Tan sólo cortaba el pelo de forma asimétrica a unas pocas jovencitas en una pequeña peluquería de Londres. Mi exmarido dice que todo se fastidió con *La guerra de las galaxias*. Los grandes estudios descubrieron que podían sacar fácilmente el dinero a los adolescentes y todo fue encadenado. Primero, la infantilización del cine y, después, todo lo demás. Dice que nos hemos convertido en una sociedad que sólo valora lo nuevo. Y lo nuevo, cuando hablamos de personas, es sinónimo de joven. Ni idea... Lo que sí es verdad es que ahora hacerse mayor es poco *trendy*.

Veinteañeros, treintañeros y cuarentones. Algo no funciona ahí. Si los cuarenta son los treinta, deberíamos ser cuarentañeros, no cuarentones. Sinceramente, no sé qué es peor, si la generación de mis padres, en la que los adolescentes con acné se peinaban hacia atrás y se vestían con chaqueta y corbata para parecer mayores, o la nuestra, en la que los cuarentones de incipiente barriga se visten con camisetas tratando de parecer veinteañeros perpetuos. Ni lo dudo un instante: lo nuestro es peor. No hay más que ver *Mad Men* y comparar.

Voy en un taxi a casa de mi amiga Rita a cenar. Rita era mi mejor amiga en el colegio. Hace poco que hemos vuelto a retomar contacto tras años de no hablarnos por un enfado en la noche de la fiesta de graduación del colegio. ¿Que qué pasó exactamente? No estoy muy orgullosa de mi actuación, pero, bueno... Veréis... Todo se resume en que la vi besándose con Juanito, mi amor platónico durante el colegio (de acuerdo, fuera de él también), al que pensaba

declararme esa misma noche. Lo sé, lo sé... Es una tontería. No es para dejar de hablarle veinte años a nadie. Ni veinte, ni dos. Ya, pero a esas edades todo se vive con una gran intensidad. Todo el mundo tiene las hormonas revolucionadas y el drama shakesperiano a flor de piel. ¿Cómo pudo hacerme eso? ¡A mí, que era su mejor amiga! ¡No la soporto! ¡No quiero volver a verla en mi vida! Dios... me quiero morir... Etc. En fin... Eso, sumado a la típica astenia juvenil que hace que vayas dejando la reconciliación para la semana siguiente, y luego la siguiente, y luego la siguiente, hasta que, cuando te quieres dar cuenta, la cosa no tiene mucho arreglo porque hace dos años que no os habláis, has hecho nuevas amigas y, seamos sinceras, te mueres del corte de reconocer que te has enfadado por una niñería. ¿Qué haces entonces? Lo disfrizas de falta de interés, te intentas convencer de que estás en otra etapa (la socorrida universidad) y guardas todo en la carpeta de errores en la que es mejor no mirar. Aunque en el fondo, y a pesar de que no lo quieras reconocer, te siga doliendo haber perdido esa amistad que conservabas desde la infancia. El caso es que Rita y yo hemos vuelto a retomar contacto y amistad como si nada hubiese pasado. Bueno, más o menos, porque de vez en cuando sale el temita de la fiesta.

Rita vive con Marco, su nuevo medio novio. Marco es un chulazo italiano de metro ochenta y cinco, camisa abierta tres botones, bronceado perpetuo y bueno para nada salvo para lo obvio. Cuando llego a su casa, me los encuentro en la puerta recogiendo unas cajitas con sushi que les ha llevado un motorista.

—Hola... He traído unos sándwiches —les digo mientras me bajo del taxi y me acerco a saludarlos.

—No tenías que haber traído nada —contesta Rita mientras me da un beso en la mejilla—. Te dije que nos encargábamos nosotros.

Es cierto, me lo había advertido, pero no puedo evitarlo. Es una impronta de mi madre. Me es imposible ir invitada a una casa y llegar con las manos vacías: me siento incómoda. Es una estupidez, lo sé, pero es superior a mí. Gracias a eso nos juntamos con dos cajitas con sushi (como para seis personas) que han pedido Rita y Marco y una bandeja con docena y media de sándwiches que he llevado yo.

—También he traído una botella de vino blanco —añado.

—Tienes que invitarla más —apunta Marco mientras entra en casa.

Nos reímos.

Al rato estamos los tres en el salón de Rita: es una casa modesta en el sureste de Londres. Bastante más grande por dentro de lo que parece desde

fuera.

—Es una casa muy espaciosa...

—Sí, yo la llamo la Tardis —comenta divertida Rita.

—¿Qué es una Tardis? —pregunta Marco.

—Mi Tardis eres tú, querido —responde Rita.

—¿No ponen *Doctor Who* en Italia? —pregunto.

—¿Quién es el doctor Who? —responde Marco.

—Anda, vete a la cocina a abrir el vino, sí... —sentencia Rita.

Marco obedece.

—No se puede tener todo. Para llevarlo a exposiciones y para hablar no vale. Ahora, en la cama... igualito que la nave del doctor: *bigger on the inside*.

Rita, pícara, se ríe. Marco vuelve con el vino.

—¿Y tú no tienes novio? —me suelta de buenas a primeras.

Me quedo absolutamente cortada. No estoy acostumbrada a que la gente sea tan directa de primeras. Esa velocidad de crucero es muy latina; en las islas estamos más acostumbrados a los circunloquios. Una vez leí que en Gran Bretaña la cortesía era como el humor, una barrera para preservar el espacio personal. Algo parecido pasa en Japón con todo ese ceremonial de subir y bajar la cabeza para saludar y dar las gracias. El espacio es algo muy valorado en todas las islas. En eso nos parecemos. Menos en el metro, donde, como todo el mundo sabe, en Japón hay barra libre de magreo.

—Ahora está libre —responde Rita por mí.

—¿Qué les pasa a los hombres aquí? —comenta Marco adulador.

—No es un problema de aquí. Es un problema general, querido. Los hombres no estáis a la altura de las expectativas de las mujeres.

—¿Yo no estoy a la altura...? —pregunta a su vez Marco con tono chulesco.

—Nos hemos olvidado las servilletas de papel. ¿Te importa...? —interviene Rita fingiendo que acaba de darse cuenta.

Y continúa en cuanto Marco sale de la habitación y no puede oírla.

—Es obvio que no lo está. Como acabas de ver... Todo lo reducen a una cosa: sexo.

—Perdona, Rita —me atrevo a decir—, pero no te engañes: éste mucha pinta de haber estudiado literatura en Oxford no tiene. Salta a la vista.

—A lo que me refiero es a que nos han hecho creer que existe el hombre perfecto y de eso nada. Si es listo, no suele ser guapo. Si es guapo, no necesita ser listo. Y si tiene pasta, no le hace falta ser guapo ni listo.

—Eso es una tontería.

—¿Ah, sí? Dime uno que lo tenga todo.

—No sé... ¿Hugh Grant en *Cuatro bodas y un funeral*?

—Eso es ficción. No vale.

—Lo vi en una entrevista en la tele; era ingenioso. Y muy simpático. Y está forrado.

—Pregúntale a Liz Hurley lo ingenioso que fue en Los Ángeles...

—Por favor... No seas tan pesimista. Sí que hay hombres que están bien en conjunto.

—Millones. Claro, por eso tú estás divorciada y sin pareja. Y yo me he creado mi Frankennovio. Desengáñate, Esther: el hombre perfecto no existe. Y yo digo: si no puedes encontrar al hombre ideal en una sola persona, fábricatelo con varios.

En ese momento vuelve Marco con las servilletas.

—Ya estás con tu teoría, *cara*...

—¿Se la has contado? —Estoy perpleja.

—Sí, ¿qué problema hay?

—¿Y no te importa? —le pregunto.

—A Marco le parece bien jugar en equipo mientras el encargado de marcar los goles sea él, ¿verdad, querido? —añade Rita.

Marco se ríe y la besa. Me siento como si fuera mi madre. Vale. A lo mejor a Rita le funciona el tema, y me parece genial, pero a mí eso no me va. Demasiada gente a la vez. No tengo tanta capacidad de gestión. Uf, quita, quita... Sólo de pensarlo me angustio.

En ese momento me suena el teléfono. Es un whatsapp.

—Perdón... Es de David —le aclaro a Rita.

—Entonces, si hay un David... es que sí hay alguien —dice Marco con una sonrisita.

—David es su ex —matiza Rita—. No imagines cosas raras.

—Bueno, más o menos. En realidad, tendría que ser mi ex, pero no lo es.

Marco arruga la nariz. No sé si se debe a un problema de comprensión lingüística o a que no me he expresado con claridad. Rita sale al rescate.

—El bufete que les llevó el divorcio tenía no sé qué problema legal, así que, aunque firmaron los papeles, el divorcio no es válido.

—Pues con firmarlos de nuevo ya está, ¿no?

—Más o menos.

Qué va... Bueno, en teoría sí. Qué horror, chicas... Lo que pasa es que

desde hace un año y pico tengo un lío tremendo en la cabeza. Realmente no sé qué hacer. David ha cambiado y parece haber dejado atrás todo lo que hizo que nos separásemos, y quizá debería darle una oportunidad si no fuera por... la vuelta de Juanito Wowden. Estoy atrapada en el limbo de la indecisión.

—En otras palabras: sigue casada aunque vive como si estuviera divorciada y sin saber qué hacer.

Gracias, Rita. Recuérdame que te arranque la cabeza en otra ocasión por tanta sinceridad innecesaria.

—¿Y qué te cuenta? —añade.

—Me envía una foto de Patty —respondo mientras les muestro la imagen—. Patty es mi hija adolescente —aclaro a Marco.

—Ah... —responde Rita sin mucho entusiasmo.

El «ah» se debe a que en la foto se ve a alguien disfrazado con varias cajas de Amazon como si fuese una especie de paquete viviente. Podría ser Patty o Susan Boyle ofreciéndose a ir a cantar a casa de la gente.

—No sé qué le pasa... Antes era una niña encantadora y ahora me odia y no deja de hacer cosas raras. ¿A qué viene esto? Debe de ser algún complejo adolescente. De verdad, quiero ayudarla, pero no sé cómo.

—Todas hicimos cosas raras cuando éramos niñas... Sin ir más lejos, tú y yo organizamos cada una...

—Pero nuestras travesuras eran blancas. Queríamos ser mayores antes de tiempo... Jugábamos a ser independientes, queríamos salir con chicos... Por Dios, Rita, ¡eran los ochenta! Ropa chillona, cardados, cintas en el pelo y calentadores. ¡No había maldad! Entiéndeme, es como si Hannah Montana se hubiese convertido en...

—¿Miley Cyrus?

—¡Sí...! De hecho, todo iba fenomenal entre nosotras hasta que salió a la luz el tema de mi no-divorcio.

—Es comprensible que una niña quiera que sus padres estén juntos —dice Rita.

—Sí, claro. La cuestión es que ahora me culpa a mí en exclusiva de que la familia no esté reunida de nuevo.

Y quizá esté en lo cierto. Pero es que de verdad, chicas, no-sé-qué-hacer.

—Algo tendrá que ver Juanito Wowden, digo yo.

Gracias, Rita, otra vez.

—¿El exentrenador del Chelsea?

De repente hemos vuelto a captar la atención de Marco.

—El mismo... —respondo algo avergonzada.

—Aquí mi amiga protagonizó una portada en *The Sun* con el susodicho —añade Rita.

—¿De verdad...? ¿Tú eres la que...?

Me quiero morir de vergüenza. No puede ser que en Italia se haya visto esa dichosa foto.

—Fuimos compañeros de colegio —respondo, como si eso fuese justificación de algo.

—Juanito ha sido el amor platónico de Esther desde los trece años.

Bebo para olvidar.

—A ti también te gustaba... Y te liaste con él.

—¿Has sido una niña mala, *cara*? —le suelta Marco—. Me gustan las niñas malas.

Marco se pone cariñoso sin que mi presencia le incomode lo más mínimo. Rita le planta una pieza de sushi en la boca.

—Ahora no. No empieces... ¿No ves que está mi amiga? Come y calla, anda... Después, después...

Marco se calma momentáneamente.

—*Bene, bene...* ¡Pero quiero saber la historia de la foto del periódico! —dice mientras mastica la porción de nigiri.

Rita me mira como diciendo «tú misma». Y yo pienso, ¿por qué no? Al fin y al cabo, ¿qué más da si fue público?

—El caso es que nos invitaron a la típica fiesta de aniversario de promoción.

—Por los veinte años —matiza Rita antes de ventilarse una copa de vino blanco de un trago.

—Sí. Yo hacía un montón de años que no veía a nadie del colegio. Había perdido el contacto con casi todo el mundo. Honestamente, no me apetecía mucho ir.

—Y menos encontrarse conmigo. Ja, ja, ja... —Rita se parte.

Marco pone cara de no entender.

—No adelantes acontecimientos. La cosa es que entre mi hija y Doreen... otra excompañera —aclaro.

—Que ahora es su jefa... —me corta Rita mientras continúa riéndose.

—Si quieres, cuéntalo tú —le digo.

—Vale, sigue, sigue...

—El caso es que finalmente me dio el arrebató y decidí ir a la fiesta para

llevar a cabo lo que veinte años antes no había podido poner en práctica por la intervención de aquí tu novia. Es decir: liarme con Juanito.

—Me pilló besándome con él —añade Rita con una risita maligna.

Rita lo está disfrutando.

—¿Qué? —Marco es ahora el que se ríe encantado—. *¿E vero...?* —pregunta a Rita.

Ella asiente mientras vuelve a llenar nuestras copas de vino. Adiós, botella de vino blanco.

Parece que estar a un grado de un entrenador de fútbol famoso hace que la valoración que Marco tiene de Rita haya aumentado varios puntos. Cosas de hombres.

—Sí, pero fue un beso de reconciliación de amigos. Nada más —replica Rita.

Marco sigue con máxima atención el relato.

—Es que yo había estado saliendo con él... —continúa Rita—. En realidad, ¿qué fue? Nada, ni dos semanas. Bah, tonterías de críos. Pero, no te lo pierdas, al desgraciado —ahora soy yo la que se ríe— no se le ocurrió otra cosa que dejarme por carta. Que me acuerdo perfectamente —recalca—. Y eso que íbamos al mismo colegio.

—Te sentó fatal.

—Vamos... Es que es como si ahora te dejan por whatsapp. Para partirle la cara. Toma nota —le advierte a Marco.

—Total, que voy a la fiesta... —continúa.

—Aquello era como la peli esa de Lisa Kudrow y... —interrumpe Rita.

—Mira Sorvino —le aclaro—. *Romy & Michele*.

—Sí, ésa donde para no quedar de *losers* le dicen a una de sus excompañeras que son las que han inventado el postit... Y la tipa les dice que no puede ser porque el postit lo inventó no sé quién.

Spencer Silver. Se me quedó grabado. Un gran momento. Casi tan vergonzoso como el mío.

—En fin, que tras encontrarme con Rita... —continúa.

—Le canté las cuarenta por dejarme de hablar sin motivo veinte años.

—Justificadas, justificadas... —le concedo o no voy a terminar nunca.

No pretendo ser borde ni ansiosa. Lo entiendo, es su pequeña venganza y la está saboreando. Volver a contarle es como volver a humillarme. Es como el castigo de Sísifo en versión amigas de la infancia. Lo tengo merecido.

—A ver si soy capaz de contarle del tirón... —digo.

Una forma sutil de decirle a Rita que no me interrumpa.

—Rita me echa la bronca. Le doy la razón y me avergüenzo de lo que he hecho... —Hago como que me doy latigazos en la espalda—. A los pocos segundos no veo a Juanito por la fiesta y pregunto si alguien lo ha visto. Me dicen que acaba de marcharse y salgo tras él como una bala para besarlo y declararle mi amor incondicional con la mala suerte de que... Uno: ignoraba que Juanito estaba casado.

—Para más inri, con Fenella Lord —apunta Rita—. Una pájara.

—Rita, mujer, que está muerta...

—¿Y..? Lo era... Que al final cambiara no quita que no lo fuera de joven.

—Fenella era doctora en medicina y excompañera de hospital de Kerry Kendall, mi cuñado.

—Casado con su hermana mayor, Carol. Ahí es nada.

—Y dos: lo besé delante de un fotógrafo de *The Sun* que publicó la foto al día siguiente. Debía de estar escondido en alguna parte porque os juro que la calle estaba vacía.

—Esther se convirtió en la comidilla del hospital y en el hazmerreír de su familia.

Hago una pausa y me termino mi copa.

—¿Queda algo más de vino? —pregunto.

—Me temo que no... ¿Quieres ginebra?

—¿No será un poco fuerte?

—La ginebra nunca le sienta mal a una inglesa. Es una bebida patriótica —sentencia Rita.

—Vale.

Rita hace un gesto y Marco va a por ella al mueble-bar. Entretanto, tomo un sándwich. Me quedo un instante pensando en Patty. Rita me pone la mano en la rodilla. Se ha dado cuenta.

—Ya verás como la cosa mejora. Dale tiempo.

Sonrío. La conexión entre nosotras sigue intacta.

—No sé. Ojalá. Creo que la estoy perdiendo desde que se enteró de que su padre y yo no estábamos separados. Es como si la hubiese decepcionado.

Rita ya me ha oído contar esto más veces, pero no dice nada. Sólo me presta toda su atención. Y yo se lo agradezco.

—La situación es mucho más complicada, ya lo sabes. —Asiente en silencio—. No es que esté mal con David, al contrario, ahora nuestra relación es estupenda, pero es que Juanito ha vuelto a colarse en mi vida. Y esta vez

por la puerta grande.

—Tiempo al tiempo —es lo único que me dice.

Vuelve a apretar mi rodilla y retira la mano para hacer sitio a Marco, que viene con la ginebra y unos vasos con hielo.

Seguimos hablando y bebiendo. Dos horas después, la comida está prácticamente intacta, las botellas vacías y Rita y yo nos hemos cogido un ligero punto. Marco, por su parte, se ha moderado esperando sacar partido a la noche en cuanto yo me vaya. Un profesional.

—¿Sabes algo de Juanito? Desde lo de España no he vuelto a saber nada de él.

—Tengo que llamarlo —apunto.

—Ha dejado el Chelsea y está buscando equipo —añade Marco con absoluta naturalidad—. Todavía no sabe qué va a hacer. Hay un par de equipos árabes que le han ofrecido una pasta, pero no se ha pronunciado.

En un principio, Rita y yo nos quedamos estupefactas, pero al segundo nos damos cuenta de que estamos hablando de un entrenador de fútbol. Ojalá se quede en la isla.

Miro el reloj. Las once.

—Bueno, será mejor que me vaya. Es tarde y mañana tengo que trabajar.

Me pongo en pie y me siento un poco cargada entre tanta ginebra y vino blanco. Ahora es cuando me arrepiento de no haber picado algo más.

—Llévate todo esto... —dice Rita mientras señala la bandeja de sándwiches casi intacta y las dos cajas de sushi a la mitad.

—¿Y vosotros no os vais a quedar nada?

—Mañana como en la peluquería con las niñas.

—¿Y Marco?

Rita hace un gesto inequívoco: «A Marco que le den».

—Como quieras, pero no me lo pongas todo.

—No digas tonterías. Al llegar, lo metes en la nevera y mañana os lo coméis en el hospital.

—Lo que sí te agradecería es que me pidas un taxi —le digo.

—¿Quieres que te acerque yo? —responde Marco solícito.

—No, de verdad... No hace falta. Gracias.

Al final el chulazo de italiano de Rita va a resultar un buen tipo y todo. Por un momento, estoy tentada de ejercer de hada madrina y recomendarle unos grandes almacenes donde por un módico precio puede vestirse como un ciudadano europeo normal y no como un músico de acompañamiento de

Wham! Casi al instante desisto. El traje con el que lo quiere Rita es el de Tarzán.

A los quince minutos llega el taxi. Vaya, es uno de esos taxis ilegales conducidos por habitantes de países exóticos que apenas hablan mi idioma. Rita nota mi cara de disgusto.

—Son mucho más baratos —añade.

Así que, armada con una enorme bandeja de sándwiches y dos cajitas rellenas de sushi variado que Rita se ha empeñado en que me lleve, me subo al taxi. Seré sincera, chicas, si no fuera por el vistoso TomTom que preside el salpicadero, no me atrevería a montarme en ese coche ni loca.

—Buenas noches... —les digo. Rita y Marco me despiden desde la calle.

—Adiós —me responde Rita.

—Te llamo mañana... —contesto yo, aunque no sé si me ha oído.

El coche enfila la calle, de dirección única, y el conductor vuelve la cabeza hacia mí y hace un gesto como diciendo ¿adónde? Oh, por favor... Un recién llegado que ni siquiera habla inglés. Lo miro un instante. No consigo identificar de dónde procede. Quizá de alguna isla remota del Pacífico.

—A Newhampton. Cuando llegemos, ya le indico. ¿Me entiende?

Asiente en silencio. Quizá me he equivocado y no es extranjero, es mudo. Me sorprende que no se moleste en activar el navegador. Quizá se conozca el camino de memoria. No sé. Me despisto unos minutos mirando a la noche y pensando en todo lo que hemos hablado en la cena mientras en la radio suena *Life in a Northern Town* de The Dream Academy. Es una de esas canciones aparentemente tristes, pero con un fondo optimista que hacen que te sientas mejor cuando terminas de escucharlas. Cuarenta años... ¿Y...? Es como si tuviera que empezar de nuevo... La segunda mitad. ¿Es el principio del fin o el fin del principio? La canción termina y yo salgo del trance. De casualidad veo un cartel que indica Watford. ¿Watford? ¿Adónde demonios estamos yendo?

—¡Hey, espere! —le grito al conductor mientras le golpeo con la mano en el hombro—. ¿Adónde me lleva?

—Northampton —dice cargado de razón.

—Northampton, no. Newhampton. NEWhampton. Ay, mi madre...

No era mudo; era sordo.

—Northampton —vuelve a decir como si fuese la misma palabra señalando hacia delante.

Y encima está convencido de que va bien.

—¡Pare! ¡Pare, por favor!

Eso sí parece entenderlo, aunque lo hace de mala gana y rezongando.

—Déjeme el navegador. Yo se lo programo. Démelo, por favor.

Me mira con los ojos abiertos como platos y sin decir ni pío.

—El TomTom —lo señalo—. Déjemelo y yo le marco la dirección.

Dice algo en otro idioma que no alcanzo a entender. Lo que sí entiendo es el mensaje: ni de broma. ¿Qué hago? Deseando morirme me bajo del taxi. Dejo la bandeja en el suelo y saco diez libras de la cartera. Refunfuña un poco, pero las acepta y después se va de nuevo en dirección Londres.

—¿Y ahora qué?

Sin otra opción a la vista, no me queda otra que llamar a Rita. Al cabo de un rato Marco aparece a recogerme en su coche. ¡Viva Italia! Subo. A la media hora larga llegamos a mi casa.

—Muchísimas gracias, Marco. Me veía ahí tirada hasta el día siguiente.

—No hay problema. ¿Te ayudo con la bandeja?

—No hace falta. Con que me...

Antes de que termine la frase, Marco se ha bajado del coche, me ha abierto la puerta y me está sosteniendo la bandeja de sándwiches para que pueda bajar cómodamente. Cuánto tienen que aprender los hombres en este país. ¡Y los taxistas ilegales!

—Bueno, en fin... Muchas gracias —le digo—. Si quieres, ya me encargo yo...

—De ninguna manera, *cara*...

Es una bandeja de sándwiches, no una vajilla de Limoges, puedo llevarla perfectamente. Pero el hombre insiste y, por no hacerle un feo (al fin y al cabo se ha pegado la paliza de traerme y aún tiene que volver), acepto. Está claro que no estoy acostumbrada a tanta galantería.

—Como quieras...

Abro la puerta.

—La cocina está entrando a mano izquierda.

—*Bene*...

Para mi sorpresa, nada más dejar la bandeja en la encimera y sin mediar palabra, me planta un beso con lengua. No sé qué hacer. Estoy en shock. No me ha dado tiempo a nada. De hecho, aún tengo las cajas con el sushi en la mano. ¿Debo meterlas en la nevera inmediatamente o tiene prioridad el beso? Decido aparcar el sushi y encararme con el italiano. El arroz aguanta bien a temperatura ambiente.

—¿A qué ha venido eso?

Marco es un tipo experimentado y trata de que no piense.

—Perdóname, pero no puedo evitarlo, eres *piu bella*...

Y vuelve al ataque tratando de besarme. Me echo hacia atrás haciendo el clásico movimiento de la cobra.

—Hey... ¡No...!

No sirve de nada. Está claro que estoy ante un encantador de serpientes profesional capaz de imitar mis movimientos al segundo.

—Ven aquí... —me dice.

Como si se tratase de un combate de *break dance* voy tratando de evitarlo por la cocina.

—No, no, no... Para, Marco, para...

No para. Me siento como Ms. Pac-Man perseguida por los fantasmitas hambrientos. Sé que tarde o temprano alguno me atraparé. Pruebo otra táctica.

—¿Por qué has hecho eso?

Marco, con una amplia sonrisa y sin atisbo alguno de arrepentimiento (lo que denota que se encuentra en terreno conocido), se mesa los cabellos con un estudiadísimo movimiento que pretende ser casual.

—Fue el calor del momento, *mia cara... It was the heat of the moment, telling me what my heart meant, the heat of the moment showed in your eyes...*

¿Lo qué...? ¿He oído bien?

—Somos un hombre y una mujer adultos sin prejuicios... —añade—. ¿Qué problema hay?

Eso lo dirá por él. Yo, aparte de no creerme lo que oigo, tengo un montón de prejuicios y estoy encantada con ellos. ¡Un momento! Rebobina. ¿*Heat of the Moment*...? ¿Está tratando de seducirme utilizando una canción de Asia? ¿De dónde ha salido este tipo? ¿De un revival de Top of the Pops?

—Soy la amiga de tu novia —le digo aún perpleja por lo que acabo de oír.

—Ya sabes lo que dice Rita... el hombre perfecto no existe. Coge lo bueno de cada uno. ¿Sabes qué es lo mejor de mí...?

—Me lo imagino. Pero no quiero probarlo, gracias.

—Si es bueno para Rita, también puede serlo para ti.

—¡Rita es tu novia!

—Tú también puedes serlo. Tengo *amore* suficiente para ambas.

—Pero yo no soy como Rita —le aclaro.

Sé que no ha sonado bien y trato de arreglarlo.

—Yo soy monógama sucesiva.

—Aquí estamos sólo nosotros dos. ¿Cuál es el problema?

Este tipo es increíble.

—¿Rita está enterada de que haces esto con otras mujeres? —Ésa no se la esperaba.

O sí. Se ríe. Es guapo. Es hortera. Sí, es hortera pero es guapo. ¿Cuánto hace que no estoy con un hombre? Mejor no echo cuentas. ¿Cuándo salió *Viva la vida* de Coldplay? En el 2008. ¿Tanto? No puede ser... ¿Por qué castigarse pensando esas cosas precisamente ahora? Además, ¿a quién le importa? La estadística y el amor es un binomio que siempre termina en frustración. Para qué negarlo, por un instante me siento tentada. Accidentalmente me echo hacia atrás y tropiezo con la encimera. Creo que me voy a caer y echo una mano atrás sin mirar. Mis dedos acaban aterrizando sobre la bandeja de sándwiches. El pringue de la mayonesa y el contacto con el pan que se me queda pegado a la mano me devuelven a la realidad. Es como la magdalena de Proust, pero al revés. ¿Qué demonios estoy haciendo? Marco aprovecha mi despiste para volver a la carga e intentar besarme de nuevo.

—*Per te, per me, cara...* —le oigo decir.

Esta vez, a cambio, recibe un certero rodillazo en la entrepierna. Todo un señor cañonazo que hace que se retuerza de dolor hasta casi caer al suelo. Intenta hablar, pero durante un par de minutos sólo acierta a emitir unos agudos quejidos que parecen sacados de un estribillo de Michael Jackson.

—¿A qué ha venido eso? —consigue decir por fin—. Con decirme que no, bastaba.

¡Qué valor! Pena no haberle dado otra vez. Me hago la tonta.

—Ha sido un acto reflejo. Además, te lo has buscado por insistir. Llevo media hora diciéndote que no.

Los idiomas pueden crear barreras. La mímica es universal.

—Será mejor que me vaya... —termina por decir aún medio encogido.

Le acompaño hasta la salida. Por cortesía y por asegurarme de que se marcha de verdad.

—Yo lo siento, pero cuando es no, es no. Y «no» no significa «a lo mejor». Significa no. ¿Te duele mucho?

Marco asiente. Tiene que dolerle para que ni abra la boca.

—¿Quieres un poco de hielo para...?

Me fulmina con la mirada.

—Entendido. Perdona, no quería hacerte daño... Bueno, un poco sí, pero no tanto... Reconoce que se te ha ido de las manos. ¿Eso se te pasará, no?

Llegamos a la puerta. Marco se gira.

—Adiós —es lo único que me dice.

Se monta en el coche, con dificultad, y se marcha sin mirar atrás.

Una vez que Marco se ha ido, cierro la puerta con llave y paso la cadena. No es que crea que va a volver. Eso sólo pasa en las películas. Vale, la verdad, sí: tengo miedo de que vuelva. Me dejo caer en el sofá y trato de asimilar lo que ha pasado. Poco a poco, la pena por el golpe deja paso a la rabia. Y me enfado. Me enfado mucho. Me molesta particularmente que se crea que por ser guapo todas vamos a caer a sus pies. Y me molesta aún más que no tenga el menor respeto y cariño por mi amiga, por mucho que sea el trozo central de su Frankennovio. También me enfado conmigo misma por ese momento de zozobra que tuve. Me consuelo con que el pensamiento es libre (no para los católicos; suerte de ser anglicana... la culpa no tiene tanta influencia en tu vida), así que, en conjunto, siento que he hecho lo correcto. Es más, por un momento la ola vuelve y me parece realmente mal lo que ha intentado hacer Marco. ¿Somos coherentes? No; y el que diga lo contrario miente. En pleno arrebató de ira anti-Marco decido coger el móvil y llamar a Rita.

—Rita...

—Estás llamando a Rita Mott. Espero que midas por lo menos un metro ochenta y seas moreno. Si es así, insiste hasta que te coja, porque ahora no te puedo atender. Pelirrojos, abstenerse. Ya he llenado el cupo. Ah... Si es para algo de la peluquería, éste no es el número al que tienes que llamar, y como me entere de quién te ha dado mi número privado me va a oír. En cualquier otro caso, deja tu mensaje después del pitido y a lo mejor te llamo.

—Rita, soy Esther. Te llamo porque tu medio novio Marco se ha portado como un auténtico cerdo y quiero que lo sepas. Me ha traído a casa, hasta ahí todo bien, pero en cuanto hemos puesto un pie en la cocina me ha metido la lengua hasta la campanilla —le suelto del tirón.

No me está gustando cómo se lo estoy contando y, como no puedo darle atrás y grabar el mensaje de nuevo, intento matizarlo.

—A ver... Bueno, a lo mejor no fue tan adentro. Pero la impresión ha sido enorme y aún estoy en shock.

Lo estoy empeorando.

—Mira, mejor me calmo, lo escribo y te vuelvo a llamar.

Cuelgo. Diez o quince minutos después, con el texto escrito y más serena, vuelvo a la carga. Sigue el contestador puesto.

—Hola, Rita, soy Esther otra vez. Te cuento lo que pasó.
Me aclaro la voz y comienzo a leer.

—Marco me trajo a casa. Se ofreció a ayudarme con la bandeja y ambos entramos en la cocina. Una vez allí, cuando me disponía a despedirle, se abalanzó sobre mí y me besó sin mi permiso. Con lengua. Animado por mi falta de reacción producto de la perplejidad (recalco), intentó repetir. Yo traté de escabullirme, pero eso sólo pareció excitarle más. Finalmente, me acorraló contra la bandeja de sándwiches y ante su insistencia, varias veces, en que nos fuéramos a la cama —ese matiz era innecesario porque al decir insistencia ya se supone que la acción se repite—, no tuve más remedio que propinarle un rodillazo en sus partes que acabó con él casi por el suelo.

Hago una pausa.

—Hasta aquí el relato de los hechos. He intentado ser lo más aséptica posible teniendo en cuenta que estoy muy nerviosa. A lo mejor a ti no te parece mal, porque estás a favor del amor Gestalto o como quieras llamarlo, pero a mí me parece inaceptable que me entre el novio de una de mis mejores amigas en mi propia casa. Creo que debías saberlo. Insisto. Para ti a lo mejor es algo normal y sin mayor importancia, pero para mí tu italiano es un pájaro de cuidado. Ya está dicho.

Cuelgo. Respiro aliviada. El alivio me dura cinco minutos. ¿Por qué acabo de hacer eso? En parte, quizá, porque es un estupendo mecanismo de defensa, aunque al no haber pasado nada ha sido como poner la tiritita antes de la herida (muy propio de mí), y en parte para que Rita sepa lo que ha metido en su casa. A los diez minutos de haber colgado por segunda vez dudo si lo que he hecho es correcto o no. Decido tomarme un minicóctel a base de un comprimido de Omeprazol y un Almax Forte de un gramo y meterme en la cama. Quizá sea como matar moscas a cañonazos, pero hoy no estoy para seguir al pie de la letra el vademécum.

Una vez en la cama tengo una extraña sensación. Algo me ronda la mente y no acierto a saber qué es. Y no. No es la sensación de barco por la cantidad de ginebra y vino blanco que he tomado. Es otra cosa. ¿Pero qué?

Cuando estoy a punto de quedarme dormida, alguien llama a la puerta. Me sobresalto. ¿Un ladrón? Eso es absurdo. Los ladrones sólo llaman a la puerta en las películas. Miro por la ventana y me encuentro a Marco ante mi puerta. No me fío. Abro la ventana.

—Baja, *per favore*...

—¿Qué quieres?

—Ábreme, Esther.

De repente, me da la impresión de estar en medio de una película italiana de los años cincuenta.

—He vuelto para disculparme... —grita en voz baja.

En casa de los vecinos se enciende una luz. Malo.

—Disculpas aceptadas. Buenas noches.

—No. No... No me dejes así. Si no quieres abrir, no importa. ¿Quieres que me disculpe aquí? Pues me disculpo aquí.

Lo que me faltaba. Serenata nocturna.

—¡Espera!

Cierro la ventana y bajo. Abro la puerta. Marco ahora parece otro. Tiene aspecto de huérfano abandonado. Arquea ligeramente las piernas. Hay dolor latente. Mi lado maligno se alegra.

—*Io...*

Me va a coger las manos, pero las retiro como quien escapa del fuego.

—Sin tocar, por favor. Sin tocar.

—*Io...* lo siento mucho. Mucho. De verdad. Tienes toda la razón. No debí insistir.

Lo que no debiste hacer fue entrarme. Pero no se lo digo para no cortar el discurso ahora que parece haber cogido carrerilla.

—Quiero a Rita, pero, compréndeme, *io sono italiano*, no puedo dejar de sentir atracción por las mujeres bonitas.

Ibas bien, no lo estropees... Por un momento, parece que tengo delante a la versión blanca de Rocky Roberts a punto de empezar a cantar *Sono tremendo*.

—Además, para ser honesto, si Rita se entera, me mata —dice con una risa tímida.

Un escalofrío me recorre la espalda al recordar los DOS mensajes que le he dejado a Rita hace unos minutos. El arcoíris se adueña de mis mejillas. Marco lo nota.

—¿Sucede algo?

—No, nada... —Miento con todos mis dientes.

—Tampoco quiero que Rita se enfade contigo y estropee vuestra amistad.

¿Está intentando inculparme sibilinamente? Lo de este tipo es para nota. Tanto da. Un tsunami de pensamientos asalta mi cerebro con un estribillo machacón. Si Rita se entera, me mata. Lo mata a él y me mata a mí también. Dos por uno en crímenes en las noticias de la mañana. Tengo que hacer algo ya.

—Fabuloso —le digo.

—No comprendo.

Tengo la cabeza en otro lado y es como si ya no estuviera aquí.

—Nada..., que me parece fabuloso que hayas vuelto para disculparte. Bueno, es tarde y todos tenemos que trabajar mañana. Buenas noches y hasta la próxima.

Instintivamente va a darme un beso de despedida, pero a la mitad se corrige solo. Lo agradezco. Bendito Pavlov.

—*Ciao... E ricorda...* nuestros labios están sellados.

Sonriente, asiento repetidas veces como uno de esos perritos de goma que decoran las bandejas de algunos coches. En cuanto Marco arranca, corro a por el móvil. Me comen los remordimientos. Vuelvo a llamar a Rita. Salta otra vez el contestador. Respiro. Está durmiendo o, por lo menos, no ha cogido el móvil desde la última vez, con lo que hay posibilidades. Voy a la cocina. Me hago una infusión relajante, con dos bolsitas, una por mensaje. Vuelvo a la cama. Apago la luz y un pensamiento viene a mi mente como un rayo. He dejado el sushi y los sándwiches sobre la encimera.

LUNES

Tell me why

I don't like Mondays...

Tell me why

I don't like Mondays...

Tell me why

I don't like Mondays...

I'm gonna shoo-oo-oo-oo-ot the whole day down

BOOMTOWM RATS

Seis de la mañana. El despertador suena. No he podido pegar ojo en toda la noche soñando que me perseguía George Clooney vestido como Richard Gere en *Oficial y caballero* montado en un caballo negro azabache y seguido de un coro de mariachis mientras todo el campo gritaba «*Volutto, volutto...*» como anunciando alguna clase de ceremonia ancestral. De vez en cuando, yo, como quien no quería la cosa, aflojaba el paso para que me alcanzara, pero él no terminaba de llegar nunca. Francamente, amigas, no tengo ni la menor idea de lo que eso significa ni lo quiero saber. Así que, como puedo, me pongo en pie, pero una tremenda resaca me golpea la cabeza y me dejo caer sobre la cama otra vez.

—Cinco minutos más... por favor...

Cierro los ojos y me quedo completamente dormida. Cuando vuelvo a abrirlos, ha pasado una hora.

—¡Oh, Dios mío, las siete!

De un bote me pongo en pie. Cojo el teléfono. No hay mensajes.

—¡Gracias a Dios! —Estoy a punto de hiperventilar.

Me pongo la mano en el pecho tratando de que mi ansiado corazón se serene. Un momento: que no haya mensajes no quiere decir que Rita no haya oído el mío. Trago saliva. Muerta de miedo, me decido a llamarla. Me tiemblan los dedos, lo que hace que me equivoque un par de veces al pulsar los números.

—¡Malditos teléfonos táctiles! ¡Los odio!

Harta, opto por llamarla utilizando la libreta de direcciones. Sigue apagado.

—¡Fu...! —respiro aliviada.

Corro a la ducha y me lavo la cabeza con una intensidad que parece que me la fuese a arrancar. Es verdad, no puedo evitar lavarme la cabeza cuando estoy nerviosa. Y ahora estoy muy muy nerviosa. Quizá aún esté a tiempo de evitar que entre Rita y su chico las cosas se pongan mal. Lo cierto es que mi preocupación no es sólo filantrópica. Sería mentir no admitir que las palabras de Marco sobre el posible daño colateral que esta historia podría acarrear a nuestra amistad dado el impulsivo carácter de Rita no me han influido.

Breakaway, de no recuerdo quién, resuena en mi cabeza mientras me visto a toda prisa. ¿De quién es? Es igual. Ya se lo preguntaré a Carminho en el hospital. Odio esas cosas... Carminho es una enfermera portuguesa que lleva

diez años viviendo aquí y que es como la Wikipedia Británica, si es que eso existe. Lo sabe todo sobre todo si es británico.

Salgo de la ducha como nueva. O casi. He conseguido meter en sus casitas a la mayoría de los hombrecillos que pululaban enloquecidos por mi cabeza. Ésa es la sensación que tengo cuando estoy de resaca: la de una planta de hotel donde sus inquilinos buscan desesperadamente sus habitaciones abriendo y cerrando toda cuanta puerta hay. De la ducha voy directa al armario. Lo abro de par en par. No se trata de ponerse cualquier cosa. ¿Cuál va a ser la estrategia? ¿Hacerse la despistada? ¿Asumir el riesgo de que mi amiga ya lo sepa y, por tanto, optar por algo recatado con aire monjil aceptando el castigo, por otra parte inmerecido, que probablemente me trate de infligir Rita?

—Bah...

Niega. Niega. Niega hasta la muerte. Tú eres la ultrajada.

—¡Ni loca!

Conclusión: ropa estándar de ir a trabajar. Cero culpa.

Salgo de casa a la carrera directa hacia el coche.

—¡Maldita sea!

Se me han quedado las llaves en la puerta al salir a toda prisa. Peor habría sido que se me hubiesen quedado puestas por dentro. No sería la primera vez. Clavo el tacón (tapa baja, que he dicho que voy a trabajar) y doy media vuelta. No se trata de dejarlas ahí invitando a que me roben. Corro hacia la puerta. Cómo no, en la vuelta me dejo atrás un zapato y a punto estoy de caerme de bruces. Siempre igual. Cuanta más prisa tengo, más tardo en hacer las cosas.

Con todo en orden, me subo al coche. Antes de actuar, piensa un momento. Orden de acontecimientos:

1. Llamar a Doreen al hospital y contarle que me voy a retrasar.

Conozco a Doreen desde la infancia. Cuando éramos pequeñas, no la soportaba. Ahora es mi jefa y somos amigas. ¡Quién me lo iba a decir! En el colegio se ganó mi odio a pulso. En toda cosa que intentaba hacer me topaba con la horrible Doreen Snyder tratando de sabotearme. Y no me refiero sólo a asuntos de clase, no. Me refiero, claro está, a Juanito. Sí, por supuesto, Doreen también andaba detrás de Juanito. ¿Quién no? Juanito era como Beckham antes de Beckham. Y me refiero al primer Beckham, al bueno, no al muñeco de acción casado con la Barbie Spice. Por cierto, ¿os habéis fijado en que apenas canta en el vídeo de *Wannabe*? Yo sí. Como curiosidad y apunte al margen, la que se llevó el gato al agua de nosotras con Juanito fue Rita. Y, claro, la que después se convertiría en su mujer, Fenella Lord, que en paz descansa. He de

aclarar que cuando éramos adolescentes intercambié algunos besos con él, pero la que realmente salió con él (vaaale... lo admito, antes de la fiesta de graduación) fue, como decía, Rita. Es verdad que yo tuve una noche de amor con Juanito. Sí... amigas... Tuve MI NOCHE. Una noche realmente preciosa. No sé si la mejor. No soy de rankings y, la verdad, no me importa si fue la mejor, la segunda mejor o la quinta. Da igual. He tenido otras noches preciosas con David. Pero volvamos al plan... Lo primero, hablar con Doreen.

—¡No! No, no, no... Lo primero es...

1. Averiguar dónde está Rita y si ha oído el mensaje.

Miro la hora. Las ocho. Llamo a la peluquería de Rita y me preparo para lo peor.

—Buenos días, Centro de Belleza Rita Mott. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Layla?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Esther Lucas. ¿Ha llegado Rita?

—Ah, hola, Esther. No. Todavía no ha llegado. De hecho, no sabemos dónde está. ¿Tienes idea de dónde se puede haber metido?

—Debe de haberse quedado dormida. —Eso espero—. Ayer, durante la cena, se nos fue un poco la mano con la ginebra y el vino blanco.

Layla se aparta del auricular.

—Está durmiendo la moña —la oigo decir—. No cuentes con ella esta mañana.

De fondo escucho los refunfuños de Rose quejándose de que Rita las ha dejado otra vez tiradas con todo el trabajo.

—Por eso no contesta al teléfono —aclara Layla—. Hemos estado llamándola desde que hemos abierto. Ya estaba empezando a preocuparme.

—¡Yo no! —grita Rose desde el fondo—. A mí como si se tira a un río. Mientras deje el dinero para la semana...

Layla y Rose son las empleadas de Rita. Layla es irlandesa y Rose es de Hool. Son la noche y el día. Layla es menudita, ordenada, amable, sacrificada y, por encima de todo, odia los conflictos. Es tan sumamente empática que se hundiría junto al capitán de un barco que se va a pique por no dejarlo solo, pobre. Rose, por el contrario, es excesiva. Es un torrente de vida. Es un géiser hecho mujer. Tiene buen corazón, pero un carácter explosivo. Es deslenguada y poco amiga de guardar secretos.

—No os preocupéis, yo me encargo.

—Gracias.

—Si la ve, que le diga que lo de hoy son cincuenta libras más —vocifera Rose.

Cuelgo. Aún hay esperanza.

Ahora sí...

2. Llamar a Doreen.

Me coge a la primera.

—Dime...

—Hola, voy a retrasarme... —le espeto con la esperanza de zanjar el tema cuanto antes.

—¿Y se puede saber por qué?

—Es una historia con Rita. Después te cuento. Cúbreme, por favor...

—Esto no es un McDonald's. Si no estás aquí antes de las once, te toca venir el sábado por la mañana.

—El sábado es mi cumpleaños.

—Lo sé. Estoy invitada.

—Doreen... —Por un momento, pienso que es el mismo mal bicho que me martirizaba en el colegio—. ¿Qué clase de amiga eres?

—También soy tu jefa y tengo un hospital que atender. Te he dado dos horas de margen. Es más que a la mayoría. —Eso es cierto, tengo que admitirlo.

Intento un vil chantaje sentimental.

—No es por mí, es por Rita...

—A las once o el sábado. Es mi última palabra. Y como sigas así, te doy hasta las diez y media.

Vale, tiene razón, no la puedo avisar con tan poco margen y pretender que me cubra sin más. Es verdad: las cosas no se hacen así. Odio cuando hacen que me sienta como una niña a la que recriminan no haber hecho sus deberes. Sobre todo, cuando tienen razón. Aun así la noto rara.

—¿Pasa algo?

—No. Si no tienes nada más que decir... Tengo trabajo.

—Espera, espera... ¿Está Carminho? Pásame con ella.

La oigo caminar en silencio.

—Para ti... Esther.

En cuanto se pone al teléfono la ataco.

—¿Sí...?

—¿Quién cantaba *I can breakway... from you... no, no, no...?*

—Irma Thomas —contesta al segundo.

—¿Seguro...? —No me suena de nada ese nombre.

—Ah... —dice, haciendo una pausa calculada (es como si la viera sonreír con condescendencia)—. Tú te refieres a la versión de los ochenta.

—Sí, no sé. Supongo...

—Ésa es de Tracey Ullman.

—¡Sí! Es ésa. La que tenía un programa de televisión.

—*Three of a Kind* y *A Kick Up the Eighties*. Después hizo *The Tracey Ullman Show* en Estados Unidos, que fue donde nacieron los Simpson. Por cierto, denunció a Matt Groening. Avariciosa desagradecida. La versión original de *Breakaway* es de Irma Thomas. Otro caso más de cantantes blancos apropiándose del talento de los desprotegidos artistas negros.

Me había olvidado de decir que Carminho, además de portuguesa, es negra.

—Sí, es lamentable... —Intento mostrar adhesión a la causa, pero resultado poco convincente—. Una cosa, ¿qué le pasa a Doreen?

Carminho se ríe por la nariz.

—El señor Patterson ha vuelto a desaparecer.

El señor Patterson es un anciano un tanto revoltoso que tenemos en la planta de geriatría. Tiene una enfermedad crónica y la equivocada idea de que el hospital es una gran casa en la que puede hacer lo que le venga en gana.

—Lo más probable es que haya ido a fumar con los conductores de ambulancias al jardín trasero que da al parking.

—Es el primer sitio al que he ido a mirar.

—¿Y en la cocina? Suele colarse cuando se sirven las comidas a robar postres.

—Aún no es hora.

—Pues no sé... En fin, ya aparecerá... Nunca sale del hospital.

—Eso espero —añade Carminho con voz cansada.

—Hablamos. —Cuelgo.

Son cuarenta minutos de Newhampton a Londres, a lo que hay que sumar lo que tarde en llegar hasta la casa de Rita, unos veinte minutos, y otro tanto para volver. A eso tengo que añadir treinta minutos más hasta el hospital. Lo que me deja media hora escasa para solucionar la papeleta. Me pongo en movimiento.

Son las nueve y cuarto cuando aparco delante de la casa de Rita. Quince minutos de retraso sobre la hora prevista. Esto no pinta nada bien.

En el exterior todo parece tranquilo. Bajo del coche y voy hasta la puerta. Me dispongo a llamar, pero está abierta. Raro. Entro en la casa. Al fondo se oye a Rita hablando con Marco. Tengo una oportunidad de oro. El plan es

sencillo. Coger el móvil de Rita y borrar el mensaje antes de que lo vea. Echo una rápida mirada a mi alrededor. El teléfono sigue en la sala. Lo cojo y me voy directa al baño.

Una vez dentro, ruego por que Rita siga con la costumbre de usar las mismas contraseñas que en el colegio. Pruebo con su año de nacimiento y... error. Oh, oh... Me quedan dos oportunidades. Lo intento con el día y el mes y de nuevo error. Una única oportunidad. Bueno, en el peor de los casos, si fallo, le bloquearé el teléfono. Pienso... ¿cuál puede ser la combinación? Rita siempre se olvidaba de ellas, así que hago un tiro a ciegas. 1, 2, 3, 4 y... ¡bingo! Y luego la gente se extraña de que le roben el móvil. Los segundos que tarda en inicializarse se me hacen eternos. Cuando por fin parece estar operativo, me dispongo a abrir los mensajes. Entonces se oye un grito tremendo.

—¡Vete a la mierda!

Del susto, el móvil se me cae al váter.

—¡Oh, no! ¡Dios!

—¿Quién anda ahí? —gruñe Rita desde su habitación.

—Soy yo, Esther —respondo con timidez.

—¿Qué haces tú aquí?

Buena pregunta. ¿Y ahora qué le digo? ¿Que he venido a borrarle los mensajes del móvil? Bonito no va a quedar. La respuesta adulta sería decirle que ayer su novio, producto de la excesiva ingesta de alcohol y en un momento de exaltación de la amistad, me besó e intentó llevarme a la cama, pero que la cosa no pasó de ahí. ¿Para qué tanta sinceridad? A veces la verdad es, además de incómoda, innecesaria. Así que decido improvisar. Salgo hacia el salón y vacío mi bolso encima de la mesa a ver qué excusa puedo inventar.

—Es que ayer me dejé aquí...

Pienso la respuesta mientras rebusco y voy metiendo las cosas de nuevo en el bolso a toda prisa. El lápiz de labios, no. El móvil, tampoco. ¡Las llaves! Eso es. Un clásico.

—... las llaves —grito—. Me dejé las llaves. Qué cabeza la mía. Mira que dejármelas aquí... —Sonrío triunfal. Coartada perfecta.

—¿Y cómo entraste en casa anoche?

Oh, Dios. ¡Pillada!

—Las de casa no, mujer... Las de... —Rebusco entre el resto de cosas.

Por favor que haya algo... No veo nada... Estoy aturdida. Digo lo primero que se me viene a la cabeza.

—¡Las del trabajo!

En ese momento aparece Rita con aspecto de no haber dormido nada y un montón de ropa entre las manos.

—¿Tienes llaves del hospital? —pregunta asombrada—. ¿Los hospitales tienen llaves?

Por un momento me quedo en blanco. Piensa, Esther, piensa...

—Nooo... Son las de la sala de enfermeras —le suelto, como si tal cosa existiera.

—Ah.

—¿Qué haces con toda esa ropa? —le pregunto intentando romper sus pensamientos y que no se dé cuenta de la chorrada que he dicho.

—¿Esto? —me dice con una media sonrisa mientras se va hasta la ventana que da a la parte trasera de la casa—. Es del cretino de Marco.

Y tranquilamente abre la ventana y lanza la ropa a la calle. Yo me quedo helada. Acto seguido, se asoma al exterior y comienza a gritar haciendo aspavientos.

—Espagueti... ¡desgraciado! Ahí tienes tus cosas... Y ahora ¡vete a la mierda!

—*Rita, amore...* —se oye desde la calle la voz de Marco como si fuera un gondolero que se acerca lentamente por el Gran Canal.

Ahí está la explicación de que la puerta estuviera abierta: pareja discutiendo y rompiendo. Amigas, en el Reino Unido nunca se sabe por dónde van a salir despedidas las cosas de una casa, por lo que es bueno abrir cualquier salida al exterior para minimizar los posibles daños. En cuanto al móvil... Ni que decir tiene que Rita ha escuchado los mensajes.

—Entonces ya lo sabes... —Es lo único que acierto a decir.

No soy muy buena para estas cosas. En los momentos de tensión me atasco y sólo digo obviedades. Rita me mira con la boca torcida y asiente con pocas ganas.

—*Ti amo, cara...* —grita Marco desde el exterior. Suena como la llamada de un moribundo.

—*Ti amo, ti amo...* Tú lo que eres es un cerdo. ¡Desgraciado! —le grita apoyada en el alféizar de la ventana—. Ni se te ocurra volver por aquí. ¿Me oyes?

Le están oyendo él y media calle que se ha asomado a ver qué pasa.

—Tampoco sucedió nada. Sólo me dio un beso —digo, tratando de rebajar la tensión.

—¡Ja! Lo que hay que oír.

Rita se vuelve hacia mí. Acabo de meter la pata.

—Y eso me lo dice alguien que se pasó casi veinticinco años sin hablarme porque yo le di un beso a Juanito Wowden en la fiesta de final de curso... ¡Lo que hay que oír!

—Rita, no es lo mismo. Éramos unas niñas y yo estaba enamoradísima de Juanito. Además, creí que eso ya lo habíamos hablado.

—No fui yo, fue ella... —grita Marco desde la calle tratando de ganar puntos—. Se me echó encima.

—¿Qué? —No me puedo creer lo que estoy oyendo—. Eso es... ¡Es un mentiroso!

Rita coge una botella de ginebra medio llena y le da un largo trago.

—¿Cómo...? ¡No tienes vergüenza! —grito, asomándome a la ventana—. Fuiste tú el que se me echó encima. Dijiste que a Rita no le importaba. Que hoy en día no basta con una sola persona.

—Eso es lo que siempre dice ella. ¿Por qué se enfada ahora? —acierta a contestar un incrédulo Marco.

—Porque es mi amiga, canelón de mierda. Con varias personas sí, pero no con mis amigas —responde airada Rita.

—¿Y cómo iba a saberlo? —responde Marco, que a duras penas ha conseguido recoger sus cosas y, visto desde arriba, parece una pequeña albondiguilla moviéndose nervioso por la acera.

—Porque es de cajón, imbécil. Es mi amiga. Y las amigas de tu novia se respetan.

Rita me aparta de un empujón y le lanza la botella de ginebra. No le acierta por pocos centímetros.

—¿Qué haces, Rita? Casi me das.

Una lástima, pienso, así por lo menos, aunque sólo fuera para que le dieran unos puntos, llegaría a mi hora al hospital, porque la cosa tiene pinta de durar y yo me veo trabajando el sábado por la mañana.

—Y no vuelvas. No quiero volver a verte, Marco. Vuélvete a Italia. *Ciao. Finito.*

—Rita... «*Do you really want to hurt me? Do you really want to make me cry...*».

—¿Soy yo o de verdad acaba de citar a Boy George? —pregunto atónita.

—Es habitual... —responde resignada Rita.

—Es que ayer por la noche le dio por Asia y *Heat of the Moment* —le

aclaro.

—La culpa la tiene un disco de Totally Eighties que le regalé.

Marco vuelve al ataque.

—Sé que estás enfadada... —Tiene un gran talento para la obviada, pienso—. Pero sé que se te va a pasar y cuando lo pienses dos veces, volverás. *Ti amo, cara... Tu lo sai... ¿Ya no soy il tuo amore?* —dice poniendo cara de perrillo abandonado.

—¡Vuélvete a Pisa y endereza la torre! Y ni se te ocurra volver a llamarme. ¿Me has oído? —le responde Rita mientras cierra la ventana de un golpe.

—Marco Morón. ¿Qué clase de nombre de mierda es ése...? En fin, ¿dónde está la ginebra?

—En la acera. La acabas de tirar.

Rita va al mueble bar y coge una botella de whisky.

—Rita, son... —miro la hora— las diez menos cinco de la mañana. Eso no le sienta bien ni a la familia real. Y además es tardísimo.

—No pasa nada. Es que... ¿qué clase de tipo hace algo así?

—Me temo que, por desgracia, la mayoría.

Rita se encoge de hombros y se deja caer en el sofá.

—¿Dónde están los tíos decentes hoy en día?

Me siento a su lado.

—La mayoría, cogidos. Hay alguno suelto por ahí todavía... Pero pocos. Eso los decentes. Los que están muy buenos, la mayoría son gays.

—¿Tú crees que es culpa nuestra?

—¿Por qué lo dices?

—Algo debemos de estar haciendo mal cuando cada vez hay más gays.

—Rita, por Dios... ¿Qué tiene que ver eso? Ha sonado hasta homófobo.

—¿Homófobo? ¿Acaso tengo que darles las gracias a los homosexuales del mundo por que me dejen menos oportunidades de llevarme a un tipo bueno a la cama? Se están quedando con todo. ABBA, Eurovisión, la música disco. Por favor, ¿desde cuándo la música disco es gay?

—Acuérdate de Village People. Y los Bee Gees. Ya el nombre...

—Sí, claro, los Bee Gees. Pregúntale a Barbra Streisand por el de los Bee Gees. ¡Ja! Seguro que aún le tiemblan las piernas cuando canta *Guilty* pensando en Barry Gibb. ¿Y Tony Manero? ¿Era gay? ¿Ahora resulta que Travolta es gay? Por favor.

—¿Has visto *Hairspray*?

—Venga ya.

—Los gays no tienen nada que ver con esto. Supongo que internet ha permitido que se multipliquen las oportunidades de conseguir sexo fácil y eso ha hecho que la fidelidad en cualquiera de sus formas vaya a la baja.

—¡Genial! Gracias, Google, os debo una —apostilla Rita con desgana.

Durante unos segundos nos quedamos calladas. Rita suspira profundamente.

—¿Qué quieres...? —me dice—. Tengo cuarenta años, trabajo todo el día y, cuando salgo, los pubs están cerrando. Sólo me quedan las tiendas de veinticuatro horas y los tipos como Marco.

La abrazo.

—¿Te cuento lo mío? —le digo.

—A ti te queda el canal Disney. Puedes ir a tomar el té con las demás princesas.

Le pego con un cojín. Se ríe. ¡Por fin! Me mira con una media sonrisa.

—Me doy una ducha y listo. ¿Te importa acercarme a la peluquería?

—Claro que no.

En cuanto se pone en pie, le da una arcada. La combinación de ginebra y whisky con el sol mañanero ha sido una mala idea. Rita corre al baño y a mí me va a dar algo cuando recuerdo que su móvil sigue en el váter.

—¡Ay, Dios! ¡Rita, espera! —le grito. Como si fuese a hacerme caso.

No quiero pensar en que tengo que meter la mano en la taza antes que ella. Corro para salvarlo, pero llego tarde. Rita ha vomitado (no era una mujer; era un volcán) encima de él y está tirando de la cadena. Grito.

—¡El móvil!

Rita, incapaz de reaccionar, observa cómo su iPhone 5 con carcasa fucsia gira diciéndole adiós mientras desaparece por el desagüe. Acto seguido, toda digna, se recoge el pelo y se sienta en el bidé.

—¿Te importa explicarme qué hacía mi móvil en la taza del váter?

Me paso la mano por la frente y sigo mesándome el pelo hasta terminar en la nuca. Uff.

—Yo...

Tiempo muerto, chicas. Éste es uno de esos momentos en la vida donde no hay una salida buena. No. No la hay. Si alguna vez he deseado que existiera la teletransportación es ahora. Esther Lucas de nuevo en acción: queriendo hacer las cosas sin lastimar a nadie y consiguiendo enfangarse hasta el mismísimo cuello. Llueve sobre mojado. Amigas, acabemos con esto cuanto antes.

—Quería borrar los mensajes que te envié ayer.

—¿Por qué? —contesta una Rita atónita—. Si no fue culpa tuya.

—Es que después de... Bueno, después del *incidente*...

—Déjate de paños calientes. Acabo de echarlo a la calle. Ya no estamos en el colegio. Hablemos claro: después de que te entrara.

—Sí, eso. Pues el caso es que yo lo eché.

—Bien hecho.

—Aunque al cabo de un rato volvió.

—¡Ja! No me digas más. A ver si te ablandabas. Conmigo siempre lo hace. Qué típico.

—No —la corto.

—¿Ah, no? —responde Rita sorprendidísima.

—No-oo... Vino a disculparse.

—¡Eso es nuevo! A ver si me he equivocado echándolo de casa.

Rita hace intención de levantarse.

—Espera. —Le agarro la mano y la obligo a sentarse de nuevo—. En realidad, lo que quería era asegurarse de que no te iba a contar nada. Lo de la disculpa era parte de la estrategia. Ya sabes. Perdona, no sé qué hice, interpreté mal las señales.

—¿Qué señales?

—¿No creerás que yo intenté nada? —respondo alarmada. No vaya a ser que empecemos de nuevo.

—Lo sé, te conozco. Eso no va contigo.

Qué bien. Eso es un piropo-pedrada. Parece que te están adulando cuando en realidad están poniendo de manifiesto tus defectos. En este caso, mi escasa capacidad de seducción. Gracias, amiga.

—La cosa es que, aunque en el fondo quería irse de rositas, a mí, qué quieres, me dio pena.

—¿Te dio pena o te sentías culpable?

—Un poco las dos cosas —confieso con vergüenza.

No entiendo por qué me hace sentir culpable hacer lo correcto.

—Y me sabía mal que pudieseis tener una bronca por mi culpa.

—Y no se te ocurrió nada mejor que plantarte aquí a robarme el móvil.

Yo misma me doy cuenta de que mi plan era de lo más estúpido.

—Sí, ya lo sé. Es una tontería.

Rita se pone en pie.

—Vale. Pero me debes un iPhone nuevo.

Media hora después estamos en mi coche camino de la peluquería. Las dos vamos en silencio. No es uno de esos silencios incómodos en que se corta el

aire con un cuchillo, pero un poco de música puede hacer que se dispersen los más negros pensamientos. Enciendo la radio. Justo en ese momento entra como un cañón John Newman cantando a pleno pulmón «*I need to know now... Need to know now... Can you love me again?*». Gracias por nada, Mr. Newman. Apago la radio.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —me atrevo a decir.

—Dale...

—Si no hubiera sido yo... —apunto tímidamente como asomando la patita.

—¿Si me hubiera importado? —Rita no se lo piensa ni un segundo—. No.

Asiento en silencio. Me gusta su respuesta.

—Salvo que no fuese la primera vez —añade—. Si repite con otra... ¡Snap! —chasquea los dedos.

—Entonces lo que te molesta es la repetición de amante, no la poligamia.

—No me importa que se desahogue con otra mientras sea eso, un desahogo. Yo también lo puedo hacer. Soy una mujer con una sexualidad bastante desarrollada.

Sonrío.

—Ni un chiste. ¿Está claro? Sabes a lo que me refiero. Me gustan los hombres y me encanta el sexo. Lo que me duele es, como a todos, que me sustituyan. Dejar de ser la persona especial del otro. A estas edades ya no creo en el amor eterno ni en los peces de colores.

—Yo sí.

—Bravo por ti. La gente se cansa y el deseo disminuye con el tiempo. Eso es inevitable. De repente, un día ya no sientes esa electricidad del principio. Eso de que te ponía un dedo encima y se te erizaba todo el vello... ya no está. Se fue.

—¿Y Carlos y Camilla? Llevan toda la vida enamorados.

—Ahí sí que es verdad que el amor es ciego.

—O que la belleza está en el interior —añado con malicia.

—¿Cómo era aquello? «Quiero ser tu tampón...». Tu tampón real. Ja, ja, ja.

—Pobre Diana —concluyo.

Soy fan. No lo puedo evitar.

—Da igual... Carlos y Camilla no cuentan. La familia real es marciana —sentencia Rita.

—Lo que tú quieras, pero llevan toda la vida enamorados.

—Qué va... Es pura ansiedad porque no les han dejado estar juntos. Y eso, salpicado de revolcones de vez en cuando, es la mejor gasolina.

—No estoy de acuerdo. El amor es más que deseo.

—Sí, Barbara Cartland. Y te diré más: a veces la chispa se va sin que ninguno haya metido la pata. Simplemente desaparece.

—A lo mejor es eso que dicen que el amor-pasión sólo dura tres o cuatro años.

—A mí, hasta la fecha, lo más que me ha durado ha sido un año y medio y estirándolo porque sólo nos veíamos los fines de semana.

Tras dejar a Rita en la peluquería me dirijo al hospital. Cuando llego, están dando las doce: me toca trabajar el sábado medio turno. Entro en el edificio. No hay prisa. Me cruzo con un par de compañeras y las saludo. Tomo el ascensor camino de mi planta: geriatría. Supongo que algunas de vosotras os estaréis preguntando por qué me hice enfermera y no médico. Buena pregunta, la razón principal es que me gusta la gente. Y me gusta especialmente la gente mayor. Me producen una inmensa ternura. Ante la enfermedad todos estamos desvalidos, pero la gente mayor es la que más sufre. Sí, claro, diréis, ¿pero qué tiene que ver ser médico o no con eso? Para mí, mucho. Los médicos diagnostican, pero las enfermeras somos las encargadas de velar para que los tratamientos que se dicten se administren con la máxima eficiencia y rigor. Creo firmemente que las enfermeras somos el eslabón que une a las familias con los médicos. Somos las encargadas de transmitir esperanza, de hacer comprensible la enfermedad y de que los periodos de ingreso sean lo más llevaderos posible. De administrar los cuidados y, en ocasiones, hasta de ejercer de familia postiza de los pacientes. A veces pienso en el hospital como si fuese un enorme transatlántico al que la gente se sube con la esperanza de volver a casa, pero incapaz de saber cuál será en realidad su destino. Nosotras somos el personal de ese barco. Las encargadas de que la travesía sea lo más agradable para los pasajeros. Los médicos son como una gran naviera: dirigen el barco y trazan los itinerarios de los viajeros, pero somos nosotras las que día a día compartimos el viaje con ellos de forma más directa y personal. Dentro del mundo de la medicina eso es lo que más me gusta: el contacto con la gente. Poder sentirme parte de sus familias aunque sea durante unos pocos días. Quizá tenga que ver el haber perdido a mi padre con trece años. No sé... Desde luego, me hubiera encantado estar a su lado mientras envejecía y que me contara un montón de historias sobre su vida.

Tres horas más tarde de lo previsto llego al control.

—Hola. ¿Ha aparecido ya el señor Patterson?

—Estaba escondido ahí detrás. —Carminho señala un biombo.

—¿Qué...? —Me entra la risa.

—Se dedicó a ejercer de Doreen mientras lo estábamos buscando.

—¿Estás de broma?

—Incluso le cogió la carpeta y se paseó por las habitaciones.

—Ese hombre está chalado —apunta Doreen desde atrás.

Me doy la vuelta y allí está la inefable Doreen Snyder perfectamente cuadrada. Carpeta apoyada en la cadera como si llevase un cesto de flores y aire de sargento primera. Por un momento me pregunto cuál habrá sido la razón de Doreen para hacerse enfermera. Desde luego, no es su amor por la raza humana. Si algo define a la heredera de los Snyder es su misantropía.

—Un día me voy a hartar y voy a hacer que lo trasladen a uno de esos hospitaluchos donde sólo dan atención primaria, para que sepa lo que es bueno.

—El señor Patterson es muy simpático —digo en su defensa.

—Pues de ahora en adelante te encargas tú de él. Como haga alguna, te hago a ti responsable.

—Te está bien empleado. Por defensora de pleitos pobres —apostilla Carminho entre risas.

—Hemos ingresado a la madre de Juanito por una embolia pulmonar —me espeta a bocajarro sin despegar la vista de su carpeta—. Está en la 323, por si la quieres ir a ver.

De repente el corazón se me pone a mil.

—¿Por qué no me dijiste nada cuando llamé?

—Estabas en una emergencia con Rita, ¿no? ¿Acaso la habrías dejado tirada y habrías venido antes a trabajar de haberlo sabido? —replica.

Pregunta trampa. Si digo que sí, es que la emergencia que dije tener no era tal y, en ese caso, ¿por qué no fui a trabajar antes? No voy a caer en algo tan burdo.

—No. Claro que no... No podía.

—Pues eso... Le han hecho una gammagrafía. Está bastante bien. Cinco o seis días y a casa. Juanito ya está avisado. Mañana estará aquí. A propósito, ¿qué era tan importante?

—¿Te acuerdas de Marco, el italiano?

—Sí, claro.

—Pues quería añadirme a su harén. Ayer cenamos los tres juntos, después me llevó a casa y quiso liarse conmigo. Rita se enteró y... ya te imaginas.

—¿Da clases particulares? —interrumpe Carminho.

—¿Andas necesitada? —pregunta Doreen.

—Yo estoy bien servida. Es mi hijo el que necesita espabilar y ya veo que el tal Marco va sobrado de empuje.

Joao tiene quince años y es como esos chicos japoneses que no salen nunca de casa y que se pasan todo el día pegados al ordenador.

—Voy a ver a la madre de Juanito. Después me paso a ver al señor Patterson.

—Ni una más, recuerda —advierte Doreen—. Está en tus manos.

Voy directa a la 323. Llamo a la puerta y entro.

—Señora Wowden, ¿cómo se encuentra?

La veo encamada y con el oxígeno puesto. Está más delgada que nunca. Parece una muñequita de porcelana.

—Hola, Esther, hija. Ya ves... Estoy para tirar ya.

—No diga tonterías. Sólo ha sido un pequeño susto. Esto es como pasar por boxes, ya verá.

Al instante caigo en lo desafortunada de mi expresión para con una persona que desde hace más de veinticinco años está en silla de ruedas. Sin embargo, la señora Wowden me devuelve una sonrisa.

—Ojalá. En cualquier caso, me tranquiliza mucho tenerte por aquí —me dice mientras me aprieta la mano.

Para mí es como de la familia. No sólo porque es la madre de Juanito, sino porque siempre ha sido una señora extremadamente cariñosa con nosotras. Tanto con mis hermanas como con Rita y conmigo. Hasta se portaba bien con Doreen cuando era una pequeña arpía.

—Doreen me ha dicho que ya han avisado a Juanito. Que mañana estará aquí.

—No debíais haberlo avisado.

—¡Cómo no!

—Ya sabes que está muy ocupado. Sobre todo ahora que va a cambiar de equipo. No quiero que esto se convierta en un lastre.

—Su hijo la adora. Nada de lastres...

En ese momento, la puerta se abre. Es Kerry, mi cuñado, y uno de los mejores médicos del hospital.

—Hola, venía a ver cómo se encontraba, señora Wowden.

—Muy bien, gracias. Ya me ha desaparecido el dolor en el pecho. ¿Qué me ha pasado?

—Ha sufrido usted una pequeña embolia pulmonar. Por suerte, la hemos

cogido a tiempo. Hoy la vamos a dejar con el oxígeno. Para que descanse bien. Si mañana las pruebas van bien, se lo quitaremos.

La señora Wowden sonríe agradecida.

—¿Te vas a encargar tú? —me pregunta Kerry.

—Si Doreen no tiene inconveniente, me encantaría. Si a usted le parece bien —le digo.

—Por favor... —contesta.

Kerry se gira hacia mí.

—Que Doreen te dé las pautas. Le vamos a dar Sintrom a ver si lo tolera bien. Si no, heparina.

Por lo que me dice Kerry, parece algo controlable. El problema es que la mayoría de las veces el mejor tratamiento para prevenir las embolias es el ejercicio y la madre de Juanito es inválida. Eso va a requerir masajes y aumentar la medicación. Además, claro, de una vigilancia más intensa.

—Bueno, ahora será mejor que descanse. Vamos —me dice llevándome hacia la salida.

—A la hora de cenar paso a verla.

La señora Wowden me despide con un movimiento de cabeza. En cuanto salimos, Kerry me pide que lo acompañe a su despacho. Conforme estamos dentro, su expresión cambia. Algo muy serio está pasando.

—¿Qué ocurre? —le pregunto—. ¿Está peor?

—No. La señora Wowden está bien dentro de que es parálitica y ha tenido una pequeña embolia; que tampoco es para tomarla a broma. Si no hay nada raro, en una semana o menos debería estar en casa. Es Carol.

—Kerry, no me asustes.

—Se ha ido de casa.

Me quedo muerta.

—¿Otra vez?

—No. No. Esta vez no es como cuando éramos novios. No es un arrebato.

Carol Lucas, la reina del drama. Es increíble que sea la mayor de las tres hermanas. Parece la pequeña. Y eso que Laurita es cantante en un grupo punk. Para Carol, la prioridad siempre ha sido la misma: Carol.

—Pues si no es un arrebato, ¿qué le ha dado?

—Creo que está pensando seriamente en el divorcio.

Esto es demasiado para un solo día.

—Me dices que está pensando en el divorcio y al mismo tiempo que no le ha dado la ventolera como casi siempre. Eso es un contrasentido.

—Esther... —suspira—. A ver. Creo que lo vas a entender muy fácilmente. Tú tienes a Juanito y ella... Bueno yo creía que ella me tenía a mí, pero de un tiempo a esta parte he empezado a pensar que estaba equivocado y que Noel Carter era el primero de su lista.

Carol siempre ha sido una cabeza loca. Desde pequeña. Su primer novio-novio fue Noel Carter, pero el bueno de Noel se cansó de las inseguridades de Carol, la eterna disconforme, y tras soportar varias espantadas, discusiones continuas, fugas y alguna que otra desaparición, acabó dejándola y casándose con una de mis profesoras. Por su parte, Carol tuvo la inmensa suerte de encontrarse con Kerry. San Kerry del Fonendoscopio, quien, además de beber los vientos por ella, o precisamente por eso, le ha aguantado mil y una y, poco a poco, ha ido consiguiendo que amainara. O eso pensábamos todos, porque hace un par de años, con cinco hijos auestas, con un marido médico y siendo anglicana, que ya es extraño, decidió que debía volver a trabajar tras encontrarse casualmente con Noel Carter, que había vuelto a los almacenes donde ambos habían coincidido de novios. ¿La crisis de los cuarenta de Carol fue casualidad o fue una excusa para, consciente o inconscientemente, lanzarse de lleno a la tentación? Sinceramente, no lo sé. Nunca he sabido qué pasaba por la cabeza de mi querida hermana.

—¿Los niños lo saben? —acierto a preguntar.

—Se lo he contado a los gemelos. En realidad, les he dicho que su madre y yo estábamos atravesando un mal momento y que ella necesitaba pensar.

Incluso ahora la protege. La cabeza de chorlito de mi hermana no se lo merece.

—A los pequeños les he dicho que tenía que estar fuera por trabajo. Creo que es lo mejor hasta que se aclare la situación.

—Has hecho bien.

—¿Mi madre y Ted lo saben?

—No. Aún no se lo he dicho. No quiero que la presionen.

—Sí... A ver si hay suerte y conseguimos que Carol vuelva antes de que mi madre se entere.

—Ojalá —responde sin mucha convicción.

—¿Quieres que haga algo?

—Sólo entérate de si está bien. Y si te pregunta por mí, cosa que no sé si hará, dile que la quiero y que no hay prisa.

No puedo evitar emocionarme. Este hombre es una joya.

—Tenían que haberte clonado —le digo.

—Mejor no, o habría muchas más familias numerosas en vías de desestructuración —responde intentando resultar gracioso.

El resto del día transcurre con normalidad. Antes de salir, me acerco a visitar al señor Patterson, que se ríe en mi cara cuando le digo que Doreen estaba muy enfadada.

—Por favor, prométame que no se va a volver a meter en el control de enfermeras.

—¿O qué? ¿Me quitarán el postre? Ja, ja, ja. Me harían un favor. ¡Apesta!

Me río. No puedo con él. En el fondo, hace lo que a todos nos gustaría hacer algún día: decir lo que piensa sin importarle las consecuencias.

—No, en serio. Me he comprometido a hacerme cargo de usted. Por favor, no me lo ponga difícil.

—¿Puedo seguir yendo a fumar?

—No debería.

—Eso es un sí. Nos vamos a entender, enfermera.

—Una pregunta: ¿qué estaba haciendo en el control?

Se queda callado un instante y sonrío malicioso.

—Me cae usted bien. A lo mejor algún día se lo cuento.

A las ocho salgo del hospital. He trabajado poco más de media jornada y, sin embargo, tengo la sensación de haber estado dos días. Me suena el móvil. Es David.

—Hola, David, dime.

—Perdona que te moleste. ¿Te importa que Patty vaya a dormir esta noche? Me ha dicho que quiere coger ropa y no sé qué más y que prefiere quedarse.

—No, en absoluto. ¿Cómo me va a importar? Encantada. A ver si así me habla, porque lleva una temporadita.

—Se le pasará. Ya lo verás. Mañana por la mañana paso a recogerla.

—¡Espera! ¿La vas a traer tú?

—No, se ha ido con una amiga. Me ha dicho que no llegará tarde.

—De acuerdo. Gracias.

A las nueve llego a casa tras pasar por una tienda de veinticuatro horas. Quiero preparar algo que le guste mucho a Patty, pero que no suene a especial. Un «como quien no quiere la cosa». He comprado un Battenberg Cake y un paquete de Angel Delight. Nada aparatoso de cocinar, para que no parezca que el menú está preparado. A las nueve y cuarto tengo todo listo. Meto el Angel en el frigorífico para que coja forma y pongo el Battenberg cortado en la mesita del salón. Me como una porción para que no parezca que estaba

esperándola y desmigajo parte de otra como si hubiese comido sin ganas. Me siento a ver un poco la tele. Patty llega media hora más tarde.

—Hola.

—Hola, hija. ¿No me das un beso?

Me lo da de forma automática. Sin emoción.

—¿Quieres tomar algo? —digo señalando sin mucho interés el Battenberg—. Hay Angel Delight en la nevera.

—No, gracias. Ya he cenado. Si no te importa, me voy a mi habitación.

Diez libras tiradas a la basura. Voy directa al grano.

—Me ha dicho tu padre que querías coger algo de ropa. ¿Eso quiere decir que piensas quedarte más tiempo con él?

—Sí, ¿te importa?

Lo ha dicho de forma lo suficientemente ambigua para que no sepa si el «¿te importa?» busca mi conformidad o es un desafío.

—En absoluto.

Quince iguales.

—¿Quieres que te ayude? —le digo a ver cómo responde.

—Ya la cojo yo mañana —me suelta sin pestañear.

Treinta-quince. Está claro: lo de antes era un desafío. Cambio de táctica.

—Quiero que hablemos un rato.

—¿Ahora? —responde haciendo un mohín.

—Si vas a coger la ropa mañana, no tendremos oportunidad.

Treinta iguales. Tu madre es mucha madre, Patty.

—¿De qué quieres hablar?

—¿Por qué te muestras tan hostil conmigo?

—Atribúyelo a las hormonas.

Cuarenta-treinta.

—Tú antes no era así.

—Soy una adolescente. Tengo conflicto con todo el vello que me está saliendo.

—¿A qué viene eso?

—Pregúntale a Caitlin Moran.

—Deja de jugar conmigo.

—Pues toma una decisión: si no quieres a papá, divórciate.

Acaba de ganar el set con un dry a doscientos kilómetros por hora que me ha dejado clavada en la pista. Algo ha pasado. Hay un cambio radical en su discurso. Hasta hace poco su única preocupación era que nos volviésemos a

juntar y ahora es justo lo contrario. ¿Realmente tendrá las hormonas descontroladas o me está tomando el pelo? Saco la artillería.

—¿Te drogas?

—Con lo que me das a la semana tendría que traficar para poder consumir.

¿Me ha llamado cutre? No doy crédito.

—Patty, no seas impertinente.

Suena el móvil. Patty hace ademán de irse. Le hago un gesto y pongo cara de «ni se te ocurra o te arranco las uñas». De mala gana se queda donde está. Contesto: es mi madre.

—Dime, mamá.

—¿Es verdad que han ingresado a la señora Wowden?

—Sí, pero no es grave. Kerry dice que...

No me deja seguir. Comienza a contarme las enfermedades de todas sus amigas una por una. Calculo que serán por lo menos ocho o nueve minutos mínimo. Si cuelgo, le va a parecer mal, así que opto por un placebo.

—Ajá —le digo.

E inmediatamente pongo el teléfono boca abajo sobre la mesita del salón. No entiendo bien lo que dice, pero oigo lo suficiente para saber si hay un parón en su discurso y soltar otro «ajá». Me centro en Patty. La conversación no está funcionando. Así que tengo que buscar otra aproximación.

—Tú y yo nos llevábamos genial hasta hace un año.

—Como la abuela y tú. Igualito.

Tuerzo la cabeza como los toros antes de embestir.

De repente a Patty le da una arcada y sale corriendo. Voy detrás. Tengo una sensación horrible de *déjà vu*. La sigo hasta el baño y me la encuentro vomitando.

—Tienes quince años. ¿No estarás embarazada?

—¡¡No!! No soy como tú o la tía Carol.

Ese comentario me cae como una patada en el estómago. No me reprimo y le doy con una toalla en el costado.

—¡Ay! ¿Estás loca? ¡Me has pegado!

—Denúnciame. Las toallas no dejan marcas. Lo vi en un documental de la BBC2 sobre la tortura en Hispanoamérica.

Patty se pone en pie.

—Tú estás muy mal, mamá.

—¿Has bebido? —le pregunto.

Patty me echa el aliento. Es dulzón. Tiene la boca de color rojizo. La aparto

y miro la taza del váter, que está tintada de rosa. No parece sangre.

—¿Qué demonios has estado bebiendo?

—Fanta de fresa.

Es tan absurdo que seguro que es verdad. Me aparta y vuelve a la sala. Tiro de la cadena y la sigo. Qué cosas más raras inventan hoy. Es imposible que eso siente bien. Es como con las patatas fritas. Barbacoa, con sal marina, con cebolla y crema, con pimienta negra... Las hay con todo menos con sabor a patata.

Nos sentamos de nuevo. Cojo el teléfono.

—... y en el hospital le dijeron que no le cubrían la prótesis. ¿Para eso se compró una casa en España?

—Increíble... —respondo.

Increíble, qué me estás contando, desde luego, vamos es que... son perfectos si el tono del relato suena a queja. Para una conversación normal los mejores son: ya, claro, a-já..., hummm, sí, ¿no...? O el socorrido desde luego.

Vuelvo a dejar el teléfono como estaba. Patty me mira seria.

—¿Me puedo ir a la cama?

—Aún no.

—Vale.

—¿Me puedes explicar a qué viene disfrazarte de caja de Amazon? Estás intentando decirnos algo. No sé, que te sientes como un paquete yendo de aquí a casa de tu padre. Es alguna clase de expresión de desarraigo. Es que de verdad te juro que no lo entiendo.

—No es eso.

—¿Te sientes mal con tu cuerpo? Es normal que notes desajustes. Estás en una edad de cambios y tienes las hormonas disparadas.

—Danboard, mamá.

—¿Qué?

—Era para un *cosplay*.

—A mí háblame en cristiano porque...

—Estaba disfrazada de Danboard. Es un personaje de *Yotsuba!*

—¿Eso que es? ¿Algo de internet? No se te ocurra meter la tarjeta en páginas raras. Te la hemos dado sólo para emergencias.

—Es un manga. Un cómic japonés. ¿Sabes lo que es eso?

—Hasta ahí llego.

—Tengo uno igual en mi habitación.

—¿Ah, sí?

No tenía ni idea. Y eso que alguna vez le he revisado los cajones a ver si tenía escondidos preservativos o algún otro anticonceptivo. Soy moderna, pero soy madre. De hecho, soy bastante más madre que moderna.

—Está encima de mi mesa. De unos quince centímetros.

—Pues nunca lo he visto.

—Eso quiere decir que estás ciega o que no limpias. Tacha la que no proceda. Me voy a la cama. Dale recuerdos a la abuela de mi parte.

Me quedo tan perpleja que no sé qué responder. Durante un segundo reina el silencio. ¡Silencio! ¡El teléfono!

—Esther... ¿Esther, estás ahí...? —sale una vocecita desde el altavoz.

—Sí, mamá. Es que estaba despidiéndome de Patty, que se va a la cama. Te manda un beso.

Paso de contarle lo que ha pasado o engancha otra media hora. Y hoy no. Hoy necesito descanso.

—¿No estaba en casa de su padre?

—Ha venido a por ropa. Mañana se vuelve.

—Dile que el sábado contamos con ella para el cumpleaños. A la una y media.

—Ya lo sabe.

—¿Le has dicho que es temático de la princesa Diana?

—Sí.

—¿Quieres invitar a David?

—¿Por qué no?

—Muy bien. ¿Tú estás bien?

—Bueno... Hoy...

—Pues fenomenal. Ya no te molesto más. Hala, adiós.

Ni me ha dejado contestar. No sé de qué me extraño. Siempre me hace lo mismo: me cuenta lo suyo con todo lujo de detalles y en cuanto me toca a mí, me cuelga. Me quedo unos instantes en el salón cogiendo fuerzas antes de ir al baño. Miro la porción de Battenberg desmigajado. Parece un finalista del Premio Turner. Ni siquiera tengo ganas de recogerlo. Menudo día.

Entro en mi habitación y cierro la puerta. Me pongo el pijama y me dejo caer sobre la cama. No me apetece leer. Apago la luz.

—Eso quiere decir que estás ciega o que no limpias. Tacha la que no proceda —repito imitando su voz.

¿Quién se ha creído que es? Me doy media vuelta en la cama con tal intensidad que a punto estoy de caerme rodando. Enciendo la luz. Estoy

completamente despejada. Odio cuando me pasa esto. Va a ser una noche muy larga. Pues ya que va a ser así, aprovechémosla. Limpieza de armarios. Me pongo manos a la obra.

MARTES

*Goodbye Ruby Tuesday
Who could hang a name on you?
When you change with every new day
Still I'm gonna miss you*
ROLLING STONES

Seis y media de la mañana. Estoy terminando de desayunar mi té negro de Ceilán: es mi momento de tranquilidad. Apenas se oye nada fuera. Recientes estudios dicen que el té negro es un filtrante maravilloso y que va de perlas para contrarrestar los efectos perniciosos de la comida basura. Ojalá. A mí lo de la comida basura me da igual, pero me vendría fenomenal que realmente fuese un buen filtrante, porque yo, últimamente, retengo todo: líquidos, sólidos y, sobre todo, malos rollos; que no hay quien me los quite de la cabeza. Aparece Patty aún en pijama.

—¿Qué es eso?

Señala dos montones de ropa que están cuidadosamente doblados y apilados en un extremo de la mesa.

—Ropa. He hecho limpieza. Elige la que quieras llevarte. Te la doy.

Es un intento de acercamiento por mi parte. Me duele que estemos tan separadas. No intento que me comprenda. A veces ni yo misma me entiendo. Con que asuma que los padres somos personas de carne y hueso y que se nos puede querer aunque a veces nos equivoquemos, me basta. Como está medio dormida, la cosa parece que funciona. Se acerca al primer montón y lo repasa. No muestra gran interés. Lo atribuyo a la suficiencia adolescente.

—Todo es superviejo.

Subraya tanto lo de viejo que hasta la palabra tiene polvo. De suficiencia adolescente, nada: está siendo borde.

—En todo caso será *vintage*, que hay cosas de marca. Hasta debe de haber una bufanda de Stella McCartney de cuando tu padre era generoso. —Me invento esto para captar su atención.

—¿Y la vas a tirar? —dice horrorizada.

Acabo de pisar una mina antipersona. Error.

—No —me apresuro a decir—. Te la estoy ofreciendo como signo de buena voluntad en las relaciones madre-hija. Que no es lo mismo.

—Vale, me la quedo. El resto lo puedes tirar o donar a la beneficencia. Voy a ducharme —remata.

Me dan ganas de agarrarla de los pelos y hacerla girar en el aire, pero me contengo.

—¿Vas a querer el Angel para desayunar?

—No.

¡Estupendo! Ya sé lo que me toca. Abro la nevera y saco el dichoso Angel. No sé cuántos días aguantan estas cosas. Mientras me lo tomo —mi dignidad y mi presupuesto me impiden tirarlo—, me pregunto cuánto costará una bufanda de Stella McCartney.

Media hora más tarde David ya está en casa listo para llevársela. Ha venido acompañado de Orla, una de las mejores amigas de Patty.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta.

—Igual. —Para qué le voy a mentir.

David asiente, resignado.

—Ya se calmará. ¿Le falta mucho?

—Patty, tu padre tiene que irse —le grito.

Aparece Patty vestida para ir a clase y con una gran bolsa de ropa. Está claro que no tiene intención de volver conmigo en una larga temporada.

—¿Te has dejado algo? —pregunto con cierta sorna—. Si quieres, te lo envío por mensajero.

—No hace falta. Lo que se queda no me importa mucho.

Eso me duele. No sé si es por la ropa o va con segundas, pero me duele. Es una chica. Sin duda va con segundas.

—¿También te vas a llevar eso? —pregunta Orla refiriéndose a los montones de ropa que aún están sobre la mesa de la cocina.

—¿El baúl de Cyndi Lauper? ¡Qué dices! Ni siquiera sé cómo podían ponerse esas cosas.

Coge una chaqueta.

—¿Has visto estas hombreras? Ridículas.

Toma otra pieza al azar.

—¿Y los cuellos bebé? Son espantosos...

Suficiente. Has superado mi umbral de tolerancia. Atente a las consecuencias.

—Es verdad, eran algo ridículas... —digo.

Las dos se vuelven a reír.

—Esperad a ver vuestra ropa dentro de unos años.

Empiezo a preparar el golpe.

—No es lo mismo. Los ochenta son supermarcianos. Eran una hortería.

—Yo he visto vídeos en YouTube y no sé cómo se atrevían a salir así a la calle —añade Orla.

—¿Habéis vuelto a ver *High School Musical*? Y sólo han pasado ocho años.

Patty se queda desconcertada, no esperaba ese giro. Le encantaba. Es el *Grease* de su generación.

—No es lo mismo.

—Dale tiempo. Espera diez años y las *Monster High* serán tan horteras como Lene Lovich.

—¿Quién es Lene Lovich?

—Una de las primeras cantantes punk —apunta David—. Era muy rara.

La suerte de tener un no exmúsico. Ni yo misma sé cómo me he acordado de ella.

—El tiempo hace que todo se vuelva ridículo. Esperad un momento —les digo mientras voy al salón.

Ya la tengo donde quería. Al poco vuelvo con un álbum de fotos.

—Sin ir más lejos, mira tus disfraces de Teletubbie —digo mientras abro el álbum.

—¿Te disfrazabas de Teletubbie?

Orla no da crédito. Señalo la foto.

—¿Cómo era...? ¿Tinky? —finjo, porque me acuerdo perfectamente—. Tinky Winky, ¿no?

—Mamá... —hierva Patty—. Cierra eso.

Demasiado tarde. ¡Es tiempo de sufrir! La hora del dolor ha llegado, querida hija. Has menospreciado el poder de los padres: el poder de avergonzar. Continúo.

—¿En esa época ya os conocíais, no? —pregunto a Orla mientras busco más fotos.

—Nooo —responde como si Patty fuese una apestada.

—¿Ah, no? —contesto encantada—. Entonces, te perdiste la fase piña. ¿Te acuerdas, David?

—Para —insiste Patty.

Hago como que no la oigo. David, aguantando la risa, prefiere mirar para otro lado.

—Iba a todas partes disfrazada de piña. Y no hablo de fiestas de disfraces, qué va. Todo. Celebraciones familiares, cumpleaños de amigos. Estaba todo el día con la canción aquella. ¿Cómo era...?

—*Agadoo* —apunta David, como quien no quiere la cosa.

—Jo, papá.

—¡Ésa! *A-ga-doo-doo, push pineapple, shake the tree!* Venga, Patty.

Me pongo a bailar. No hay vergüenza adolescente que aguante ver a su

madre bailando en la cocina delante de sus amigos.

—*A-ga-doo-doo, push pineapple, grind coffee!*

—¡Ya basta!

Patty intenta cerrarme el álbum. No le dejo.

—No seas boba. Si estás simpatiquísima. Quería ser horticultora...

Orla observa la foto y después mira a Patty con una sonrisita de superioridad.

—Tenía seis años —protesta Patty tratando de justificarse.

Son amigas, pero no tanto como para que Orla guarde el secreto.

—¡Me voy!

Patty, herida en su orgullo, coge su bolsa y se va a la calle. Juego, set y partido.

—¿Has recogido todo arriba? —le grito, como si no me importara su desplante.

—Recógelo tú —responde malhumorada mientras da un portazo.

—Yo es mejor que me vaya también —añade Orla mientras sale, incapaz de disimular su sonrisa.

David me mira y niega con la cabeza.

—Eso no ha estado bien. Así no vas a conseguir que vuelva a estar bien contigo.

—Lo sé, pero me tiene harta. Y yo, de vez en cuando, también soy humana. Además, sólo ha sido una broma. Para que aprenda.

—Bueno... Nos vemos.

Asiento. Le acompaño hasta la puerta.

—Ah, por cierto, ¿el domingo quieres venir a comer? Es mi cumpleaños y...

—Lo sé —responde David, encantado—. Cuarenta.

—Sí, bueno. Es temático. Cosas de mi madre. Diana de Gales.

—Entiendo que me toca ir de príncipe Carlos.

Oh, vaya. Ni lo había pensado. Pobre.

—No... En realidad, no hace falta que vengas disfrazado.

—¿Puedo ir de piña?

Me río. En el fondo, y no tan en el fondo, sigo sintiendo algo por él.

Se marcha. Recojo la ropa canturreando *Can't get used to losing you* de The Beat sin darme cuenta. Voy arriba a echar un ojo a ver cómo ha dejado todo. ¡Dios santo! La habitación está patas arriba. Tiro la ropa al suelo. Tengo diez minutos para dejarla mínimamente ordenada antes de salir para el

hospital. Me fijo, y encima de la mesa está el muñequito ese que parece una caja de Amazon. ¡Pues era verdad! Estoy ciega, porque limpiar vaya si limpio. Se ha dejado el portátil encendido. Qué desastre. Voy a apagarlo cuando algo me llama la atención. En el escritorio está abierta una pantalla con una cuenta de Twitter. ¡Oh!

Pequeño debate interior. ¿Debo o no debo mirar? ¿A quién voy a engañar? No debo, pero curioso igualmente.

Tomo nota del nombre: Thedanboardgirl. El avatar no deja lugar a dudas. El muñeco de cartón otra vez. Tendré que leer el cómic a ver de qué va todo esto. Miro los últimos mensajes.

The Danboardgirl @thedanboardgirl

Daenerys Targaryen es la Shakira de JdT. Prometía mucho pero no termina de ir a ninguna parte.

No sé de qué habla.

The Danboardgirl @thedanboardgirl

Me encanta el Angel Delight. Me dan ganas de bajar a comerlo cuando la bruja se haya dormido.

¡Lo sabía! Sabía que le seguía gustando. Será falsa.

Me sobresalto. Un nuevo tuit aparece mientras estoy leyendo. Por un momento, me creo descubierta y estoy a punto de caerme de la silla.

The Danboardgirl @thedanboardgirl

Las madres sobran. Deberíamos nacer de huevos.

Calma. Está tuiteando desde el móvil.

Orlaistheone @queenorlathefirst

O de piñas

The Danboardgirl @thedanboardgirl

¡Muérete!

Orlaistheone @queenorlathefirst

Tinky Winkyyyy...

No lo entiendo. Van juntas en el coche y se escriben en vez de hablar. En fin, mi pequeña maldad ha funcionado. Y es que da igual la edad que tengas, los padres siempre pueden sacarte los colores recordándote esos momentos embarazosos de tu vida que con tanto trabajo y esfuerzo habías conseguido llegar a olvidar. Cierro el ordenador, recojo y me marcho al hospital. Una hora después estoy en el control de enfermeras.

—¿Vas a espiar a tu hija en Twitter? —pregunta Carminho con un deje divertido.

—Seguir. Voy a seguirla. No es lo mismo —matizo.

Arquea una ceja.

—Bueno, vale, ¿y por qué no? Al fin y al cabo, es para mayores de

dieciocho años y ella no los tiene. Será como una supervisión parental.

Me quedo tan ancha.

—No deberías hacerlo —apunta Niky, una compañera de origen asiático y muy tímida—. Es como leer su diario.

—Twitter es público —respondo.

—Pero tú no sabías que tenía cuenta... —señala Carminho.

Eso es cierto.

—Y no usa su nombre —añade.

Eso también.

—¿Tú no vigilas lo que mira tu hijo en internet? —respondo.

—No me hace falta. Lo sé: porno y animación japonesa.

—¿Y no te importa?

—Tiene dieciséis años. Prefiero que lo vea en su ordenador a levantarme de noche a por agua y encontrármelo delante de la tele.

—Noooo... —dice Niky.

—A los catorce.

—¿Y qué hiciste?

—Lo mandé a un campo de trabajo a Coimbra.

—¿En serio?

—¿Tú que crees? Le compré un portátil. ¿Qué iba a hacer?

En ese momento aparece Kerry para la visita de los pacientes operados.

—Esther... La ronda.

—Ahora mismo. Yo no soy tan moderna —le digo a Carminho mientras cojo mi carpeta y salgo del control.

—No es cuestión de modernidad. No puedes parar un tsunami.

—¿De verdad lo pillaste? —oigo repetir a Niky mientras me alejo con Kerry por el pasillo.

Todos los días, a poco de llegar, pasamos revista a todos los operados para saber de primera mano qué tal han pasado la noche. Es, a la vez, una cortesía y un control, puesto que tenemos la referencia del personal de guardia de cómo han pasado la noche. Es una de las cosas que más me gusta de mi trabajo. Es como dar los buenos días a la familia. Y éstos sí están deseando verte.

—¿Ha pasado buena noche, señora Davis? —pregunta amable Kerry.

—Más o menos.

Algo ocurre.

—¿Le tiran los puntos?

—No, qué va.

Mira tímidamente a la cama de al lado, en la que duerme su compañera de habitación.

—Es la señora Cooper. Ronca mucho —dice casi en un susurro—. No hay quien duerma.

Kerry me mira. Asiento. Conocemos bien a la señora Cooper, apodada en la planta Miss Thunderbird por el volumen de sus ronquidos. Lo que la señora Davis ignora es que es la tercera compañera de Miss Thunderbird. Voy a decir algo, pero en ese momento se abre la puerta de la habitación. Para mi sorpresa, veo entrar al señor Patterson que, sin percatarse de nuestra presencia, cierra rápidamente y se queda de cara a la puerta. Parece estar huyendo de alguien.

—¿Dónde se ha metido ese viejo insufrible? —se oye de fondo a Doreen por el pasillo—. No se ha tomado la maldita medicación.

Entendido.

El señor Patterson entreabre la puerta para comprobar que no hay moros en la costa y se agacha mostrándonos la luna en todo su esplendor.

—Oh, Dios.

—¿Ocurre algo? —musita la señora Davis.

Kerry va a decir algo, pero le agarro el brazo y con un gesto le indico que yo me encargo. El señor Patterson sale al pasillo sin haberse enterado de nada y yo voy tras él.

—Señor Patterson... —digo con tono musical.

Se queda helado. Sabe que lo he pillado.

—Teníamos un acuerdo, ¿recuerda?

El señor Patterson respira hondo y se gira.

—Está bien. Sólo iba a estirar las piernas. Ustedes siempre dicen que tenemos que movernos. Yo sí que me movía en los sesenta... ¿Le he contado a qué me dedicaba?

—No. Y me encantaría oírlo mientras toma su medicación.

—¡Por fin! —oigo a mi espalda.

Me doy la vuelta. Doreen viene directa hacia nosotros como un misil.

—Le estaba buscando. ¿Qué quiere? ¿Morirse? Por mí, perfecto, una cama libre para alguien que sí se quiera curar. No se puede saltar la medicación. Le voy a decir una cosa: siga así y hago que le trasladen.

Lo miro. Esta vez, curiosamente, parece impresionado.

—Si la ha tomado hace un rato —miento—. La culpa es mía por no anotarlo en el parte. Perdón.

Doreen nos mira a ambos.

—Ni una más —advierde.

Y se marcha.

Nos quedamos un segundo en silencio.

—Gracias—dice.

Tiene una mirada especial. En ese momento, una puerta se abre al fondo del pasillo detrás del señor Patterson y un foganazo de luz parece salir del interior captando toda mi atención. No consigo ver bien de quién se trata, pero conozco ese cuerpo —cuerpazo— de memoria. En mi cabeza comienzan a sonar los primeros acordes de *Soley Soley* de Middle of the Road. Juanito ha llegado. Es uno de esos momentos en que la vida parece una película de Tom Hanks y Meg Ryan.

De forma mecánica me despido del señor Patterson.

—Tómese la medicación. Eeh... Luego le veo —es lo único que acierto a decir.

Camino como una autómatas hacia la luz. Noto que el señor Patterson se ha quedado mirándome, pero me da igual. La música me envuelve.

—Juanito... —le llamo.

Se da la vuelta. Me sonrío. Llega el estribillo. *Ley, Soley, Soley... ¡Soley, Soley!* Y ya.

—Hey, pecosa... ¿qué tal?

—¿Cuándo has llegado?

—Hace nada. Quería haber venido ayer, pero no había conexión desde Dubái.

Cierra la puerta de la habitación de su madre mientras yo pienso en jeques, piscinas y caballos que corren por el desierto.

—¿Está bien? Dime la verdad.

Vuelvo a la realidad.

—Bueno, no ha sido muy grave dados sus antecedentes, pero no es algo que haya que tomar a la ligera. Tiene que cuidarse más.

—Entiendo.

—No quiero meterme en tu vida... —comienzo a decir tanteando el terreno. Aunque ya me gustaría—. Pero de ahora en adelante convendría que estuviera acompañada permanentemente.

Cuando son temas tan delicados como el cuidado de un familiar, trato de decirle a la gente lo que debe hacer intentando que no suene a regañina. Para mí lo fundamental es que se impliquen y que no se tomen las posibles nuevas

obligaciones como una carga.

—Lo entiendo perfectamente. Me alegro mucho de que pidiese que la trajesen aquí, con vosotros. Sé que está bien atendida.

Me toca el brazo. Me derrito. Es imposible que este hombre no me guste. ¡Es perfecto! Salvo por el pequeño detalle de que le encanta su trabajo y eso le obliga a viajar por el mundo y nunca está aquí. Bajo a la tierra de nuevo.

—Oye, si quieres podemos vernos después para cenar.

—Encantadísima.

Por favor... ¿Encantadísima? ¡Qué ridiculez! ¿Cómo he podido decir semejante tontería? Parezco una adolescente chillona conociendo a su cantante favorito en uno de esos programas de tele que cumplen deseos. *Jim'll fix it! Happy* con Esther Lucas. No. Mejor que Jimmy no lo arregle. Con lo bien que iba.

Por suerte, Juanito hace como si tal cosa, aunque una pequeña sonrisa que asoma por la comisura de los labios le delata. Le agradezco que no abunde en el tema.

—¿A qué hora terminas?

—A las ocho.

—Si te parece bien, te recojo en la puerta.

Me parece bien incluso que me lleves haciendo la carretilla. No te digo más. Me contengo.

—Perfecto. Luego pasaremos a ver a tu madre —recupero a la Esther enfermera profesional.

—Muy bien —responde asintiendo.

Y ahora, el puntito final.

—De todas formas, si necesitas cualquier cosa, avisa. He pedido que me la asignen.

—Muchas gracias —contesta—. En serio.

No seáis malpensadas, chicas. No lo he hecho por colgarme la medalla ante él. Bueno... en parte lo he hecho porque es él, es verdad, pero también lo he hecho porque adoro a su madre.

Me alejo de él buscando a Kerry para continuar la ronda.

Seguimos viendo pacientes. La mañana transcurre con tranquilidad. El único momento tenso es cuando Kerry me pregunta si he hablado con Carol. ¡Dios! Me había olvidado. ¿Cómo es posible? Normal, con todo el lío que he tenido con Patty. No le puedo mentir. Le prometo que la llamaré hoy sin falta. Nota mental: llama a Carol, llama a Carol, llama a Carol.

Terminada la visita a los pacientes, me paso por el control para informar de cambios.

—¿Qué tal la ronda? —pregunta Carminho.

—Bien. Hay que cambiarle la medicación al señor Rodríguez. Se ve que la cortisona le ha hecho reacción y parece sacado de un anuncio antiguo de Ready Brek.

—¿Y eso cómo es? —pregunta Niky—. Es joven y es normal que no los conozca.

—Naranja —suelta Carminho sin despegar la vista del ordenador—. Los niños que tomaban Ready Brek tenían un aura radiactiva. Parecían fugados de Chernóbil.

Estoy perpleja. ¿Cómo puede saber eso?

—¿Teníais Ready Brek en Portugal en los setenta?

—En los setenta tuvimos la Revolución de los Claveles —me mira—. Dame el nuevo tratamiento y lo cargo.

Se lo entrego.

—¿Alguna cosa más? —pregunta.

—Ah, sí. La señora Davis quiere deshacerse de Miss Thunderbird.

—¿Ya ha descubierto que ronca? —pregunta retórica Niky.

—¿Podemos hacer algo?

Carminho teclea en el ordenador y al poco niega con la cabeza.

—Nada que hacer. Si no tiene contraindicaciones con lo que está tomando, podemos darle un somnífero sin que lo sepa.

—Bueno. Por cierto, decidle a Doreen que hoy no como con vosotras.

—¿Y eso?

—«Eso» se llama Juanito y es el hijo de la señora Wowden.

—¿La de la 323? —apunta Niky.

—La misma. Y nos vamos a ir a cenar esta noche. Me voy a escapar a darme un golpe de peine a la hora de comer. De esto ni palabra porque últimamente está hipersensible y a lo mejor tardo un poco en llegar. Cubridme, ¿vale?

—No te preocupes —responde Niky con una amplia sonrisa.

—Si te ha visto ya, no te arregles mucho o se notará —me aconseja Carminho.

La Bocca della Verità ha hablado. Lo tendré en cuenta.

¿Y dónde puedo ir a darme un retoque rápido? A la peluquería de Rita. Es verdad que acercarme hasta Londres cuando hay peluquerías a diez minutos

del hospital parece un poco absurdo, pero quiero aprovechar para ver cómo está.

Enciendo la radio durante el camino. Me encanta la música. Ya lo habréis notado. Para mí las canciones son como notas a pie de página de la vida. Y no hablo sólo de cuando una canción te viene a la mente mínimo diez veces al día, sino también de cuando pones la radio o entras en una tienda con hilo musical y tienes la sensación de que alguien está pinchando especialmente para ti. Como si estuvieras en *El Show de Truman*, pero con un decorado gigante. Le doy a un botón sin saber. Veamos qué sale. Tina Charles, *I Love to Love*. Totalmente de acuerdo. ¿Qué os decía?

Le piso un poco y media hora después llevo a la peluquería de Rita.

—Hola, niñas.

—Hey, Esther, ¡qué alegría! —me dice Layla sonriente mientras habla con un chico que acaba de llegar.

—¿Tú aquí? —dice Rita mientras termina de cobrar a la señora Fields, una habitual.

—Vengo apuradísima —adviento.

Rose, al fondo, saluda con la cabeza. Está atendiendo a una clienta y no parece de muy buen humor.

—Necesito un golpe de peine rápido. Tengo que volver al hospital en quince minutos —insisto.

—Siéntate ahí. Ahora estoy contigo —me dice Rita.

Layla conduce al chico, en la frontera de los treinta, a la sala donde hacen los tratamientos de belleza. La peluquería de Rita es unisex, aunque su público es mayoritariamente femenino. Rita despide a la señora Fields y se acerca hacia mí.

—Explícame el milagro.

—Han ingresado a la madre de Juanito —comienzo a decir.

—¿No me digas que te estás preparando para el funeral?

—¡Rita! No, por Dios. Qué bruta eres. Es que ha venido Juanito a verla y me ha dicho que si quería cenar con él.

—Me apunto.

—¿Qué? —me quedo sin respuesta.

Adiós, noche romántica. Hola, noche monopolizada por las anécdotas de Rita.

—Es broma... —dice.

Respiro. Reconozco que sería una noche divertida. Rita siempre ha sido

más ocurrente, espontánea y simpática que yo (debería odiarla), pero no es lo que quiero ni lo que necesito.

—Es lo que te merecías por lo de Marco. Hmmm... —Ríe—. Entonces me esmeraré.

—¡No! —le suelto.

Las palabras de Carminho me vienen a la cabeza: «Si te ha visto ya, no te arregles mucho o se notará».

—No. Que no se note que me he escapado a la peluquería. No quiero que sepa que estoy ansiosa.

—¿Cuánto de ansiosa?

—Como para conducir una hora, sobrepasar el límite de velocidad y saltarme la comida.

—Tengo Curly Wurly en el bolso —suelta Rose desde el fondo.

¿Qué dije? No pierde comba.

—No, gracias. Se me pega a las muelas y luego estoy todo el rato ch, ch...

—Ah, perrilla... —me suelta Rita—. Mucho enfermera solícita con mamá Wowden, pero tú lo que quieres es waka waka con el gran hombre blanco.

—No digas eso. Es... Sí, es un pequeño engaño. ¿Y qué? ¿Qué hay de malo en que quiera ir un poco arreglada sin que se note? —matizo.

—Entonces, si surge el waka waka, tú, claro, le dirás que no, que se esté quieto, no te vaya a estropear el peinado.

—Bah... —Aunque hemos estado años sin hablarnos, me conoce demasiado bien.

Oigo la risita de Rose al fondo. Otra que tal baila. Layla sale. Está colorada. Viene hasta nosotras.

—Hay un problema.

—¿Qué pasa? —responde Rita.

—Es... —Mira a ambos lados sin decidirse a hablar.

—Esther tiene prisa.

—Hoy sí... Lo siento. —Me da pena recordárselo.

—Es que la depilación... es abajo —dice casi en un susurro.

—¿Y? —suelta Rose desde el fondo.

Tiene un oído finísimo, como podéis comprobar.

—Le vamos a calzar sesenta libras —concluye Rita—. Házselo.

Layla, compungida, vuelve a la sala.

Seguimos.

—Pues no imaginas quién ha venido hoy por aquí.

—Ni idea.

—El italianini —suelta Rose seguido de una risotada.

—Tú a lo tuyo —responde Rita marcando el territorio.

Ay, Dios.

—¿No querría hacerte daño?

—Lo que quería era volver. Pensaba que con una noche fuera ya le iba a echar de menos. ¡Un crack!

—¿Y qué le has dicho?

Al minuto Layla vuelve a aparecer. Viene otra vez hacia nosotras.

—Que si es por mí se puede ir a Italia y a la mierda. Me da igual el orden —responde Rita.

Layla se lo piensa dos veces y cambia de rumbo. Va directa a Rose. Bendita visión periférica. Afino el oído sin dejar de atender a Rita.

—No te imaginas el número que montó en la puerta... —continúa Rita.

—No puedo. Me da cosa... —le dice Layla a Rose en bajo.

Rita está muy concentrada en lo suyo y parece no enterarse.

—Vino con las maletas y todo... —me dice continuando con el relato.

—Es que no quiero tocarle ahí otra vez —oigo comentar a Layla, agobiada al fondo.

—¡Increíble! —respondo en relación a ambas conversaciones.

—Hay mujeres que pagarían por tener tu trabajo —le suelta Rose.

—Debo de tener cara de idiota —dice Rita.

—Por favor... —insiste Layla.

—En realidad no pasó nada —intento suavizar.

—Gracias a ti... —puntualiza Rita.

—Te doy veinte libras —oigo rogar a Layla.

—Sigue tú. Mechas californianas de oferta —responde Rose mientras se encamina al cuarto de los tratamientos.

Inciso. Las mechas californianas «de oferta» de Rita no son mechas californianas «en oferta». «De oferta» quiere decir exactamente eso: que las compraron de oferta a un tipo que cerraba su negocio y, honestamente, son cualquier cosa menos buenas. Dejan las puntas reseca y mates y el pelo con aspecto de dejadez. Nunca te fíes de un peluquero de Cardiff en apuros.

—No quiero volver a verlo en mi vida —concluye Rita.

—Mujer, Rita...

—Como si se cae muerto. Esto ya está —dice refiriéndose a mi pelo—. Arreglado sin que se note... Un toque aquí y... ¡listo!

De repente, se oye un alarido desgarrador procedente del cuarto de tratamientos de belleza.

—Eso es lo que merecía el italiano: depilación en seco —suelta Rita como si tal cosa—. ¡Rose, como nos demande, te lo quito del sueldo!

Qué grande eres, Rita Mott.

Treinta y cinco minutos después estoy de vuelta en el hospital. Al final, sólo han tenido que cubrirme quince minutos, Doreen no se ha enterado de nada. Fantástico. Me voy a ver al señor Patterson. Entro en su habitación. Está consultando la guía de teléfonos. Hace años que no veo a nadie hacer nada semejante.

—¿Qué hace?

—Nada. —La cierra.

—¿Ha tomado su medicación?

—La de la mañana sí. Después de que se fuera la bruja. Me la dio su amiga la chinita.

Se refiere a Niky.

—¿Y la de la tarde?

Niega con la cabeza.

—Lo sé... —respondo mientras abro la mano y le entrego sus pastillas.

Se sienta en la cama y mira el grupo de pastillas multicolor que tiene en la mano.

—¿Cuánto cree que me darían en una discoteca por esto?

Me quedo perpleja. Se ríe en mi cara.

Toma un vaso de agua, se mete las pastillas en la boca y se ayuda bebiendo un poco.

—Me debe una historia —le digo.

—Ah, sí... Bien. Siéntese un momento —responde encantado.

—Cinco minutos —apunto—. No es mi único paciente, aunque sea al que más tiempo le dedico —le digo con una media sonrisa.

—A ver... Por dónde empiezo... Sí... Cuando tenía veinte años monté un restaurante chino. Uno de los primeros de Londres. Lo monté a medias con una camarera de Hong Kong cuyo marido la había abandonado para irse con una filipina. No fue bien. Me refiero al restaurante. La gente no se fiaba. —Se echa a reír—. Y eso que había mucho maoísta de salón en el Swinging London. Bueno, la cosa cambió cuando empezaron a venir grupos. Los Small Faces, los Who, y hasta una vez vino Lennon. El problema fue que hubo una intoxicación —se ríe de nuevo— y casi mandamos al otro barrio a treinta personas,

incluido un presentador de tele. Dios sabe cuándo habría salido aquella comida de Asia.

—¿Pero ustedes no la probaban? —pregunto extrañada.

—Ni loco. —Se vuelve a reír.

Menudo personaje el señor Patterson.

—Mi socia no tenía una situación clara, así que de la noche a la mañana desmontamos todo y desaparecimos. Yo me metí en el negocio de la ropa. Puse una pequeña tienda cerca de donde estaba Bazaar. No tenía ni idea de quién era Mary Quant entonces, pero la cosa fue bien. Toda la ropa se vendía en esa época. Bastaba con que no fuera convencional. Seguía teniendo buenos contactos con gente de Asia, así que compraba cuanto cosa traían de India, Singapur. Daba igual lo que fuera. La vida era muy loca en Londres y todo el mundo estaba abierto a cosas nuevas. No como ahora. Entonces conocí a una chica. La chica más maravillosa del mundo. Vino a comprar unas botas y yo me enamoré de ella al instante —dice con un brillo especial en los ojos—. Conseguí venderle un vestido que estropeé a propósito para que tuviera que volver varias veces a la tienda —cuenta orgulloso.

—Increíble.

—Le hice venir seis veces: hasta que conseguí que aceptara salir conmigo. Nos enamoramos en pocas semanas. Un flechazo.

Me gustan estas historias. No lo puedo evitar.

—La cosa iba muy bien. Hasta pensé en casarme.

—¿De veras?

—Ojo, que era el 67, el año del verano del amor. Nadie se casaba a finales de los sesenta. Por lo menos, nadie que tuviera veinte años y estuviera en su sano juicio. Lo que había que hacer era practicar el amor libre, experimentar con las drogas, tener un gurú y quejarse de todo lo que hacía el gobierno.

—¡Señor Patterson!

—¿Señor Patterson qué? *I can't get no satisfaction... But I try, I try...* Está todo ahí. Vamos, querida, eran los sesenta. No pensaría que estábamos tomando té con pastas y bebiendo Horlicks todo el día...

—No...

—Claro que no. Así que imagínese lo que podía querer a esa chica. El día que iba a declararme la policía vino a verme. Mientras yo había montado la tienda de ropa, mi exsocia se había metido a modelo. Era una modelo de segunda hasta que la cogieron para una exhibición de peinados de Vidal Sassoon.

—¿Vidal Sassoon! ¿En serio?

—Y tanto. La exhibición fue un éxito y las fotos salieron en todas partes, con la mala suerte de que algunos de los intoxicados la identificaron. En cuanto llegaron a ella no les costó nada dar conmigo.

—¿Le detuvieron?

—No. Por poco. Aún tenía contactos, así que pude escabullirme hasta la India y de allí a Tailandia y finalmente a Australia, donde me dediqué a criar ovejas.

—¿De verdad?

—¡Claro que no! Monté una tienda de discos en Canberra aprovechando los barcos que iban a las islas. Las ovejas apestan, niña.

—¿Y no volvió a ver a la chica?

—Le escribí desde Australia, pero nunca recibí respuesta. Quizá cambió de dirección mientras estuve por el mundo o simplemente se enfadó porque la dejé plantada. Quién sabe. Después me casé, me divorcié y me volví a casar. Tuvimos dos hijos. Mi mujer murió hace diez años.

—Lo siento.

—Fue un cáncer muy fastidiado. Lo pasó muy mal. Después vendí la tienda y nos vinimos todos aquí. Fin de la historia.

—Caray... —No me sale decir nada mejor.

—Otro día, si se porta bien como hoy, le contaré la historia de la tienda de música en profundidad. Tiene de todo: sexo, drogas, rock'n'roll y canguros.

El señor Patterson me recuerda al personaje de Billy Nighy en *Love Actually*. Ese viejo rockero gamberro empeñado en conseguir un número uno en Navidad versionando uno de sus éxitos pasados. Si se puede aplicar el término ternura punk a alguien, es al señor Patterson.

El resto de la jornada transcurre sin incidentes. A las ocho me encuentro con Juanito en la entrada.

—Estás guapísima, pecosa —dice, sorprendido—. Cualquiera diría que acabas de salir de la peluquería.

—¿Quién? ¿Yo?

Me toco el pelo en un reflejo de timidez. Aprovecho para deshacer un poco el peinado.

—Pues no. He estado todo el día aquí.

Miento como una bellaca.

—Impresionante —añade—. Cualquiera otra tendría cara de cansada después de semejante jornada.

De acuerdo, lo admito: también me puse una mascarilla a las seis. A lo mejor me he pasado. ¿Qué queréis? Estaba insegura y tenía la piel como papel de lija. Sigo.

—No sé... —Hago como que me ruborizo—. Yo soy así.

—Buena genética, sin duda. ¿Vamos?

Imagínate la tuya y la mía combinadas, pienso.

Dejamos mi coche en casa y volvemos a Londres. Últimamente estoy haciendo más millas que Cook. Llegamos al restaurante, el Rules, en Covent Garden. En alguna parte he leído que ha mejorado mucho en los últimos años. Cocina tradicional. Veremos.

Para empezar me tomo un Kate Middleton's. Juanito se pide un Black Velvet. No soy muy de aperitivos, pero estoy algo nerviosa y un digestivo me puede sentar bien. Espero que no se me suba a la cabeza teniendo en cuenta que no he comido. Pido un rape a la plancha con patatas y cherrys pero sin alcachofas. No puedo con las alcachofas; no me gusta ni el nombre. Me parecen micrófonos raros. Además, he visto que tienen Summer Pudding y tarta de chocolate negro y frambuesa. En estos momentos me encantaría tener varios reservorios como las vacas. Adoro el chocolate. Sobre todo el negro. Intento que no se me note la euforia. Finalmente, y por no quedar de adicta al azúcar, me decido por la tarta. Es probable que mi madre aparezca con un Summer Pudding el domingo. Juanito opta por corzo al curry con arroz basmati, *poppadoms* y *chutneys* variados. No toma postre. Se cuida. Bien.

Durante la cena hablamos de sus planes para el futuro.

—¿Y tienes muchas ofertas fuera? Me refiero en los Emiratos Árabes y eso.

—Un par de ellas.

—Ah.

Lo dejo ahí para ver si lo recoge y me cuenta sus planes.

—También me han ofrecido un par de cosas en Europa.

Vamos bien.

—Lo de tu madre... No hace falta que estés aquí. Como te dije, con tener una persona ayudándola basta.

—Lo sé. Lo sé. Aún tengo que pensar qué hacer —añade.

Y justo después levanta la vista, me mira fijamente y sonrío.

Esa duda seguida de ese gesto hacen que me den ganas de gritar de alegría.

Tras la cena salimos a la calle. Antes de ir a por su coche le pido que nos acerquemos al Drury Lane a ver qué están dando. Me vuelven loca los musicales. Está en cartelera la nueva versión de *Charlie y la fábrica de*

chocolate. Uno de mis favoritos. Me gustó el libro de pequeña y me encantó la versión de Gene Wilder. La de Tim Burton me horroriza. Es como un mal chiste con envoltorio pop. ¡Y qué manía de meter a la insufrible de su novia en todas sus películas! Lo siento, no la trago. ¿Qué pasa? ¿Es que no cobra suficiente por dirigir? No lo entiendo. En fin. De *Charlie y la fábrica de chocolate* me gustan muchas cosas: la idea de los billetes dorados escondidos en los chocolates, los cuatro abuelos compartiendo la cama juntos enfrentados y, sobre todo, la canción de los Oompa Loompa. Me sorprende que en estos tiempos de insufrible corrección política todavía no haya habido algún intento de convertir a los Oompa Loompa en aseados jóvenes de metro ochenta y dentadura perfecta y, ya puestos, dejar a los enanos que los interpretan, y que son tan actores como cualquiera, en el paro. Me siento muy identificada con los Oompa Loompa. En el fondo todos somos los Oompa Loompas de alguien.

—Vamos a por el coche. Te acerco hasta casa —comenta Juanito rompiendo mi línea de pensamiento.

—Gracias —respondo con una sonrisa tonta.

Estoy feliz. Tengo el rostro resplandeciente y los ojos brillantes. Lo noto hasta yo. Quizá hoy... ¡No! Prefiero no hacerme ilusiones. Y eso que no hay ni una nube en el cielo. Milagro. No sé por qué, y no quiero pecar de pesimista, pero al final las cosas siempre se estropean entre Juanito y yo. ¿Que no? Sí. Claro que sí. Y que conste que la mayoría de las veces soy yo la culpable.

Hoy la noche está discurriendo de forma muy agradable. Creo que está claro que entre nosotros hay química. Eso se nota. Dejemos que las cosas fluyan y que los neuropéptidos del amor trabajen. Volvemos sobre nuestros pasos hacia Bedford. Hemos tenido suerte de aparcar cerca. Increíble. Como una película de Doris Day. En las películas de Doris Day siempre encuentran aparcamiento delante del lugar al que van. Yo, de pequeña, pensaba que en la realidad también era así y no entendía por qué mis padres daban vueltas y vueltas para poder aparcar.

En Henrietta Street, a la altura del número 15, donde hay un restaurante katmandú y una tienda de Andrew Barton, vemos a una pareja discutiendo. Ella parece sudamericana, creo, y él turco o griego o algo así. Claramente, la chica, pequeña y con muchas curvas, quiere marcharse, y el hombre, una montaña de músculos de casi dos metros, está empeñado en impedirselo.

Tengo miedo. Instintivamente me agarro a Juanito.

—Tranquila —me dice mientras continuamos caminando hacia ellos.

—No hagas nada —le digo.

Este tipo de situaciones me incomodan y me dan mucho miedo.

La cosa se pone peor.

—¡Que me dejes! —grita la chica.

—Tú no vas a ninguna parte. Te dije que te quedaras en casa —responde él intentando llevarla de nuevo hacia un portal cercano que aún permanece abierto.

—Voy a ver a mis amigas. No voy a hacer nada. ¡Déjame en paz!

—Eres mi novia. Y mi novia no sale de noche como una cualquiera. ¿Está claro?

El hombre tira de ella con fuerza y la hace caer. Ella grita de dolor.

—¡Suéltala! —grita Juanito—. Déjala en paz.

—Tú no te metas, gilipollas —responde la montaña humana—. ¿O quieres que te parta la cara, eh?

La chica aprovecha ese momento de despiste para levantarse y correr hacia nosotros.

—¡Vuelve, zorra! —le grita el hombre.

La chica llega hasta donde estamos y se cobija a nuestra espalda.

—Por favor, sacadme de aquí. Está loco. No quiero que me pegue.

Hay que salir de aquí a toda prisa.

—¡Vámonos! —grito.

En vez de echar a correr con nosotras, como haría cualquier persona en su sano juicio, Juanito sale en dirección contraria directo hacia el tipo. No entiendo nada.

—Esperadme en el coche —responde.

—¿Qué? —es lo único que consigo decir.

Me paro a los pocos pasos. ¿Se ha vuelto loco?

—¡Lo va a matar! —grita la chica completamente aterrada—. Es campeón de halterofilia.

En otra tesitura me hubiera reído de algo así. Ahora no. Maldita la gracia que me hace.

Cuando se encuentran, Juanito no tiene tiempo de hacer nada. El gigantón le endosa un derechazo en plena cara que lo lanza directo al suelo dejándolo sin ninguna opción. Una vez allí, comienza a patearle la cabeza sin miramientos. Es una locura. Creo que lo va a matar. Por suerte, en ese momento llegan cuatro *bobbies* corriendo que, con gran esfuerzo, logran reducirlo.

Minutos después toda esta pesadilla ha terminado. El halterofílico desbocado, de nombre Aydin, resulta ser armenio. Su novia es dominicana y se

llama Diolinda. La policía se ha llevado a ambos a comisaría. A nosotros nos dejan libres tras tomarnos declaración. Nos llamarán para volver a declarar en el juicio, que se celebrará en un par de días.

Lo que ha ocurrido acaba de inhibir por completo mi sistema límbico. Tálamo, hipotálamo, hipocampo, amígdala, cuerpo calloso, séptum y mesencéfalo. Estoy totalmente helada. No puedo con la violencia. Toda mi actividad hipotalámica, y era mucha, ha virado de sexual a estrés a velocidad de inicio de rebajas en Harrods. Vaya por Dios. Bueno, por lo menos, hemos evitado una desgracia. A saber lo que ese bestia le hubiera hecho a esa pobre chica.

Nos vamos al hospital. Yo misma le hago las curas a Juanito.

—Lo de que no te metieras no era un decir —le suelto mientras le coso una ceja.

—Ah... —se queja—. Quién iba a pensar que ese animal iba a pegarme.

—Yo, desde el minuto uno. Por eso te lo dije.

—Además, pensé que podría con él.

¡Ja! Ya estamos haciéndonos los machitos.

—Suerte que llegó la policía, si no te mata.

—Sí... —dice sin ganas.

—¿Duele?

Sobre todo en el ego masculino, imagino.

—No. Sólo tira un poco.

—Tú no te acuerdas, ¿verdad? —le digo.

—¿De qué?

—De que es la segunda vez que te parten la cara por meterte a defensor de damas en peligro.

—¿Yo? —pregunta extrañado.

—Sí, una vez. Debíamos de tener quince o dieciséis años, te metiste en una fiesta a defenderme y te partieron la cara. Me acuerdo de que llevabas el casco de la moto.

—Sí... Me suena. ¿Por qué te echaron de aquella fiesta? Nunca me lo contaste.

—Rita y yo nos habíamos cambiado de casa para vivir la vida de la otra durante un par de días.

—Os adelantasteis dos décadas a *Changing Lives* —comenta con humor.

Es cierto. Lástima no haberlo registrado. Ahora sería Esther Lucas, la rica exenfermera filántropa.

—Ya ves. Brenda, la novia del padre de Rita, me había arreglado una falda suya que se me rompió en plena fiesta. Imagínate. Yo en bragas en medio de la pista y todo el mundo partiéndose de risa.

Sí, una gracia loca. No veas. Más de veinte años y aún me acuerdo.

—¿Y yo qué hice? —pregunta intrigado Juanito.

—Tú y yo nos cruzamos en la puerta de la fiesta. Tú me viste hecha polvo y sacaste el san Jorge que llevas dentro.

—¿De veras?

—Atiende. ¿No te acuerdas? Te bajaste de la moto y, casco en mano, te fuiste directo a cantarle las cuarenta a los idiotas de dentro que me habían echado a la calle. Ya casi está —digo en referencia a los puntos.

—¡Ay!

—El ay vino justo después —digo con sorna—. En menos de cinco minutos te estaban echando a la calle hecho unos zorros.

—Ahora me acuerdo. —Se ríe.

Qué guapo está el condenado. Tengo que acordarme de cambiar el paño húmedo a los sándwiches. ¿Cuánto aguantarán antes de que el pan se ponga duro? Perdón, me ha venido a la cabeza.

—Rayé todo el casco.

He aquí la gran conclusión al episodio: rayé el casco. En fin. Está claro que los hombres y las mujeres damos importancia a cosas distintas.

—Una faena —digo para no entrar en polémicas—. Aunque yo te agradezco de nuevo que intentaras ayudarme.

Me dedica una sonrisa. Así, magullado como está y con ese aire travieso, me entran unas ganas tremendas de estrujarle la cara y plantarle un beso en todos los morros. Me abstengo. Estoy en el hospital con gente a mi alrededor. No quedaría muy profesional. Ahora, si no llega a haber gente... Ni hospital ni seguridad social.

Al final soy yo la que, conduciendo su coche, lo llevo a casa. Él, como no podía ser de otra forma, insiste en conducir. De ninguna manera. ¿Y si sufre un desmayo? No es probable, pero entra dentro de lo posible. Aunque lo han mirado por rayos y parece que está bien, no me fío. Le pido que ponga la radio. *Neverending Stoooryyyy...* aúlla Limahl desde el altavoz. Lo que me faltaba. Le pido que la apague. Va a pensar que estoy majara o que tengo un TOC. Adelante, que piense lo que le plazca, pero Limahl se va.

Al llegar a mi casa nos despedimos. Como se va a dormir a casa de su madre, que no está lejos, le dejo que conduzca bajo la promesa de que lo hará

espacio.

Entro en casa y voy al baño. Me doy una ducha a ver si se me quita el mal cuerpo. Antes de subir a mi habitación voy a la cocina. Cambio el paño húmedo que cubre los sándwiches. Parece que están bien. Son de rosbif. Deberían aguantar por lo menos tres o cuatro días. Mañana los llevo al hospital para tomar a media mañana. Hago un repaso visual para ver si hay algo más en el límite de la vida. Un trozo de queso me mueve los bracitos desde el fondo de uno de los estantes saludándome. No sé cuánto tiempo lleva ahí. Lo huelo. Mucho. Decido rescatarlo. También me topo con media cebolla de un color, vamos a dejarlo en exótico, que parece estar buscando a su otra mitad desde mediados de los setenta y un ramillete de rúcula en las últimas. Lo junto todo. Mañana hago mejunje de sobras. Suena el timbre de la puerta. ¡Qué raro! ¿Será Juanito? Ojalá. Se me acelera el corazón. A lo mejor aún hay opción a esa noche romántica. Bravo por mí por haberme duchado hace un minuto. Voy a abrir.

—¿Qué haces tú aquí? —digo.

Me cambia el gesto. No es Juanito. Es Marco. Marco con dos maletas. Antes de que pueda decir una sola palabra se mete en casa y cierra la puerta.

—Por tu culpa Rita me ha echado, así que hasta que me vuelva a admitir — qué optimista, pienso— me quedo aquí.

¿Qué?

—¡Qué...! —También me sale en alto, pero con aire de sorpresa—. No. No puedes quedarte aquí.

Sólo de pensarlo me pongo de los nervios. Ya me pica la cabeza otra vez. Me he vuelto a olvidar de mirar cómo estaba el sushi. Deja la comida. Céntrate en lo que tienes delante.

—Vamos a ver, Marco. Sé razonable. Esto no tiene sentido.

—Si tú no le hubieras dejado esos *messaggi*. *Due messaggi!* —recalca—. *Io non* estaría en la calle.

Me siento fatal. Sé que no es una buena idea. No. De hecho, es pésima. Ay. En el fondo me da pena. ¿Qué hago? ¿Lo acojo? No. No, no, no. Voy a decirle que no.

—¿Te va bien en la habitación de mi hija? Sólo un par de días.

—¡Perfecto!

Subimos. No digáis nada. Lo sé. Lo sé. Soy muy blanda. Ya. ¿Qué queréis que haga? Me da pena. Además, sólo van a ser dos días. Antes del fin de semana está fuera. Seguro.

—Una cosa. Aquí hay unas normas —le digo intentando mostrar autoridad.

—Claro, lo que tú quieras, *cara*.

Suelto el decálogo del tirón.

1. Prohibido entrar en mi habitación. Me da igual lo que pase. Como si se está cayendo la casa.

2. Mi teléfono es mío. No lo uses.

3. Después de la ducha pasa un agua. No quiero pelos.

4. Tu habitación la limpias tú. Cada día.

5. Nada de fiestas. Y mucho menos privadas.

6. Se come lo que hay. Si pides comida fuera, la pagas tú.

7. La higiene personal se circunscribe al baño. Nada de cortarse las uñas en el salón.

8. Me levanto muy temprano. No hay tele después de las diez.

9. Importante: todo lo que veas, oigas o de lo que te enteres mientras estés aquí no se puede usar en mi contra, ¿estamos?

Y 10. En caso de igualdad de llegada, yo tengo preferencia en el baño.

—En esencia, eso es todo. Puede que se me haya olvidado alguna cosa. Ya te la iré diciendo sobre la marcha. ¿Estás dispuesto a acatar mis normas?

—Casi mejor voy a un hotel.

—Como quieras.

¡Genial! Problema resuelto.

—¡No! Es broma, *cara* —dice—. No tengo un euro. No puedo ir a hoteles.

—¿Y las normas? —insisto.

—Las normas... *va bene... No problema*. Ja, ja. Relax.

Menuda penitencia me espera. Tengo la incómoda sensación de que se la sopla completamente todo lo que he dicho.

—¿Has cenado? —pregunto.

—No —contesta.

—Deja tus cosas en la habitación, es la que tiene el portátil en la mesa, y baja. Te preparo algo.

Vamos a averiguar cómo de caducados estaban el queso, la cebolla y la rúcula.

Veinte minutos más tarde lo tengo delante zampándose todo.

—¿Está bueno? —le pregunto no sin cierta prevención.

Tiene un aspecto horrible. Reconozco que, por momentos, me están entrando remordimientos. Como quien no quiere la cosa localizo dónde está la llave del coche por si tengo que volver a toda prisa al hospital. Dicen que la fecha de

caducidad en los lácteos es meramente informativa, que por ley hay que ponerla, pero que no es para nada real. De consumo preferente. Eso es lo que tenían que traer los hombres: fecha de consumo preferente. Anda que no irían bien las cosas si las relaciones tuvieran también fecha de caducidad. Y al terminar, adiós y tan amigos y a otra. En realidad, digo todo esto porque estoy dolida ya que ésta no ha sido, una vez más y mira que prometía, una gran noche con Juanito. Qué más quisiera yo que las cosas fueran fabulosas y duraran toda la vida. Ay. De todas formas, no me quiero imaginar el papelón si nos hubiéramos venido a mi casa y a los diez minutos hubiera aparecido el Gran Caruso llamando a la puerta pidiendo ¿cómo era lo del jorobado de Notre Dame? Bueno, eso.

—Está estupendo. ¿Qué lleva? —interrumpe Marco.

Detritus, me dan ganas de decirle.

—Un poco de todo —respondo—. Oye, ¿de verdad crees que Rita te va a perdonar?

Deja de comer un instante y me mira a los ojos.

—¡Claro! En realidad, ¿qué ha pasado? *Niente* —sonríe pícaro—. Baaah. En un par de días se le pasa.

El alarido del chico en la peluquería viene a mi mente seguido del comentario de Rita: «Eso es lo que merecía el italiano: depilación en seco».

A veces me pregunto qué hace falta para que un hombre entienda un mensaje. A saber: le ha echado de casa, le ha tirado la ropa por la ventana y le ha mandado a paseo cuando ha ido a pedirle perdón a la peluquería. ¿Realmente cree que en dos días se le pasará? ¿Es un ingenuo o tiene una fe a prueba de bomba? Es italiano. Debe de ser cosa de fe.

Parece que la comida no hace efecto inmediato en Marco, así que corto la conversación.

—Hora de irse a la cama. Recuerda: nada de tele ni de ruidos. Necesito dormir —le digo.

—Por supuesto. Termina esto y a dormir —responde encantador—. *Buona notte!*

Me voy a ir cuando me acuerdo de algo y vuelvo.

—Hay papel higiénico debajo del lavabo.

Me mira extrañado.

—Por si acaso —acierto a decir.

Excusatio non petita, accusatio manifesta. Muy bien, Esther.

Me meto en mi habitación. Cierro la puerta. No creo que se atreva a...

Pienso en el ballet del domingo por la noche en la cocina. Por si las moscas, encajo una silla contra el pomo de la puerta para impedir que se abra. Antes de acostarme cojo el teléfono y cambio la hora de despertarme. La retraso diez minutos. Ya los recuperaré en el coche. A veces esos diez minutos son mágicos. Ahora a dormir a toda prisa. Necesito descansar. Hay un whatsapp de David. Qué raro. Lo miro.

David 22:15

Dice Patty que le mandes la bufanda de Stella McCartney que ¿yo? te regalé.

Por lo menos es honesto. Otros, en su caso, habrían quitado el interrogante atribuyéndose el mérito sin despeinarse.

Esther 23:15

Ok.

Miro en internet cuánto valen las bufandas. ¿125 libras rebajada un cincuenta por ciento? ¿Me estás tomando el pelo, Stella? Vuelvo a escribir a David.

Esther 23:21

Me lo he pensado mejor. No se la merece hasta que no se comporte.

David 23:21

Entendido.

Si tengo que ahorrar para comprársela, por lo menos que se la gane. El tema de la bufanda hace que me acuerde del Twitter de Patty. Voy a abrirme una cuenta y a seguirla. Tardo veinte minutos en hacerme una cuenta en condiciones. En realidad, me he hecho dos. La primera no me vale porque, de primeras, la he asociado a mi nombre (seré tonta) y al instante me he dado cuenta de que en cuanto Patty la viera, por muy japonés que fuera el muñeco que pusiera, sabría que soy yo. Así que vuelvo a empezar.

Lo primero es crear una cuenta en Google. Ya que voy a hacer las cosas bien, antes me documento. Miro en la Wikipedia qué es eso de Danboard. Un robot de cartón, personaje de la serie de cómics japonesa *Yotsuba!* que bla, bla, bla. ¡Caray! Treinta y seis mil fotos del muñeco ese en Flickr. La verdad es que es mono. ¿Qué es eso de un meme? Allá voy. Peligro de procrastinación. No te líes que es tarde. Vuelvo atrás. Bien. Me hago una idea. Creo la cuenta: cardbofan@google.com a nombre de Yanda Yotsuba. Yanda es un personaje de la serie que imagino que Patty reconocerá. Ahora sí, la cuenta de Twitter. [IamYanda](https://twitter.com/IamYanda). ¡Vaya! Ya hay dos. Mejor. Eso le dará autenticidad. La busco. Aquí está. ¿Y ahora qué le escribo?

Sin pensarlo ni un segundo, como si por hacer las cosas rápido no tuviesen repercusión o algo así, quito la silla de la puerta y voy directa a la habitación de Patty. Llamo y, sin esperar respuesta, entro. Un reflejo condicionado de mi

trabajo como enfermera.

—Perdón, perdón, perdón. Es sólo un segundo.

Intento no mirar a Marco. Está tumbado encima de la cama sin camisa y jugando con el móvil. Obviamente lo he mirado. Buenos abdominales.

—Tranquila. Es tu casa —dice mientras se recuesta casi ofreciéndose.

No pienses, no pienses. Vienes a buscar cosas de Patty. Música, revistas y cosas así. Arrampo con todo lo que encuentro al lado del ordenador.

—Bonito culo —oigo por detrás.

—No te pases —advierdo sin mirar.

Sigo a lo mío. El botín son media docena de CDs, un par de libros y el muñeco japonés. Salgo como una exhalación.

—Ya está. Lo siento. Gracias. Adiós —digo mientras cierro la puerta.

Vuelvo a mi habitación. Suelto todo encima de la cama y reconstruyo la empalizada en la puerta. Después, más tranquila, cojo el móvil y me preparo para enviarle mi primer tuit. Imagino que ya estará dormida, pero da igual. Aprovecho para leer lo que ha escrito durante el día.

The Danboardgirl @thedanboardgirl

Soy como Arya Stark. De un sitio para otro sin rumbo.

No entiendo. Suena a angustia adolescente.

Jenisfabulous @lovelyjen175

@thedanboardgirl ¿Quedamos después o tienes que ir a bailar? Lol Lol

Black Lace — Agadoo: <http://youtu.be/POv—3yIPSWc> vía @YouTube

Como predije, Orla no ha guardado el secreto mucho tiempo.

The Danboardgirl @thedanboardgirl

@lovelyjen175 Cierra la boca o le cuento a quien-tú-ya-sabes que has estado con quien-él-no-sabe a ver qué tal le sienta.

¡Wow! Me gusta que tenga genio.

The Danboardgirl @thedanboardgirl

Necesito a Tyrion Lannister en mi vida ya!

Debe de ser alguien de Britain's Got Talent o algún cantante juvenil.

The Danboardgirl @thedanboardgirl

@queenorlathefirst Eres una maldita bocazas.

Orlaistheone @queenorlathefirst

No se lo dije a propósito! Lo juro. Se me escapó.

¡Qué bueno!

The Danboardgirl @thedanboardgirl

@queenorlathefirst Valar morghulis. Valar morghulis. Valar morghulis!

No entiendo nada.

Saco dos conclusiones.

1. No estoy muy puesta en el mundo juvenil.
2. Mi hija usa el teléfono en horas de clase.

Miento, hay una más.

3. El tal Tyrion Lannister debe de ser un cañón.

Sin demasiadas pistas, me dispongo a escribir algo.

Miro sus discos en busca de inspiración. Eliza Doolittle, Egil Olsen, Maïa Vidal, Amy Winehouse. Menos mal. A ésta la conozco. A ver, qué le puedo poner.

Yanda Yotsuba @cardbofan

@thedanboardgirl Todos los cantantes que empiezan por E molan más. Eliza Doolittle, Egil Olsen y Elis Regina

¡Qué horror! Además sabe que me encanta Elis Regina. Solía ponerle *Waters of Mars* todos los fines de semana cuando era pequeña. Lo borro. Echo un ojo a los libros. Son de cuando era más pequeña, no me sirven. Malditos ebooks. Ya no hay forma de curiosearle la biblioteca a nadie. Me quedo mirando el muñeco. ¡Eso es!

Le hago una foto en un rincón que no sea reconocible y se la envío. Sin texto ni nada. A ver qué pasa.

—Esther... *bella*... —oigo decir detrás de la puerta.

Del susto se me cae el teléfono.

—¿Puedo pasar? —dice Marco.

—¡Ni en sueños! ¿Me oyes? ¡Ni en sueños! Atrás. ¡Fus! ¡Fus!

—Viniste a mi habitación —me suelta con tono musical.

¡Oh, no! Soy idiota. Idiota perdida. Se ha creído que me estaba insinuando.

—Sólo quería coger unas cosas de mi hija.

—*E vero?*

—Lo juro. Por favor, vete a dormir.

Creo que se ha ido cuando veo el pomo de la puerta girar. Instintivamente, me levanto de un bote. Corro hacia la puerta. Está asegurada con la silla que he colocado antes, pero me da igual. Me engancho el pie con la colcha con tan mala fortuna que me doy de bruces contra ella y tiro la silla que estaba haciendo de tope. La puerta se abre. Estoy espatarrada en el suelo y tengo a Marco enfrente llevando sólo el pantalón del pijama. ¡A sagrado! En *El jorobado de Notre Dame* se acogían a sagrado. Lo que pasa es que ahora la que parece que ha pedido asilo soy yo.

—Como des un paso, grito.

Marco sonrío.

—Y llamo a la policía. Aunque seas comunitario, te van a meter en un calabozo. —Es estúpido, pero es lo primero que se me ocurre.

—Tranquila. No voy a entrar si no quieres —dice parado justo ante el

umbral.

Y lo sigue intentando el tío.

Me ofrece una mano para levantarme. La rechazo. Nada de contacto.

—Puedo sola, gracias.

La forma en que me incorporo no me queda muy femenina. Me da igual. Aparto la silla y trato de recuperar mi dignidad.

—Buenas noches —le digo.

—Dejaré la puerta abierta por si quieres coger más cosas... —dice con cara de pillo.

Parece un diálogo sacado de una peli erótica barata. ¿Es que no se cansa nunca?

Cierro la puerta y vuelvo a atrancarla con la silla. Recojo el móvil y vuelvo a la cama. Mañana seguiré con el Twitter. Las doce y diez. ¡Genial! Otra noche que voy a dormir poco. Apago la luz. Me he vuelto a olvidar de llamar a Carol.

MIÉRCOLES

*Wednesday's hump day,
Hump day's Wednesday
Over the hump, the week's half-gone,
If I had my pay on Wednesday I'd hang out,
the hump day's gone*

J. J. CALE

¿Ya son las seis? No me lo puedo creer. Tengo la sensación de que acabo de apagar la luz. Miro hacia la puerta. La silla sigue ahí. El muro de Adriano ha aguantado. Me levanto. Quito la silla tratando de hacer el menor ruido posible. No es que normalmente haga ruidos cuando me levanto, pero con Lorenzo Valentino al fondo del pasillo prefiero no correr riesgos innecesarios. Sigilosa, entro en el baño. Me meto en la ducha. Voy a abrir la llave. ¡Un momento! Salgo de la ducha. Cierro con llave el baño. Fíate tú. Vuelvo a la ducha. Ahora sí. Cojo el bote de gel y ¡ups! Se me escurre entre los dedos y cae en la bañera desparramando un generoso chorro de líquido rosado por la alfombrilla antideslizante porque el tapón estaba abierto. ¡No, por favor...! Es de los que no cierran los champús. ¿Por qué? Seguro que la persona que diseñó los champús que tienen la tapa sujeta al bote era una mujer cuyo marido tenía la costumbre de no cerrarlos. Repaso todos los botes y los cierro. Alguno lo voy a abrir en breve, pero mi cerebro a esta hora, y antes de la ducha, sólo funciona por hábito.

Después, bajo a desayunar. Como pequeña venganza, ordeno el frigorífico según la fecha de caducidad de los alimentos. Pongo delante los caducados o a punto de hacerlo. Si Marco se va a quedar, que sirva para algo. Ya tengo triturador de basuras. Me preparo el desayuno y dejo el suyo listo; no por cortesía, sino para asegurarme de que se deshace de lo que me interesa. Le escribo una nota.

Regla 11. Los tapones de los champús siempre cerrados y enroscados.

Recibo una llamada de David.

—¿Hola...? ¿Todavía estás en casa?

—Sí.

—¿Podemos pasar a buscar unos CDs para Patty?

Miro la mesa. El desayuno y la nota. Mala idea.

—No es buen momento. Iba a salir ya.

Oigo protestar a Patty de fondo, pero no entiendo lo que dice.

—No tardamos nada. Estamos al lado. En un minuto pasamos por ahí.

—Vale. —Y cuelgo.

Lo sé, chicas, no sé decir que no. ¡A correr!

Meto todo el desayuno... ¿Dónde...? ¿En la nevera? No cabe. En el horno. Perfecto. ¡No! Falta la nota.

Salgo como una flecha escaleras arriba. En ese momento, el italiano está entrando en el baño.

—Buenos días... —me dice con tono musical.

Lo empujo dentro.

—Quieto ahí diez minutos. Sin hacer ruido, ¿vale? Te lo pido por favor.

No sé qué estará pensando, pero sonrío pillo.

—Y sin favor... también —responde.

Voy a mi habitación. Recojo todos los CDs que le cogí prestados a Patty ayer por la noche y me dispongo a bajarlos a la cocina cuando una idea cruza mi mente. ¿Y si a David se le ocurre pedirme usar el baño? Corro al baño de nuevo.

—Fuera.

—¿Qué?

—Largo de aquí. Métete en mi habitación y no salgas hasta que yo vuelva, ¿entendido?

—Como quieras, *cara*... —me dice con esa media sonrisa que estoy empezando a odiar.

Me aseguro de que cierra la puerta y bajo los CDs a la cocina. Los apilo en la mesa. Llamen a la puerta. ¡Por los pelos!

Abro. Patty entra seguida de David.

—Buenos días, ¿eh? —le digo.

—Patty... —responde David llamándola al orden mientras me saluda con un beso amistoso—. Buenos días.

—Hola —responde lacónica—. ¿Qué hace eso ahí? —dice en referencia a los discos.

—¿No necesitabas unos discos para el colegio? —le respondo sin entender.

—¿Qué discos? Vengo a por los *pendrives*.

—Bueno, eso —dice David, disculpándose.

¡Oh, no! Va a subir a su habitación. ¿De cuántos colores se puede poner una persona a la vez? Pues eso. Intento reaccionar.

—Deja, ya voy yo —le digo para evitar que vaya.

—No sabes dónde están y no quiero que toques más mis cosas.

Si tú supieras...

Patty, sin que yo pueda impedirselo, va hacia las escaleras. Rezo para que Marco cumpla su promesa. Lo último que me falta es que se lo encuentre saliendo de mi habitación con traje de Tarzán.

Por un momento dudo si contarle a David lo que está pasando. Tras él, veo

el horno y dentro de él la comida de Marco y la nota que parecen saludarme. No lo hago. Diga lo que diga, voy a quedar fatal, así que mejor calladita. En su lugar, sonrío tontamente. David también sonrío. ¿En qué estará pensando? En nada. Hay un montón de veces en que los hombres no piensan en nada. Y hasta parecen felices.

—¡Es increíble! —oigo gritar a Patty.

No sé si tengo más miedo o curiosidad.

—Perdón... —le digo a David.

Salgo al pasillo. La veo venir hacia mí llevando los dichosos *pendrives* y el portátil mientras baja a toda prisa la escalera.

—¿Cómo has podido...? —me grita.

¿A qué se refiere? Voy a preguntar, pero ya la tengo encima. O me aparto de la puerta para dejarle paso o puedo acabar en el suelo. Se asoma a la cocina.

—Vamos. Ya está —le dice a David.

Después sale a la calle sin mirarme dejando la puerta abierta. David y yo salimos detrás.

—Patty, ésa no es forma de hablarle a tu madre... —le recrimina David.

—No, deja. Es igual —le digo.

Me ha molestado, claro, pero tengo más ganas de que se marchen que necesidad de que se disculpe conmigo. Por desgracia, David no piensa lo mismo.

—O vienes aquí ahora mismo y te disculpas con tu madre o en mi casa no te quedas. Tú decides.

Gracias, David, es muy bonito lo que has dicho y refuerza tu autoridad como padre y, de paso, la mía, pero ya está. No necesito más, marchaos ya, por favor. Me estoy empezando a poner nerviosa.

Patty, por llevarme la contraria y alargar mi agonía (gracias, hija), levanta su espalda del coche y da un par de pasos hacia la casa.

—¡Tú no has visto cómo ha dejado mi habitación! ¡Es lo peor! —le dice.

Después se encara conmigo.

—¿Has estado buscando drogas o qué? ¡Estás loca, mamá! ¡Loca!

¿Drogas? Menos mal que ha pensado eso. ¿Qué hago? ¿Niego la mayor y le digo que estaba buscando los discos y que, simplemente, se me fue la mano revolviendo (lo que resultará poco creíble), o aprovecho la idea que me brinda, digo que sí, que estaba buscando drogas y quedo de madre controladora y paranoica aunque no sea cierto? Teniendo en cuenta que ninguna de las dos opciones va a hacer que nuestra relación mejore a corto

plazo, decido optar por la segunda. Es su idea y reforzarla hará que acabemos antes la conversación. Ya habrá tiempo para intentar hablar las cosas con tranquilidad y tratar de averiguar a qué obedece este estado hormonal tan alterado que tiene de un tiempo a esta parte.

—Está bien —digo finalmente—. Reconozco que he estado fisgando un poco.

—¿Ves? —le dice enfadada y llena de razón a su padre.

David me mira con condescendencia. Vamos a darle credibilidad.

—Es que estás muy rara últimamente. Tú no eras así.

—No le hagas ni caso —contesta buscando apoyo.

Echo la culpa a sus amistades, un clásico. Si a mi madre le valía, no veo por qué a mí no.

—No me gustan nada las niñas con las que andas. No sé si serán una buena influencia. Tanto piercing y tanto tattoo... Eres demasiado joven. Cuando cumplas la mayoría de edad...

—Cuando sea mayor de edad, me voy a ir de casa.

¡Cuántas veces habré dicho yo algo semejante! Mil. Y al final, nada. Bueno, alguna vez sí que me escapé (eran los ochenta), pero todo terminó en nada. Y veintipocos años después me veo teniendo un diálogo igual a los que mi madre tenía conmigo. Fenómeno.

—¡Qué bien, lo que voy a ahorrar! Podré ir de vacaciones a España todos los años. Tengo ganas de hacer el Camino de Santiago. Leí en un libro de Shirley MacLaine que es muy bonito, muy espiritual y se come muy bien.

—Papá, abre el coche, por favor.

Perfecto. Y, por una vez en la vida, en lugar de darle al botón y abrir el coche desde el portal del jardín de entrada como haría cualquier ser humano, David le lanza las llaves. Patty levanta la vista siguiendo su trayectoria en el aire y entonces grita.

—¡Hay alguien en casa!

Las llaves caen al suelo y, con ellas, todo mi plan.

—¡Allí, en la ventana de la habitación de mamá!

¿Es necesario tanto detalle?

David gira la cabeza. Yo no. ¡No! Me da igual que eso me delate. Yo no quiero mirar porque imagino perfectamente lo que me voy a encontrar y no quiero verlo.

Tiempo muerto. Una pregunta, por saber si estoy equivocada: si tú le dices a alguien que se esconda en tu habitación, se supone que es porque no quieres

que lo vean, ¿verdad? Pues Marco eso no lo entiende así.

Contrariamente a lo que haría cualquier ser humano en su sano juicio, que es esconderse, Marco decide abrir la ventana. Para más inri, sin camisa.

—*Buongiorno per la mattina!*

Y yo... yo me quiero morir.

—¡Hay un tío en la habitación! —grita Patty—. ¿Es que no tienes vergüenza? Por eso trajiste todos los CDs aquí, para que no fuera arriba, ¿verdad?

Insisto. Me quiero morir. Y lo digo de verdad.

David se queda perplejo.

—Ya te lo explicaré —es lo único que me sale.

—¿Quién es esa chica tan guapa? —berrea Marco, que, encima, pretende quedar de simpático.

—Marco, métete dentro. ¡Ya!

—Ah, perdón. No sabía que tenías visita.

¿Por qué estas cosas sólo me pasan a mí?

Marco cierra la ventana.

Patty y David se van sin decir una palabra. Noto que David se marcha sin saber qué pensar.

Entro. Me dejo caer en la silla. Marco baja y entra en la cocina.

—Ni una palabra. Déjame.

Le veo enfrente llevando sólo el pantalón del pijama y lo que más me apetece es clavarle un surtido de cuchillos de cerámica superafilados que me tocaron en una rifa benéfica del colegio de Patty en distintas partes de su anatomía.

Tras unos segundos en silencio reacciono.

—¿Cómo se te ocurre asomarte por la ventana? ¿En qué se supone que estabas pensando?

—¿Y por qué no? —me suelta tan tranquilo.

—¡Eran mi hija y mi exmarido!

—¿Con el que sigues casada? ¿El no ex?

—Sí, ése. Bueno, eso da igual. ¿Por qué te creías que te metí en mi habitación?

—Porque querías que hiciésemos el amor, ¿no?

Trágame, tierra. Este hombre es imposible.

Diez minutos después estoy en el coche camino del hospital. No pongo la

radio porque con la suerte que tengo últimamente o con el nivel de susceptibilidad que me noto voy a creer que lo que suene es alguna clase de mensaje lanzado por algún Dios DJ especialmente para mí. Pongo un CD a ver si consigo olvidarme del italiano, de Patty, de la nevera y de mis meteduras de pata. ¡No puede ser! Me he dejado el desayuno de Marco en el horno. Y la nota. ¡Qué desastre! Es igual, No voy a dar la vuelta. Comienza a sonar *Wake me up before you go-go* de Wham! Estoy a punto de quitarlo porque me recuerda tangencialmente a Marco, pero la canción ya me ha enganchado y estoy canturreándola. Deberían cambiar esa señal: está toda oxidada y no se ve. Cualquier día va a haber un accidente. Llamo a Carol. Venga. *We'll go dancing tomorrow night... It's cold put there but it's warm in bed...* Dios mío, parece escrita por Marco. ¿Cómo es posible que estuviera loca por George Michael? De acuerdo, es guapo. O lo era. Ahora está raro. Tiene aspecto de señora mayor rara, igual que Elton John. Están envejeciendo mal. El que sigue estando muy bien es Bowie. No lo entiendo. Quiero decir, viendo sus vídeos, ¿cómo es posible que no me diera cuenta de que George Michael era completamente gay? ¡Si llevaba más maquillaje que yo el día de mi boda! Supongo que era la moda. En los ochenta todo el mundo llevaba kilos de maquillaje encima. ¿Cómo era aquello? Ah, sí, los nuevos románticos. Suena el móvil. Echo un vistazo, es Ted, mi padrastro. Qué raro. Ted no llama casi nunca.

—Hola, papá, dime.

—No sé qué pasa con Carol, pero tu madre se huele algo. Te va a llamar.

—¿Qué? —es lo único que acierto a decir.

Ted es el reverso de mi madre. Es telegráfico al teléfono. Con él las conversaciones nunca pasan del minuto o minuto y medio.

—Yo no te he dicho nada. ¿Todo bien?

—Más o menos.

No es que no quiera mentir; es que no me apetece explayarme.

—Un beso. Nos vemos el sábado.

Era policía. Imagino que de ahí lo de la concisión.

Cuelgo. Tengo que llamar a Carol ya. Conduzco mientras busco su nombre en la agenda. Lo sé. Sé que no debo hacerlo. En ese instante vuelve a sonar el teléfono. Me llevo un susto tremendo y doy un pequeño volantazo e invado el carril contrario. El coche de enfrente se ve obligado a echarse a un lado. Me pita.

—Lo siento.

Es mi madre. Es una señal. No lo cojas. *Wake Me Up Before You Go-Go* termina y comienza a sonar *Where Did Your Heart Go?* Maldita susceptibilidad. Terminó cogiéndolo.

—Hola, mamá.

—¿No me estaréis engañando? —suelta a bocajarro.

—¿Qué dices?

Que es una manera perfecta de no decir nada y ganar tiempo.

—He ido por casa de tu hermana dos veces y no estaba.

Hila fino.

—Mamá, ahora trabaja. ¿Lo recuerdas?

—Le he dejado recado las dos veces y no me ha llamado.

—Los chicos se habrán olvidado de decírselo, ya los conoces.

Eso podría ser verdad en otras circunstancias.

—¿No le habrá dado otra ventolera y se habrá ido de casa?

Parece que las huele. Tiene un sexto sentido.

De repente, veo venir un coche de policía a lo lejos. Tiro el móvil en el asiento del copiloto.

—¿Esther? ¿Estás ahí?

Me dan ganas de gritarle «síiiii, cállate». Lo que me sale es ponerme a cantar disimulando. Como si los policías al cruzarse pudiesen oír a mi madre y tuviese que tapar su voz. Canturreo y sonrío tontamente cuando pasan a mi lado. Debo de parecer una loca.

—¿Qué ocurre? Oigo una música. ¿No me habrá puesto en espera? —se pregunta—. Odio esas cancioncitas que te ponen mientras aguardas a que te cojan. ¿Esther?

Me acuerdo del volantazo. Contesto alzando la voz sin coger el teléfono.

—Estoy aquí. No pasa nada. Es que voy en el coche.

—¿Has puesto el manos libres?

—Más o menos. Dime.

—Que si se ha marchado de casa otra vez quiero que me lo digas.

¿Y ahora qué? ¿Se lo digo o no? Sí, mujer, y oír a Carol durante un mes. Ni de broma.

—No te oigo bien... Deb... ser est... ..arato —trato de cortar las sílabas para darle credibilidad.

Lo sé, patético.

—¿Qué te pasa? Pareces resfriada. ¿Estás enferma?

Error. No empecemos con el tema enfermedades.

—Noooo. Estoy bien. Es el teléfono.

Pruebo otra cosa. Froto el móvil contra el tapizado.

—¡Dios Santo! ¿Qué pasa? ¡Me vas a dejar sorda!

—Perdona, es que no te oigo bien —le digo.

—Un momento. ¿Desde cuándo tienes manos libres en el coche?

—Eeh —trago saliva.

Esto va a peor por momentos.

—Es que he puesto el altavoz.

—¡Haz el favor de mirar a la carretera! A ver si vas a tener un accidente.

Genial. En vez de colgar, que es lo que tendría que hacer, se pone a darme un discurso sobre seguridad vial.

—El otro día, la señora Morrison me contó que su hijo había tenido un accidente por ir hablando por el móvil.

—Travis es un cabeza de chorlito, mamá. ¿A quién se le ocurre hablar por el móvil en moto?

Obvia mi comentario.

—Se rompió tres costillas y la cadera. Suerte que no se abrió la cabeza. Por cierto, la que también se ha roto la cadera es Mary Ann. Creo que tiene los huesos...

Ya estamos como siempre. Le doy la vuelta la móvil con cuidado para que no raspe y haga ruido. Por lo menos me he librado de contestar a lo de Carol. En cuanto cuelgue, la llamo. ¿Cuánto costará un iPhone 5? Es Apple, seguro que es caro. Hoy al salir voy a comprarlo o Rita me mata. ¿Y lo de Marco? ¿Se lo digo? Si se lo digo, primero le doy el iPhone para que esté de buen humor. Mejor no. Conociéndola, lo mismo me lo tira a la cabeza. De momento, sólo el iPhone. Apple Computers... Apple Records... Todas las empresas que se llaman Apple triunfan. Si alguna vez abro una empresa, de lo que sea, le pondré Apple. Por un instante, dejo de oír a mi madre.

Levanto el teléfono.

—... es tremendo... —digo.

—¿Tú te lo puedes creer? Le cambiaron la medicación y le dieron vete a saber qué... ¡Genéricos! Ahora para todo te dan genéricos. Los genéricos no funcionan igual por mucho que digan.

Dejo el teléfono de nuevo sobre el asiento. Suena *Wham Rap!* La cambio, no me gusta. Busco *I'm your man!* Eso sí es una canción.

Consigo deshacerme de mi madre sin que me recuerde el tema Carol y hago una rápida parada en The Sweet Retreat. Aunque he desayunado, tantas

emociones matutinas hacen que mi cuerpo me pida a gritos una dosis extra de azúcar.

Una vez dentro de la tienda intento no parecer una posesa desatada. Compro diez Friendship Rings, media docena de Old English Mints, diez Eclairs, unos cuantos Pink & White Pips, seis Porky Pigs (no son bonitos, pero están riquísimos) y un par de Chewy Blackcurrant & Apple Bonbons y Turkish Delight por probar. La bolsa es grande. No va a colar.

—Son para mi hija —digo como si necesitara una justificación.

—Ya.

Otra vez: «*Excusatio non petita, accusatio manifesta*». Siempre me pasa lo mismo.

El hombre asiente. De acuerdo, no se lo ha creído. Al menos no ha puesto esa típica sonrisa condescendiente que tanto me molesta.

Vuelvo al coche. Me pongo tres Friendship Rings en los dedos y me los voy comiendo por el camino. Es mejor y más estético que comerse las uñas. Por cierto, ¿cómo se llamaba el otro de Wham!, el moreno?

—Andrew Ridgeley —contesta Carminho sin despeinarse.

—Gracias. Llevo quince minutos pensándolo —digo.

—Era un poco pupas. No paraban de meterse con él en *Spitting Image*. Después dejó la música y se metió a surfista o algo así y acabó pillando no sé qué enfermedad porque el agua estaba contaminada.

Carminho se ríe maliciosa.

—Hija, pobre.

No lo puedo evitar, yo también.

—Bueno, ¿qué tal todo? —Cambio de tercio.

—Bien. Por ahí viene tu amigo el guapo —anuncia, señalando con la cabeza a Juanito—. ¿Qué le ha pasado? ¿Intentó propasarse anoche y tuviste que zumbarle? —dice entre risas a sabiendas de que no es verdad.

—Calla. El pobre se metió en una pelea para defender a una chica del animal de su novio y se llevó una buena.

—Vaya.

—Y suerte que llegó la policía. Imagínate: tuvieron que reducirlo entre cuatro *bobbies*.

Salgo a su encuentro.

—Hola, ¿qué tal pasaste la noche?

—Bien, gracias. Me molestaba un poco si me apoyaba de ese lado, pero

nada grave. Precisamente iba a verte. Me han llamado para decirme que tendremos que ir a declarar ante el juez el viernes por la mañana.

—¿Este viernes?

—Sí.

—Vaya, sí que se han dado prisa.

—Suelen dar prioridad a este tipo de casos. Éste, además, está muy claro, no creo que lleve mucho tiempo.

Asiento. Es cierto, es algo tan claro que deberían encerrar al bruto del tipo y tirar la llave al canal. Además, así, a lo mejor hay suerte y podemos comer juntos otra vez.

—Voy a ver a mi madre —me dice finalizando la conversación.

—¿Le vas a decir cómo te hiciste eso?

—No. No quiero que se preocupe. Le diré que fui a entrenar y que me comí un codo jugando una pachanga. Es creíble, ¿no? —Asiento—. ¿Después vas a pasar a verla?

—Por supuesto. Sí, sí, sí. Claro, claro.

—Vale. Nos vemos —me dice mientras se aleja camino de la habitación de su madre.

Me ha faltado hacerle una reverencia. ¿Por qué no puedo controlarme con él? Dios, se me nota tanto que me gusta que debe parecer que llevo un luminoso con oxitocina escrito en letras de neón señalándome. Lo odio. Odio cuando me pasa esto. Me hace sentir estúpida y vulnerable. Por favor. Que me pase esto casi con cuarenta años. Parezco una niña. Peor que una niña. Y ahora la ronda. Pero antes hago una parada para ir al baño y aprovechar para leer el Twitter de Patty.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 3h
@cardbofan ¡Mola!

Le ha gustado la foto. Tengo que enviarle otra. Sigo leyendo.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 2h
No tengo madre.

Esto me lo veía venir después de lo que ha pasado esta mañana.

Orlaistheone @queenorlathefirst 2h
@thedanboardgirl ¿Más fotos? Quémale el álbum.

Caray con la pequeña Orla.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 2h
@queenorlathefirst Peor. Me gustaría quemarla a ella. Valar Morghulis. Está en mi lista.

No sé exactamente a qué se refiere, pero capto la esencia.

Orlaistheone @queenorlathefirst 2h
@thedanboardgirl ¡¿Las ha subido a Facebook?! 😞 😞 😞 😞 😞 😞 😞

Es una idea a tener en cuenta para el futuro. Gracias, Orla.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 2h
@queenorlathefirst Te lo cuento al llegar.

Y nada más de momento. Decido escribir algo.

Yanda Yotsuba @cardbofan 1 min
@thedanboardgirl Más fotos por la noche.

Debería poner algo más, pero dudo el qué. ¿Ánimo? No. Eso es un horror y suena a consejo de madre vaga. Ah, ya sé.

Yanda Yotsuba @cardbofan 1 min
@thedanboardgirl Lo bueno de cargarte a uno de tus padres es que queda otro para pagar las facturas.

Eso ha sonado más adolescente. Veremos si funciona.

Salgo del baño y me encuentro de frente con Carol.

¡Oh, no!

Al fondo aparece Kerry. Esto parece un duelo del Oeste conmigo en medio de la línea de fuego. Carol llega hasta mí. Aprovecho que Kerry está a mi espalda.

—Por favor, dile que te llamé yo.

—¿Qué?

—Tú díselo.

Carol no entiende nada. Llega Kerry.

—Esther me dijo que viniera.

Gracias, hermana. Acabo de quedar bien con Kerry. Menos mal.

—De todas formas, quería hablar contigo —añade para marcar el territorio.

—¿Quieres que vayamos a mi despacho? —le dice amable Kerry.

—No. Podemos hablar aquí.

—Yo os dejo —digo.

—Quédate —me suelta Carol.

Esto no me da buena espina en absoluto.

—¿Vas a volver a casa? —pregunta Kerry sin miramientos.

Ése no es buen método con mi hermana y debería saberlo.

—¿Por qué? ¿Hay un plazo?

Carol se pone a la defensiva.

—En absoluto. Puedes tomarte el tiempo que quieras. Sólo quiero que encuentres una solución.

—¿Y si no la hay? A veces las cosas no tienen solución.

—¿Qué quieres que haga?

—No se trata de que hagas nada.

—¿Y entonces? De verdad, Carol, no te entiendo. Tu infelicidad no es un hecho aislado. Nos está haciendo infelices a todos.

No debería decir eso, no va a ayudar.

—¿Y qué has hecho tú para hacerme feliz últimamente?

Empiezan los reproches. Esto no va a terminar nada bien.

—Querías trabajar y te dije, adelante, trabaja.

—O sea, ¿me estás diciendo que me diste permiso? ¡Esto es increíble!

—¡No! Te apoyé. Teníamos un acuerdo. Tú te ocupabas de la casa y yo del trabajo. Y yo no me he opuesto en ningún momento, todo lo contrario, a que tú, unilateralmente, decidieses cambiar los términos de ese acuerdo que nos afecta a todos en casa.

—Ahora resulta que vivía en una democracia parlamentaria y no lo sabía.

—No tergiverses las cosas. Tú quisiste quedarte en casa porque no encontrabas un maldito trabajo que te gustase o te durase más de quince días y querías cuidar a los gemelos. ¿O es que ya no te acuerdas?

Oh, oh. Kerry se ha enfadado de verdad.

—¿Y? ¿Tengo que pedir perdón porque hayan pasado veinte años y mis necesidades hayan cambiado?

—No es eso.

—Deberías haberte casado con Beatrix Potter y criar conejos juntos.

—¿Sabes una cosa, Carol? Haga lo que haga, no hay forma de complacerte. Eres la eterna descontenta.

—Algo tendrás que ver tú en eso. Me he pasado media vida contigo.

—Muy bien. Si eso es lo que piensas.

Kerry me saluda con un gesto de cabeza y se marcha.

—Carol —le digo intentando que reaccione.

—Carol, nada. Necesito tomar algo.

Bajamos a tomar un té en la cafetería del hospital.

—Tienes que hablar con mamá. Hoy me hizo un tercer grado en el coche.

—Mamá que se meta en su vida y me deje en paz. Ella nunca nos ha pedido opinión para hacer lo que le diese la gana. ¿O te tengo que recordar cómo te sentó que metiese a Ted en casa a poco de que se muriera papá?

—Carol, tenía trece años... No es lo mismo.

Para ser sincera, en su momento me sentó fatal, quizá algo parecido es lo que le está pasando a Patty ahora.

—¿Qué sabe? —dice retomando el hilo.

—Creo que nada, pero se lo huele todo. Ya la conoces.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Nadie. Ha ido por tu casa dos veces y no estabas. Por suerte, estaban los gemelos y se han inventado algo. ¿Vas a volver?

—Aún no lo sé. Y menos después de la conversación que acabamos de tener.

—Es un hombre muy bueno.

—Pues cástate tú con él. No tendréis problemas con los niños, ya te conocen, eres su tía.

—No tiene gracia. ¿Qué ha pasado?

—Las cosas han cambiado.

—Siempre cambian después de que una se casa.

—¿Ahora la divorciada me va a dar lecciones?

—No estoy divorciada... aún. Lo estaba, pero no... todavía no. ¡Bueno! Eso no viene al caso ahora.

Hago una pausa y aprovecho para dar un sorbo al té. Intento otra aproximación menos directa. Las heridas están abiertas.

—No deberías haberle dicho eso a Kerry.

—San Kerry Kendall, el hombre perfecto. Pues de perfecto no tiene nada.

La dejo que hable.

—Decirle cómo me siento no es quejarme, sólo es... Eso: intentar decírselo. Que me escuche. ¿Es mucho pedir?

—No.

No quiere consejos. Sólo desahogarse. Pero eso a veces los hombres no lo entienden.

—Él llega, se sienta en el sofá, coge el *Guardian* y pone la maldita BBC2. Lo demás le da igual. No importa que yo haya estado metida todo el día en casa lidiando con tres bestias y que no pueda más. Al señor no se le puede molestar mientras está leyendo el periódico. Tiene que descomprimir. ¿Y yo qué?

No sé muy bien qué decir. Es cierto: sus tres hijos pequeños son muy revoltosos, especialmente Adrian. A mí me encantan los niños, pero creo que mejor que tenerlos todo el día sería estupendo poder alquilarlos por horas. Hasta que se ponen pesados. Y que después los recogiese algún organismo oficial y se los llevase en una camioneta hasta el día siguiente, cuando estuvieran tranquilos. Sé que suena un poco dickensiano, pero estoy segura de que, en el fondo, los niños también agradecerían la convivencia con otros

niños en internados góticos. A mí, de pequeña, me encantaban ese tipo de historias. Y no sólo Dickens, también las de Santa Clara, Torres de Malory y las viejas películas de Saint Trinian's. Un poco de Dickens no le iría mal a nadie. Oliver Twist acabó fenomenal. Ahora que lo pienso, Annie es la versión femenina y dulce de Oliver Twist. Vuelvo a la conversación.

—¿Y Noel? —pregunto.

—Noel es un buen tipo. Sigue siendo atractivo, pero yo no sé si lo que estoy buscando es revivir una época que ya pasó o construir una excusa para escapar de casa.

—Para eso nunca has necesitado excusas —le digo con humor—. Te vas y punto.

Sonríe.

—¿Te gusta? ¿Te sientes atraída por él?

Lo piensa.

—No lo sé. Desde luego, noto algo, pero no sé si ese algo es suficiente para mandar todo a paseo. Lo que sé es que, de momento, no quiero lanzarme en brazos de Noel ni volver a casa.

—Eso lo entiendo.

—¿Puedo quedarme en tu casa unos días?

¡Alarma!

—¿Qué?

—Es que no quiero fundirme todo el dinero en hoteles.

¿Hoteles? Mi casa sí que va a parecer un hotel como venga. No. Ni de broma.

—¿Y Laurita? —le digo.

—Laurita tiene a no sé qué grupo belga viviendo en casa esta temporada. Y como imaginarás, no quiero ir a casa de mamá. No aguantaría los sermones. ¿Qué me dices?

No la puedo meter dentro con Marco en casa.

—Por supuesto. Encantada ¿Cuándo vendrías?

Por favor, chicas, no digáis nada.

—Pues ya.

—Mejor mañana.

Tengo que deshacerme de Marco esta noche o se puede desatar la tercera guerra mundial.

Noto que Carol se extraña de mi último comentario. Improviso.

—Déjame un día para prepararlo todo. Ha venido Patty, hemos discutido y

ha dejado la habitación como una leonera.

Carol sonrío.

—Gracias, hermanita.

Nos levantamos. Caigo en la cuenta de que de fondo está sonando *Bizarre Love Triangle* de New Order en la radio de la cafetería. ¿Serendipia o paranoia? Lo cierto es que habría pensado lo mismo si hubiese estado sonando *Confussion* o *Love Will Tear Us Apart*. Qué bonita y qué triste es esa canción.

Vuelvo al trabajo. Doreen me llama a un aparte. Por el camino me cruzo con Niky, que me hace un gesto dándome a entender que Doreen está que muere. Asiento agradeciéndoselo y llego hasta mi jefa.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—Algún tarado ha robado todas las flores de la planta de neonatos — responde Doreen con cara de perro.

—¿Cómo? —No me lo puedo creer.

—Lo que oyes. Lo de este hospital es... Me ha llamado el director Jones y me ha dicho: soluciónelo. ¿Qué hago? ¿Llamo a los cazafantasmas?

La cosa es grave.

—¿Y sabes quién creo que ha sido?

—Ni idea.

—Tu amiguito, el señor Patterson.

—¡No! ¿Por qué?

—*Search and destroy!* ¡Yo qué sé! Ese hombre es peor que una punción lumbar.

—¿Estás segura?

—Tiene que ser él. ¿Quién si no? De momento, no tengo pruebas, pero como le encuentre una sola flor en la habitación, se la carga. Y tú con él.

—¿Yo, por qué?

—Porque está a tu cargo, ¿recuerdas? Como me caiga una bronca por culpa de ese viejo loco, prepárate. Y conste que no es personal.

Menos mal. Es un alivio.

Voy a la habitación del señor Patterson. Nada. Bajo a la cocina. Tampoco. Salgo al parque de ambulancias. Allí está: fumando con varios de los conductores como si tal cosa.

—Señor Patterson... —le digo mientras le hago una seña con el dedo para que se acerque.

Ni se molesta en tirar el cigarrillo. Veo que tiene un jarrón en las manos.

—¿No habrá estado robando flores?

—¿Lo dice por esto? —responde mientras me muestra el jarrón—. Lo estoy usando de cenicero. Como aquí no hay.

—Es que aquí está prohibido fumar.

—Será por eso —contesta mientras echa el humo.

Y acto seguido vacía la ceniza en el jarrón. No sé qué pensar. En un principio diría que me está tomando el pelo de mala manera. El problema es que le he dado la información al preguntar. Tendría que haberle preguntado qué estaba haciendo con el jarrón. Lo dejo correr.

—Espero que no haya sido usted.

—Busque a algún Romeo sin recursos. ¿Para qué demonios querría yo flores?

—¿Para fastidiar a la jefa de enfermeras?

—Es una buena razón; pero no. Hay mil cosas mejores en este hospital para robar. Además, hoy tengo otras cosas de las que preocuparme. Viene a verme la familia.

—Es verdad, que es miércoles.

Cada semana, uno de sus dos hijos suele venir a verlo. No es una gran frecuencia, pero hay pacientes cuya familia ni siquiera los ha venido a ver una sola vez.

Me guiña un ojo y, desenvuelto, se marcha en dirección a los ascensores llevando el jarrón. Cada vez estoy más segura de que nos la ha jugado, pero no consigo imaginar cómo.

Comida de enfermeras. Carminho y yo compartimos mesa. Echo un ojo al Twitter mientras ella termina de elegir su comida.

Leo desde mi último mensaje.

Yanda Yotsuba @cardbofan 3h

@thedanboardgirl Lo bueno de cargarte a uno de tus padres es que queda otro para pagar las facturas.

Me ha contestado.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 3h

@cardbofan 😊

No está mal.

Orlaistheone @queenorlathefirst 3h

@thedanboardgirl Qué morro tu madre, ¿no? ¿Y tu padre?

The Danboardgirl @thedanboardgirl 2h

@queenorlathefirst Como Oberyn Martell después de encontrarse con La Montaña.

No sé quién es, pero lo entiendo. Debe de ser un escalador que tuvo alguna

clase de accidente.

Y ya. ¡Esperad! Hay otro mensaje.

The Danboardgirl @thedanboardgirl lh
@cardbofan Espero esa foto.

Perfecto. Aunque sea de forma encubierta tengo un canal.

—¿Cómo va el espionaje internacional? —me dice Carminho mientras posa su bandeja sobre la mesa.

—Bien.

Aparco el teléfono durante la comida.

—Parece que su nuevo amigo le cae bien —digo con una sonrisita maliciosa.

—Estás jugando con fuego.

—Peor de lo que se lleva ahora conmigo es difícil que se lleve. Hasta que no se me ocurra nada mejor y, francamente, no se me ocurre nada, seguiré echando mano de su nuevo falso amigo.

Carminho niega con la cabeza.

—¿Tú cómo haces con Joao?

—Me gustaría hablar más con él. Antes hacíamos casi todo juntos. Ahora, aunque me cueste, trato de respetar su aislamiento. Mi difunto marido siempre decía: si un hombre se mete en su cueva, no lo molestes o te llevarás un zarpazo.

—Debe de ser un atavismo masculino.

—Yo lo llamo la fase Cocoon —dice riendo—. Es como si se fabricaran un útero extramaterno para aislarse del mundo. Sólo sale de la habitación para ir a clase y para recoger los paquetes de Amazon, HMV y Forbidden Planet. En este caso, *my oyster is the world!*

Sonrío. Por estas cosas es por lo que soy fan de Carminho.

—Es un buen chico. Está tratando de lidiar con la muerte de su padre y buscando su lugar —dice—. ¿Qué quieres? Es un adolescente. Doy gracias por que adore a Totoro en vez de *Trainspotting*.

—*Trainspotting* está muy bien. A mí me gustó mucho —aclaro.

—¿Te gustaría que tu hijo fuera como Sick Boy? ¿Y que su filosofía de la vida se resumiese en «cuando te haces viejo, dejas de molar»?

—No.

—Pues eso.

Llega Niky con su comida. Uno de esos sándwiches con vegetales asiáticos de nombre impronunciado y supuestamente ultrasaludables que tan de moda están últimamente entre los menores de treinta años.

—¿De qué habláis?

—De hijos —digo.

—Me encantaría tener muchos niños.

—Eso es porque eres medio china —le suelta Carminho— y no tienes ni idea del trabajo que da criarlos.

Niky se queda descolocada.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Es un mecanismo de compensación por las restricciones al número de nacimientos que os imponía el gobierno. Como el catolicismo recalcitrante de los polacos. Ambas son sendas formas de rebelión ante un estado opresor.

—Pero mi madre era de Hong Kong y mi padre de Glasgow —responde Niky sin entender.

—Con más motivo. Buscas afirmarte como alguien diferente frente al resto de tu etnia.

Niky se queda sin palabras. Llega Doreen.

—Deja de tomarle el pelo —dice.

Carminho se ríe. Niky también, pero sin comprender del todo qué acaba de pasar. Doreen toma la palabra.

—¿Y tanta alegría?

—Niky quiere tener familia numerosa —aclara Carminho.

—Yo lo pensé durante un tiempo, pero ya no.

—Aún estás a tiempo —le digo.

—No es una cuestión de ovulación; es que mentalmente ya no estoy en esa fase. Si hubo un momento, pasó.

—¿No encontraste a la persona adecuada? —pregunta inocente Niky.

Creo que está entrando en terreno pantanoso.

—Puede que la encontrara, pero él no compartía mi entusiasmo. Vamos, que no había ninguna posibilidad.

Si os digo la verdad, chicas, esta respuesta ha sido toda una sorpresa. No esperaba semejante confesión a la hora de la comida.

—¿Y tenerlos sola? —pregunta Niky.

—Eso no es para mí —responde Doreen.

—Para mí tampoco —acierto a decir.

—Ahora ya no tengo ganas ni me apetece —añade Doreen.

—Qué pena —suelta Niky.

Carminho tuerce los labios y enarca una ceja. Sabe lo que va a pasar.

—¿Pena por qué? —suelta Doreen al borde del enfado—. ¿Acaso todas las

mujeres tenemos que tener marido e hijos? Qué pena... —exagera su imitación—. ¿A qué viene ese tono de condescendencia?

—Perdona, yo no quería decir eso —responde Niky, asustada.

—Pues piensa antes lo que vas a decir.

—El problema no es no tener hijos; eso se tolera si tienes pareja —matiza Carminho—. Lo peor es la compasión de las que se creen que por tenerlos lo tienen todo.

—¡También! Estoy harta de las mujeres que piensan que si pasas de los cuarenta y no tienes pareja eres un fracaso con patas. A veces nosotras somos peores que los hombres.

Can The Can de Suzi Quatro suena en mi cabeza.

—¿Han aparecido las flores? —suelta Doreen de repente zanjando el tema anterior.

—He mirado en su habitación y no he encontrado nada. Si lo ha hecho, a saber dónde las habrá escondido.

—A mí no me engaña. Vamos a hacerle un favor a la señora Davis. Miss Thunderbird pasa a compartir habitación con el señor Patterson desde mañana. A ver quién ríe el último.

Niky se escandaliza. Carminho no puede contener la risa.

—No sé —intercedo—. Si no tenemos pruebas de que haya sido él...

—Me da igual. Con un poco de suerte, si Thunderbird no lo deja dormir de noche, a lo mejor lo hace durante el día y podemos estar tranquilas.

—Es una hipótesis verosímil —añade Carminho, socarrona.

La tarde transcurre con normalidad. Hago un último intento de buscar las flores por las habitaciones. Nada. ¿Quién puede querer las flores de las madres de los recién nacidos? ¿Y para qué? La última que reviso por segunda vez es la del señor Patterson. Cuando entro en su habitación, me lo encuentro todo repeinado y con la bata puesta encima del pijama como si fuese un aristócrata a punto de recibir a sus invitados en su mansión de la campiña. Está claro que está contento con la visita de sus hijos.

—Enfermera, dígame al perro de presa que ya me he tomado las medicinas.

—El perro de presa es mi jefa y mi amiga —le advierto—. Y no venía por eso.

Me mira con una media sonrisa.

—¿Viene a espiar? Adelante. La habitación es toda suya. Estaré en la sala de visita.

Sale al pasillo y yo, de nuevo, comienzo la búsqueda. Ni rastro de flores por ninguna parte. Lo único que encuentro es el jarrón que tenía por la mañana metido en la ducha. Vaya, al menos se ha tomado la molestia de lavarlo.

Dos horas más tarde paso por el control a buscar a Doreen. Está con Carminho preparando el cambio de turno.

—Nos vemos en Sanderson en una hora —le digo.

—Pensé que íbamos juntas. Salgo en quince minutos —responde.

—Es que tengo que hacer un recado.

No quiero decirle que voy a ir a comprarle un móvil nuevo a Rita para no tener que contarle toda la historia. Especialmente el momento del baño.

—Como quieras —dice mientras vuelve a lo suyo.

De camino al ascensor paso por delante de la sala de visita. Me parece ver algo extraño y vuelvo atrás. El señor Patterson está solo en un asiento con muy mal aspecto. Entro.

—¿Se encuentra mal?

Me mira. Tiene los ojos irritados.

—No. Todo está bien.

—¿Ha discutido con su familia?

Bufa con resignación.

—¿Con quién?

Se pone en pie.

—Hoy no ha venido nadie.

Y lo veo irse camino de su habitación. Hoy no parece un actor canalla que se divierte torturando a los que tiene a su alrededor. Hoy es un anciano al que de repente le ha caído encima todo el peso de los años. Por un segundo pienso en ir tras él. No. Se ha levantado y se ha marchado. Quiere estar solo. Los años de experiencia sirven para estas cosas: cuando alguien quiere estar solo y te lo deja claro, respétalo. Hay determinadas heridas que se curan mejor en soledad. Mañana en cuanto llegue pasaré a verlo.

Llego a Londres. Entro en una tienda de Apple y compro el dichoso iPhone 6 que acaba de salir. Tras un sofocón al ver los precios, me dejo 619 libras en el modelo normal de 64 gigas. 619 libras, ¡Dios mío! ¿Están recaudando fondos para resucitar a Steve Jobs? Ya lo puede apreciar porque me voy a pasar el resto del mes a base de *corned beef* y *crackers*. Luego me dirijo a Bruton Place.

Me gustan los zapatos. No soy una loca de los Manolo's como Carrie Bradshaw, pero me gustan los zapatos. Y en Sanderson los tienen preciosos. Me pongo a ver el escaparate y poco a poco, como si fuéramos pájaros en un hilo telefónico disfrutando del paisaje, noto cómo mis dos amigas llegan y se ponen a observar en silencio a mi lado. Y allí estamos las tres, mirando el escaparate en total recogimiento como si contempláramos el interior de una basílica. En realidad, a mí me gustan todos los accesorios. Lo superfluo. Accesorios, la propia palabra lo dice: accesorio, algo que no es necesario y de lo que se puede prescindir. Es de esas palabras que ya te advierten. Me da lo mismo. Hay gente que prefiere llamarlos complementos. No me gusta esa palabra. Da la sensación de que si usas complementos es porque te falta algo. Lo dicho: prefiero accesorios. Me encantan los pendientes, las pulseras, los bolsos, los anillos, las gargantillas, las carteras, los cinturones, las diademas, los collares y, como he dicho, los zapatos. He leído no sé dónde que las mujeres nos tapamos bajo un montón de accesorios para enseñarnos mejor. A mí que me entierren con todo lo que tengo en el armario.

Y, de repente, me enamoro. Es amor a primera vista. Un par de zapatos de tacón bajo modelo Isolda de color burdeos con unos preciosos cierres laterales me hacen ojitos y yo no me puedo resistir. El precio, 500 libras. Hasta me parecen baratos comparados con el iPhone. Veo los zapatos y cada uno de ellos es uno de los mensajes que le envié a Rita. Mensajes que me han costado 309 libras con 50 peniques cada uno. Si me hubiera estado callada, ahora tendría mis Isolda y hasta me habría sobrado dinero. Lástima.

—Bueno, ¿qué hacemos? —dice Rita, expulsándonos del paraíso.

—La idea era ir de mercadillos, ¿no? —contesta Doreen.

—Vamos a Camden. Me han dicho que tiene cosas de Diana y está aquí al lado —sugiero.

—Para cosas de Diana, mejor Portobello —apunta Rita.

—En Portobello no hay nada. Es sólo para turistas —responde Doreen.

—Por eso. Es donde encontrarás más cosas de Diana y del resto de la Familia Real —sentencia Rita.

Es un argumento difícil de refutar. Nos ponemos en marcha inmediatamente. Llegamos cuando ya hay bastantes tiendas cerradas y un buen montón está a punto de hacerlo, pero aún nos da tiempo de mirar algo.

Yo encuentro una peluca que puede valer.

—Deja eso, está asqueroso. Te hago yo algo el sábado —me dice Rita.

—De acuerdo.

Dejo la peluca. Un par de tiendas calle abajo encontramos una joya. Un par de maniqués de Carlos y Diana vestidos como en la famosa foto del compromiso el 24 de febrero del 81. Ésa en la que Diana está en primer término con los brazos cruzados y Carlos, tras ella, descansa su mano sobre el hombro derecho de ella. Visto en perspectiva, ese aparente gesto amoroso parece más bien querer disimular un futuro intento de estrangulamiento. Los maniqués son para que los turistas se hagan fotos con ellos por tres libras. No me lo puedo creer. Intento negociar a ver si me venden el vestido. Cinco minutos después consigo que me lo alquilen el fin de semana por cincuenta libras. Tendré que desinfectarlo antes de ponérmelo.

—¿No vas a probártelo? —dice Rita.

—Sin pasar por la tintorería no me atrevo.

—¿Y si no te sirve?

Buena pregunta.

—Así, a ojo, yo diría que sí, ¿no? A ver...

Miro el tallaje.

—Una 10.

—¿Te vale?

—Si no encoge cuando la laven... Suelo andar entre la 10 y la 12, según la marca.

—Lo mío es peor —dice Rita—. Yo me muevo entre la 10, la 12 y la 14.

—Aunque me quede un poco apretado tampoco pasa nada —apunto.

—El otro día fui al Bershka de Oxford Street —dice Doreen con la mirada perdida en el infinito como si acabara de volver del Vietnam.

Con esa sola frase ha captado toda nuestra atención. Se hace el silencio.

—Nada más entrar, un esqueleto de diecinueve años se me acerca y me dice con voz chillona: «Aquí no tenemos nada para usted».

—¿Qué? —le digo—. ¿De verdad te dijo eso?

—Lo que oyes.

Rita se ha quedado también muy sorprendida por la desfachatez de la vendedora, aunque intuyo que, al mismo tiempo, está intentando no reírse.

—Y voy yo y le digo —continúa Doreen—. ¿Sabes una cosa, bonita? Venía a comprar algo para la hija de mi primo, que tiene doce años, pero después de lo que acabo de oír, habéis perdido una venta y una clienta. Le voy a dar mi dinero a Nintendo.

—Bien hecho.

—Estoy harta de la maldita gordofobia —protesta—. ¿Qué pasa? Ya no se

puede fumar, ya no se puede comer. Dentro de poco tampoco se podrá respirar.

—Por un momento pensé que ibas a hablar de sexo —suelta Rita.

—Eso ya está en marcha. Según la BBC, hemos pasado de seis veces al mes a cinco en los últimos diez años. Y la tendencia sigue a la baja. Con un poco de suerte, en quinientos años nos habremos extinguido y ésta será una isla pakistaní.

—El otro día leí un estudio que decía que los hombres que tenían más relaciones sexuales entre los veinte y los treinta tenían más riesgo de tener cáncer de próstata —añado como curiosidad.

—¿Con la misma mujer o con varias? —pregunta Rita con intención.

Me río.

—En serio: estoy harta de esta persecución. —Doreen sigue a lo suyo—. Vale, estoy gorda, ¿y qué?

—Mujer, sano, sano no es... —apunto.

—Tampoco lo es beber y lo hace todo el país.

—Si se bebe con moderación, sí —matizo.

—¡Ja! ¿Quién bebe con moderación aquí? —suelta Rita—. Preséntamelo.

En eso tengo que darle la razón.

—Dentro de poco, como pases de la talla 16, te mandan a un campo de concentración.

—De concentración, no; de adelgazamiento —apunta Rita.

—Vamos a comer algo —sentencia Doreen.

Comemos de pie una especie de burritos rellenos de carne, queso y verduras que no reconozco en un puesto callejero y después tomamos una pinta en un pub cercano. No sé si es porque realmente estábamos hambrientas o como acto de protesta y solidaridad con Doreen.

Mientras espero a que nos sirvan, intento trazar un plan para convencer a Rita de que perdone a Marco o mañana, cuando llegue Carol, voy a tener *overbooking* de acogida. Va a ser un trabajo difícil. Marco ha hecho méritos para que no le vuelva a hablar en la vida. Me dan las pintas y, con cuidado de que no se me derramen encima de la ropa, las llevo a la mesa donde me esperan las chicas.

—Aquí vienen. Haced sitio.

Dejo las cervezas sobre la mesa. Rita toma la suya inmediatamente. Doreen deja que la suya repose. Vamos allá.

—¿Has vuelto a saber algo de Marco? —digo como quien no quiere la

cosa.

—Imagino que tardará una temporada en volver —responde riendo mientras da un sorbo.

—¿Me he perdido algo? —pregunta Doreen.

—¿No le has contado nada?

—Bueno, sí, algo. Sabe que hubo un problema. Por eso llegué tarde el lunes.

—Y el sábado vas a tener que trabajar por la mañana.

—¿No hay manera de arreglar eso?

—No. Te lo advertí y te pasaste de la hora.

—Y se cargó mi móvil —apostilla Rita.

—Hablando de eso...

Echo mano al bolso. Es el momento de darle el teléfono y quedar como una princesa.

—Aunque si lo tuviera delante, le diría un par de cosas más.

—Búscalo y véngate —suelta Doreen—. Aún estás a tiempo.

Suelto el iPhone que ya tenía en la mano. Si se lo doy ahora, nos vamos a liar a ver cómo funciona, se le van a disparar las endorfinas y no va a querer ver a Marco en un año. Tengo que aprovechar el momento venganza.

—Lo echó de casa... —apunto.

—Eso es lo de menos. Deberías hacerle pagar. Aunque sea por el resto de mujeres con las que se vaya a encontrar en la vida. Si no hay castigo, es como si no hubiera habido pecado.

—¿Quién dice eso? —pregunto.

—Yo —responde Doreen.

—Y a mí me parece fenómeno —añade Rita—. El problema es que no tengo ni idea de dónde anda.

—Llámalo al móvil —propone Doreen.

—Fue lo primero que le lancé cuando lo eché de casa —responde Rita.

Las dos se quedan unos segundos en silencio. Beben.

—Yo sé dónde está.

Rita me mira extrañada.

Estoy satisfecha. Por fin algo va bien. Llevo a Rita a mi casa. No es exactamente lo que había pensado (de hecho, es justo lo contrario), pero me puede solucionar el problema. Al principio, ambas vamos en silencio. Es raro. Imagino que se debe a que está digiriendo que tenga a Marco alojado en casa.

—¿Y por qué demonios lo has dejado meterse en tu casa? —pregunta al fin.

—Me dio pena. Ya me conoces.

—Pues la broma casi te arruina la reconciliación conyugal.

Le he contado lo que ha pasado esta mañana con David y Patty.

—Sí, precisamente por eso te llevo a verlo. Yo no soy capaz de echarlo, pero si tú me ayudas y, de paso, te quedas mejor, eso que ganamos.

—¿Eres consciente de que para alguien como tú eso es algo bastante retorcido?

—Sí, sí. No sé qué me pasa últimamente. No manifestar nunca hostilidad de forma abierta es uno de los rasgos del comportamiento pasivo-agresivo. Lo sé. Mi madre es una especialista. A lo mejor se me está pegando.

—Del comportamiento pasivo-agresivo... y de la cobardía.

—No lo había pensado.

Me siento como si me hubieran abofeteado con mucha clase.

—¿Qué vas a hacerle?

Rita respira hondo.

—Por momentos, todo esto me parece una tontería.

—¿En serio? —No doy crédito.

—Tú misma lo decías el otro día: no ha pasado nada.

—Al final no, es verdad; pero, Rita, por su parte, intención había, ¿eh?

¿Qué ocurre? ¿Nos han intercambiado los cerebros?

—Es un golfo —dice.

—Bastante —respondo.

Sonríe.

—Me gusta.

—¿Estás pensando en perdonarle?

El mundo está al revés y mis amigas han perdido el norte.

—¿Prefieres que siga en tu casa?

—No, no, no. Adelante, que viva el amor.

Llegamos a casa cerca de las once. Rita parece realmente contenta. Curioso. Al final lo que comenzó siendo un día terrible hasta puede que acabe bien. Aparco delante del portal. Hay luz dentro. Mientras cruzamos el jardín me acuerdo de la comida que le dejé en el horno. Espero no encontrarme a Marco intoxicado. Es lo que me faltaba. Abro la puerta. Y allí, en medio del salón, está Marco completamente sano y con una toalla cubriéndole escasamente la entrepierna como si acabara de ducharse. Se sobresalta al verme entrar con

Rita. Normal. Espero que no se le ocurra proponernos un trío. A mí esas cosas no me van.

—¡Rita!

Rita lo saluda cariñosa para dejar claro que viene en son de paz. Aunque conociéndola, bien podría tratarse de una estratagema para acercarse y golpearle con algo contundente. Por suerte, no es el caso. Aunque él no lo sabe.

—Hola, monstruito.

—*Ca-cara...* ¿Qué haces aquí?

—He venido a perdonarte. ¿Te parece poco?

Noto a Marco tenso. A lo mejor es que aún no se lo cree. No le culpo.

—Vuelvo ahora —dice.

No es eso. Algo pasa. Una idea me viene a la cabeza. No, no, por favor, no. Justo antes de que Marco salga aparece Carol... también en toalla.

Sí. Exactamente eso es lo que me había venido a la cabeza.

Rita se queda muda. Miro si hay cuchillos a la vista y veo uno enorme y de cerámica encima de la mesa en una bandeja al lado de un plato de queso gritando «cógeme y clávame en ese pecho italiano traidor y desagradecido». Además, es un cuchillo de esos que cortan de maravilla. Ideal para carnes, aunque yo lo utilizo para todo. Mi impulso es lanzarme a por él para evitar que seamos portada del *Newhampton Echo* de mañana. Sin embargo, Rita, perpleja, simplemente se va hacia la puerta.

—¡Rita, espera! —grito.

No me hace caso y va directa a la calle.

—*Amore...* —la llama Marco—. No ha sido nada.

—¿Nada? —protesta Carol.

—Tú cállate —le digo.

—Rita... —insiste Marco disponiéndose a ir tras ella.

Me interpongo en su camino. No pienso dejar que la siga. Y menos en toalla. No voy a darle ese gusto a mis vecinos.

—Ni *amore* ni nada. Tú, fuera —le digo tajante.

Marco intenta hablar.

—¡Ni una palabra! Coge tus cosas y vete YA.

—¿Y ella? —dice por Carol en un arrebatado de infantilismo.

—Ella es mi hermana, estúpido.

Marco resopla y con cara de fastidio sube las escaleras.

—Espera, Esther —oigo decir a Carol.

—¿Y a ti? ¡Tú! ¡Tú estás fatal!

Voy hasta la ventana y corro la cortina. Miro cómo Rita deambula por el jardín en estado de shock mientras amenazo a Carol con el dedo como si fuera una pistola con la que estoy a punto de dispararle.

—¿Cómo se te ocurre meterte en mi cama con ese... ese...?

—No nos metimos en tu cama. Estuvimos en la habitación de Patty —dice con cierto cansancio, como si eso solucionase en parte el problema.

—Qué alivio. ¿Tengo que darte las gracias por meterte sin permiso en mi casa, en la habitación de mi hija y con el novio de mi amiga?

—¿Qué? ¿Estamos jugando al Cluedo? —me suelta.

—Es el colmo —respondo.

Reconozco que esa salida me ha roto el hilo. Vuelvo a mirar por la ventana. Rita la ha emprendido a patadas con la puerta y con las plantas del jardín. Estoy a punto de abrir la ventana y gritarle que pare. Las plantas me costaron un riñón. Las rosas, no; estaban de oferta. Qué trabajo me dieron las condenadas. Mejor la dejo que se desahogue. Ahora a ver cuándo le doy el iPhone. Más de seiscientas libras. ¿El agujero de la capa de ozono? Agujero el de mi cuenta bancaria. Me acuerdo de una cosa.

—¿No habíamos quedado en que ibas a venir mañana? —le suelto a Carol.

—Llevo un día muy malo. Cambié de idea.

—¿Y en cuánto tiempo decidiste cambiar de cama? Porque esta mañana el dilema era Noel Carter o Kerry.

—No me sermonees. Estoy confusa.

—Si quieres, te doy una medalla. No te entiendo.

—Yo tampoco lo entiendo. ¿Qué quieres que te diga? —Suspira.

—¿Qué tal por qué lo has hecho? No es que vaya a arreglar mucho las cosas, pero estaría bien tener alguna explicación.

—No-lo-sé. Sólo surgió la oportunidad y lo hice. Sin pensar. Nada más.

—¿Qué demonios te pasa?

Se encoge de hombros.

—Me voy. —Señalo la ventana—. Ya hablaremos.

—¿Puedo quedarme?

—Haz lo que te dé la gana, pero cuando vuelva que ése —señalo arriba— no esté aquí.

En vez de salir directamente al jardín, paso un instante por la cocina, lo que descoloca a Carol. Como me temía, el desayuno que dejé a Marco sigue todavía en el horno. Lo saco y lo tiro todo a la basura. Nota incluida. Ahora sí,

salgo fuera. Rita ha destrozado medio jardín y está pateando la puerta. Oh, Dios mío.

—¡Rita, espera, por favor...! —le grito.

Se para y se gira hacia mí. Está furiosa.

—Sácame de aquí. ¡Sácame de aquí YA, por favor!

—Ya va, ya va. Tranquila.

Busco las llaves del coche y abro a toda prisa. Se sube y da un portazo tremendo.

—¿Adónde quieres ir?

—A beber —responde mirando al frente.

Arranco. Cuarenta y cinco minutos después estamos en el Soho. Son las doce de la noche. Los pubs han cerrado. Lo único que encontramos abierto cerca es un karaoke en el 18 de Frith Street. Entramos.

—¿A qué hora cierran? —pregunto al encargado.

—Dos y media.

—¿Tienen salas privadas?

—Esto no es un hotel —me advierte.

Casi estoy a punto de enfadarme. Miro a Rita y no lo tengo en cuenta.

—Una sala para las dos. Hasta esa hora —le digo seria.

—Hay que hacer una consumición como mínimo por hora.

—Mojitos —responde Rita—. Quiero mojitos.

—No se preocupe por eso. Estaremos a la altura —respondo.

—¿Qué quieren comer?

—Aunque hemos cenado, deberíamos comer algo si vamos a beber.

—¿Dónde está la sala? —Es la respuesta de Rita.

—Por aquel pasillo, es la segunda.

Rita se va.

—Pónganos dos mojitos y un sándwich o algo.

El hombre entra en la cocina mientras yo sigo a Rita.

Dos horas y media después hemos cantado, gritado, despotricado, llorado y cantado de nuevo. El repertorio ha basculado entre el monotema odio-a-los-hombres a los momentos de euforia del que-les-den, pasando por el clásico no-los-soporto-pero-qué-le-voy-a-hacer-si-me-gustan-debería-haber-sido-lesbiana. Hemos destrozado desde el *There You Go* de Pink a *You're So Vain* de Carly Simon, pasando por el inevitable *Girls Just Wanna Have Fun* de Cyndi Lauper. Terminamos cantando a grito pelado el himno de la confusión: *What's Up* de 4 Non Blondes. Nos hemos bebido diez mojitos y comido un

sándwich de mozzarella, tomate y jamón de Parma. Total, 181 libras, que, sumadas a las 619 del iPhone, hacen un total de 800 justas. Eso, sin contar el arreglo del jardín. Dos días más como éste y como de los contenedores.

El jueves va a ser realmente duro.

JUEVES

*Seeing my past to let it go
Throw me tomorrow
Only for you I don't regret
That I was a Thursday child*
DAVID BOWIE

Me despierto en casa de Rita. Y digo me despierto, porque levantarme es otra cosa. Me cuesta un mundo incorporarme. Me duele todo y tengo una resaca descomunal. ¡Malditos mojitos! No vuelvo a beber nada con azúcar en lo que me resta de vida. Ni Coca-Cola.

Hago una pasada por la ducha, procuro hacer el menor ruido posible. Termino y paso un poco de agua para limpiar los restos de champú y gel. Me he lavado la cabeza porque no quiero llegar apestando a alcohol al hospital, aunque me temo que va a ser difícil enmascarar el olor. Incluso recién duchada rezumo un poco. ¡Qué horror!

Me asomo a la habitación de Rita. Aún está durmiendo. Pienso en despertarla. ¿Para qué? Se ha llevado un palo y merece descansar. De camino al hospital avisaré a las chicas. Espero que Rose no arme un motín. Se me ocurre una idea. Cojo el bolso y saco el iPhone nuevo. Se lo dejo al lado de la mesilla. Y justo en ese momento abre los ojos.

—¿Qué hora es?

—Las siete menos cuarto.

—Oh... —dice mientras se toca la frente.

—Los mojitos —le recuerdo.

Mira hacia un lado y ve el nuevo iPhone sobre la mesilla. Sonríe.

—Gracias.

De repente se echa a llorar.

—¡Eh! ¿Qué pasa...?

—Es un desgraciado —solloza.

—¿Pero tú no eras la de los mil novios?

—Sí, pero es que te entra a ti y después se acuesta con tu hermana. Esther, que parece que lo hace a propósito.

—Olvidalo. Busca otra pieza igual para tu Frankennovio y listo.

—Es que ésa era una pieza muy buena.

—Mujer, Rita...

—Lo sé. Sí, bueno, que le den. Ya está —dice mientras se seca las lágrimas —. Adiós, Marco.

Una de las cosas que más me gusta de Rita es su capacidad de recuperación.

—Oye, ¿es el iPhone 6 de 64 gigas? Te has pasado —comenta mientras coge el móvil.

—Lo sé. Trae —le digo mientras intento quitárselo—. Debería cambiarlo por el más barato.

—No-oo-ooo.

Se ríe. La cosa va bien.

—¿Has desayunado?

—No. Pensaba hacerlo en el hospital.

—Me doy una ducha rápida y te invito aquí al lado. Hay un sitio que borda los huevos Benedictine.

Mi estómago gruñe. No le apetecen, pero mi cerebro sabe que, para sobrellevar la mañana, me van a venir bien.

—De acuerdo, pero no tardes mucho.

—Me paso un agua nada más. Después, en la peluquería, le digo a una de las niñas que me lave y me dé un masajito y me meto una hora en la cámara a oscuras y como nueva.

—Qué suerte tienes.

—Si quieres, pásate luego al salir. Hoy invita la casa.

Un cuarto de hora más tarde está lista y salimos por la puerta. Nuestra sorpresa es mayúscula cuando nos encontramos a dos empleados de Prestige Flowers descargando enfrente de la misma puerta de Rita una enorme corona con «*I'm sorry, my dear*» escrito en el centro. Y cuando digo enorme me refiero a algo realmente descomunal. No hace falta preguntar quién la manda. Sí, bueno... también podría ser mi hermana, pensaréis. Ni en broma. Si la conocieseis un poco, sabrías que eso es imposible. Carol jamás se gastaría esa cantidad de dinero en otra mujer que no fuese ella. Hasta en mi boda se gastó menos.

Inciso. ¿En qué está pensando un hombre para hacer algo así? ¿Realmente cree que hay alguna mujer tan tonta como para perdonar una traición semejante con unas simples flores? Por no hablar de lo humillante que resulta que alguien te envíe algo así. ¿Es que no ve que le está diciendo a medio planeta que te ha engañado? ¿A quién le gusta que, además de hacerle una faena, se lo restrieguen por la cara en la puerta de su propia casa? Una de las reglas básicas que los hombres deberían saber es que aquello de lo que no se habla casi es como si no hubiese sucedido.

La reacción de Rita es, además de la normal, instantánea. La emprende a patadas con la corona y arranca de cuajo la «d» de «*dear*» ante la atónita mirada de los dos empleados, que se apartan unos pasos ante el riesgo de una posible agresión.

La dejo que se desahogue. Cuando termina, «*I'm sorry, my dear*» se ha convertido en «*m y ear*» con media corona destrozada. Tal y como la ha dejado, parece como si fuese una extraña corona funeraria de un músico EMO dedicada a su desaparecido apéndice.

—Llévensela de vuelta —suelta Rita, exhausta.

Los operarios, con miedo en el cuerpo, le dan a firmar un formulario para que confirme que han hecho la entrega. Rita lo coge para firmarlo y...

—¡Oh! —es lo único que acierto a decir.

Porque inmediatamente recibo un tremendo pisotón por parte de Rita, que me hace ver las estrellas.

—¡Au!

Impertérrita, Rita les devuelve el formulario firmado y los operarios, sin rechistar, se van llevándose de vuelta la corona damnificada. Rita me coge del brazo y me arrastra en dirección contraria.

—Menudo pisotón me has dado —me quejo.

—¿Y qué querías que hiciese?

—¿Quién es Mary Simmons?

—Mi vecina. Sigue caminando.

—¿Qué?

—No te pares. Pilló a su marido con una Erasmus en la cama hace un par de semanas.

Pues no. No era Marco el que había enviado las flores.

Con absoluta naturalidad, Rita se para, se da la vuelta y le grita a los desprevenidos trabajadores de Prestige Flowers.

—Y no se les ocurra volver por aquí o llamo a la policía. Dígale a ese imbécil que esto es acoso.

Se vuelve y reanuda la marcha.

—Por si acaso —apostilla.

¿No dicen que la mejor defensa es un buen ataque? Pues como sigamos así, un ataque es lo que me va a dar a mí, pero un ataque de nervios.

—Vamos. Los huevos Benedictine nos esperan —concluye Rita.

Veinte minutos más tarde estoy en el coche camino del hospital con el estómago lleno. Pienso en lo que ha pasado y me pregunto una cosa. Si conociésemos ahora a nuestras amigas de infancia, ¿nos haríamos amigas de ellas? Creo que en la mayoría de los casos la respuesta sería no. Y no lo digo por Rita. Me gusta mucho cómo es Rita. Es desenvuelta, decidida, luchadora,

simpática y nada parece asustarla. También es cierto que antes parecía estar en continua competencia conmigo. Cuando éramos pequeñas, muchas veces tenía la impresión de que cuando yo quería algo, inmediatamente a ella se le antojaba lo mismo. Con la salvedad de que ella no paraba hasta conseguirlo. Sí, hay una cosa que olvidaba decir de Rita: es tremendamente competitiva. Por suerte, parece que eso se le ha pasado. O por lo menos, diría que conmigo se le ha pasado. Creo.

Es verdad que en su descargo hay que decir que su familia era bastante desestructurada y eso puede haber influido en su carácter alocado, pero que levante la mano quien no tenga una familia ligeramente desestructurada. Ni siquiera los Ingalls, la idílica familia de *La casa de la pradera*, se salvan. Recordad que la hermana mayor se quedó ciega y Laura acabó casada con el tal Almanzo, que era un simple al cual, seamos serias, aunque no lo reconociera nunca, ni siquiera quería.

Me estoy yendo del tema. ¿Seríamos amigas de nuestras amigas de la infancia si las conociésemos como son ahora? Me refiero en concreto a esas que arrastramos desde la infancia un poco por inercia. Con Rita hubo un hiato de veinte años, así que no cuenta. Si nos paramos a pensarlo, yo diría que, en muchos casos, las personas que nos encandilaron de niñas no tienen nada que ver con lo que son ahora. Sí, vale, alguien podría decir que, al fin y al cabo, es lógico que cambiemos. En eso consiste madurar. Hasta ahí, de acuerdo. Ahora bien, yo hablo de no perder la esencia, la semilla que hizo crecer esa amistad. Si hoy en día de aquello sólo queda el recuerdo, la amistad es un lastre. A mí me ha pasado eso con Doreen, pero al revés. Ya he dicho que no la soportaba de niña. Era cursi, egocéntrica (bueno, ahora que lo pienso, Rita también era un poco egocéntrica), presuntuosa, ambiciosa, falsa y envidiosa. En resumen, una mala persona. De verdad, Doreen, de pequeña, era muy muy mala. Mucho. Rozando la sociopatía. Como la repelente Nellie Oleson en *La casa de la pradera*. Que no le valía con ser mala sólo en la serie, no, porque la actriz que la interpretaba publicó posteriormente *Confesiones de una zorra de la pradera*, un libro en el que contaba con todo lujo de detalles las entretelas de la serie y la relación nada fraternal entre Melisa Gilbert y Melisa Sue Anderson, las actrices que interpretaban a Laura y Mary Ingalls. Una joya dentro y fuera de la pantalla. Lo admito, me lo compré. Pues eso, que Doreen fue mi Nellie Oleson particular. Casi me amarga la adolescencia. Sin embargo, la noche en la que yo me peleé con Rita, la noche del beso a Juanito, las tornas cambiaron y descubrí a una Doreen compasiva, solidaria y fiel. Desde

entonces hemos estado juntas. Primero en la carrera y después en el hospital. Reconozco que algo de aquellas *cualidades* permanece en ella, pero creo que lo ha reconducido hacia otro lado. Me explico: sigue siendo una persona ambiciosa a pesar de tener dinero. Su familia no es de clase trabajadora como la mía o la de Rita. Los Snyder siempre han sido de posibles, como decía mi madre. Por cierto, vamos a tener que hacer algo con ella ahora que tengo a Carol en casa (a saber cuánto se queda), no podemos seguir ocultándole lo que está sucediendo. Y sobre todo porque seguro que el sábado alguno de los niños mete la pata. En fin, ya se me ocurrirá algo. Ahora que lo pienso, Rita es un poco bipolar. Oscila entre la euforia, casi siempre, y las crisis, como la noche pasada. No. A lo mejor más que bipolar es simplemente visceral y vehemente en sus reacciones. ¿Y Carol? Carol simplemente es egoísta y no tiene las ideas claras. Un cóctel explosivo. Volviendo a Doreen, esa ambición la ha usado como motor para ascender en el trabajo. Bien por ella. Yo no necesito más responsabilidades ni más cargo para sentirme bien. Un poco de dinero extra no me vendría mal, pero prefiero tener algo de tiempo. Hoy en día o tienes dinero o tienes tiempo. Si tienes las dos cosas, es que eres rica de nacimiento. Y si eres coordinadora o jefa de enfermeras, no tienes más vida que el hospital los siete días de la semana. Y eso no es para mí. Adoro mi trabajo, salvo cuando alguien me trae las muestras de orina goteando o dentro de un bote de mostaza Colman's (verídico), pero quiero tener algo de vida. Con este pensamiento llego al hospital. ¿Qué hace Carminho en la entrada de ambulancias? Algo raro ocurre. Aparco y voy para allá como una flecha.

—Hola, ¿qué haces aquí? ¿Pasa algo?

—El señor Patterson se ha llevado una ambulancia.

—¿Estás de broma?

¿Qué le pasa al mundo hoy? Coronas de flores, huevos Benedictine a mitad de semana y jubilados que roban ambulancias. Está claro que no debimos entrar en la Comunidad Europea.

—Me ha dicho James, el conductor, que tu amigo comentó que tenía que ir a hacer unas compras a Harrods, pero todos se lo tomaron a broma. Hace diez minutos que ambos han desaparecido. Me refiero a la ambulancia y a Patterson.

—¿Y qué vas a hacer?

—Informar a Doreen y a la dirección. Esto no es una broma. Es una ambulancia.

—Espera —le digo—. Si en un par de horas no estoy de vuelta con él y la

ambulancia, yo misma voy contigo a dirección.

Carminho se lo piensa.

—No es buena idea.

—Lo sé. Es que no se me ocurre nada mejor.

—¿Y si pasa algo?

—Las demás ambulancias están aquí —digo—. Además, si pasa algo, da igual que yo haya ido o no a por el señor Patterson, la ambulancia no va a estar. Y si yo voy, hay más posibilidades de que la recuperemos antes.

Lo valora un segundo en silencio.

—De acuerdo. Vuela.

—Estupendo.

—Y ficha antes.

—Estás en todo.

—Le diré a Niky que vaya contigo. Yo os cubriré.

—Genial. Ficho y voy a por el coche.

Luz roja. Me paro en seco.

—¿Y Doreen?

—Ahora está en quirófano. Reza para que no nos pille. Dos horas máximo, ¿de acuerdo?

Asiento como si tuviera un muelle en el cuello.

A los cinco minutos estoy deshaciendo el camino de vuelta a Londres con Niky, que lleva un abrigo por encima del pijama, lo que le da un aspecto extraño, como de cantante de soul en horas bajas. El pijama es como llamamos al uniforme. En teoría, tiene ese sobrenombre porque debería ser cómodo y ligero como los pijamas, la realidad es totalmente la contraria.

—¿Qué miras? —me dice.

—¿Por qué no te has cambiado?

—Así tengo menos posibilidades de que nos pillen a la vuelta. ¿A qué huele? Es un olor dulzón.

No quiero admitir que ayer estuve bebiendo, así que disimulo.

—No sé. A cerrado, supongo. Espera, que abro el aire.

Se me acerca.

—¡Eres tú! Hueles a alcohol. Ayer fuiste mala, ¿eh? —me dice sonriendo.

—Estuve con mi amiga Rita en un karaoke tomando mojitos.

—Yo, de mayor, quiero ser como tú —me dice con una sonrisa.

No sé si tomármelo como un cumplido o pensar que lo de mayor es un faltón

encubierto. Es Niky. Es un piropo. Los cuarenta tan cerca me están empezando a afectar.

—No creas. Fue terapia. Aunque terapia de verdad, la que vamos a tener con Patterson.

—¿Cómo se le ocurre llevarse una maldita ambulancia? —pregunta.

No tengo respuesta para eso.

—¿Tienes música? —me pregunta.

—Abre la guantera y mira qué CDs hay.

—¿No tienes un mp3?

—Lo tiene mi hija.

La oigo reírse por la nariz.

—Ay, los padres separados... Cuánto nos sacrificamos por la sobreprotección de los hijos —digo con humor—. Tú, claro, como vives sola.

—¿Sola? Las *bank* estamos mal pagadas por definición. Comparto piso con dos chicas.

Me había olvidado de que Niky es de las que entran y salen cubriendo vacantes. No tiene un contrato fijo, aunque debe de estar a punto de conseguirlo.

—A ver... Culture Club, Talk Talk, Adam and the Ants, Bo Wow Wow, Duran Duran. ¿Todos los grupos en los ochenta tenían el nombre duplicado?

—Muy graciosa.

—No, en serio. ¿Qué clase de nombre es Duran Duran?

—Ni idea. Pregúntale a Carminho, seguro que lo sabe.

—¿No tienes nada de grupos que no se hayan deshecho y vuelto a juntar diez años después?

—Tengo... Thompson Twins. No se han vuelto a juntar nunca.

—¡Gracias a Dios!

—¡Oye!

—No te ofendas, pero ese grupo es... —Niky no se atreve a terminar la frase.

—¿Es qué?

—Muy kitsch.

Eso sí ha sido un faltón.

—Kitsch es ir con el pijama para perseguir a un jubilado que ha robado una ambulancia. Los Thompson Twins están genial. Yo tenía un *picture disc* troquelado de un *single* con la cara de la chica dibujada sobre un trozo de un mapamundi. Era alucinante. Formaba parte de una especie de puzle con otros

dos con las caras de los dos chicos. Pero nunca los pude conseguir.

—¿Un puzle de tres piezas?

—Sí, bueno... —dicho así parece ridículo—. Sería más bien como un póster en tres partes.

—¿Y los tres traían la misma canción?

—Sí. Creo...

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—Por qué querías un mismo *single* tres veces.

Me quedo callada unos segundos. No me gusta esta conversación.

—Si no te gusta la música, no pongas nada.

Cierro la guantera. Me da lo mismo que se haya notado que me he mosqueado. Yo no voy diciéndole a la gente que la música que tiene es mala. Además, ¿qué tiene de malo la música de los ochenta? Por lo menos era variada. No como ahora, que todo se reduce a Pitbull, Rihanna, David Guetta y Pharrell Williams cantando con alguien.

Bueno, vale, Adele está bien.

De todas formas, en mi cabeza empieza a sonar Bonnie Tyler gritando a pleno pulmón *I Need a Hero*, la sintonía perfecta para la carrera absurda en la que estamos metidas.

—¿Dijo a qué Harrods pensaba ir? —pregunto.

—Ni idea.

—Imagino que al de Knightsbridge. Crucemos los dedos.

Tras sobrepasar el límite de velocidad en varias ocasiones, llegamos a Harrods sin que nos haya parado la policía. Menos mal. Teniendo en cuenta que ha venido en una ambulancia, lo más sensato es tratar de localizarla primero en el aparcamiento de Brompton Place. Allá vamos.

—¡Qué! ¿Veinte libras por aparcar? ¿Se han vuelto locos?

—¿No quieres entrar? —pregunta Niky.

—Son veinte libras. Yo como y ceno un día con veinte libras.

—Pues decídetes, tenemos gente detrás.

Finalmente, qué remedio, entro. Por suerte, nada más llegar vemos la ambulancia.

—¡Ahí está! —grita Niky.

Respiro aliviada. Por lo menos hemos dado con él. Aparco al lado. Cuanto más lo pienso, más surrealista me parece esta situación.

—Tú quédate aquí por si aparece —le digo—. Yo voy a Harrods.

—De acuerdo.

—Si viene y yo no estoy, no dejes que se marche bajo ningún concepto.

—Entendido.

Salgo corriendo del parking camino de los almacenes. Gracias a Dios, están cerca.

Llego a la puerta de Harrods en apenas un par de minutos. ¿Y ahora qué? ¿A qué demonios habrá venido aquí? Me quedo un segundo en la puerta intentando pensar. Quizá alguno de sus hijos trabaja aquí y ha venido a reprocharle delante de sus compañeros que no fuera a verlo ayer por la tarde. Eso le pega mucho al carácter punk del señor Patterson y sería una venganza en toda regla. Más en un lugar como éste. Me parece una hipótesis verosímil. Me paro delante de un cartel a ver la distribución de las distintas secciones mientras trato de hacer memoria sobre si alguna vez ha comentado en qué trabajan sus hijos. Lo cierto es que no recuerdo nada. Se me ocurre ir a atención al cliente y preguntar si hay algún empleado llamado Patterson. Lo más probable es que me manden a paseo, así que me invento una historia lacrimógena para poder contársela al empleado. En cuanto me pongo a andar lo veo bajando por la escalera mecánica. Lo espero al pie de ésta. No hace el menor intento de huir, sonrío tranquilo y me saluda.

—Deme las llaves —le ordeno.

Me las entrega con una sonrisa en la boca. De verdad, me dejan perpleja el desparpajo y la cara dura que, por momentos, tiene este hombre.

—Toma —le digo a Niky—. Lleva tú la ambulancia.

—¿Qué? Noooo...

—Yo he venido en mi coche. Y no la voy a llevar de vuelta.

—A mí no me importa —suelta Patterson.

—Cállese. Bastante lío ha organizado ya —respondo.

—Pero yo no sé conducir ese trasto.

—Si puede un jubilado... —vuelve a intervenir Patterson.

Lo señalo con el dedo advirtiéndole. Vuelvo a la carga.

—Él no puede llegar al hospital conduciendo como si tal cosa o van a pensar que somos dos idiotas.

Patterson se ríe. Estoy empezando a desear que Doreen se entere de todo y lo destroce con sus propias manos.

—Mientras os decidís, voy a ir a tomarme una pinta.

—¡Quieto ahí! —le grito—. Dame la maldita llave: yo llevaré la

ambulancia. Toma mi llave y llévate mi coche. ¡Y usted conmigo! —le ordeno a Patterson—. Ni se le ocurra rechistar.

Los dos vamos en silencio en la ambulancia. Son las nueve y media de la mañana y hago recapitulación del día:

1. Me he levantado en casa ajena con resaca.
2. He sido cómplice del destrozo con ensañamiento de una corona de flores que no iba destinada a nosotras.
3. Me he marchado del trabajo después de fichar para ir a Harrods.
4. Y ahora estoy conduciendo una ambulancia con un jubilado fugado de un hospital.

No está mal para las tres primeras horas del día.

—¿No va a preguntarme qué estaba haciendo en Harrods? —suelta el señor Patterson cuando llevamos un buen rato de camino.

—Conociéndole, imagino que habrá ido a avergonzar a alguno de sus hijos por no haberle visitado ayer.

Noto que se sorprende.

—¿Cómo se le ha ocurrido eso?

—Porque para comprar algo no hace falta venir hasta Londres.

Se ríe. He acertado.

—¿Ha valido la pena?

—Desde luego.

—Sabe que si nos pillan se nos va a caer el pelo a los dos —matizo.

—El ogro ya ha intentado castigarme poniéndome una compañera de habitación que ronca como un rotor de un avión, pero no va a conseguir nada. Tenía que haber conocido a mi mujer. Asustaba a los perros.

Me río. Es muy listo. Ha pillado a la primera que el traslado de Miss Thunderbird no ha sido casual.

—¿Y lo de llevarse una ambulancia?

—Es más barato que un taxi.

Tengo que admitir que la respuesta es de una lógica aplastante.

Llegamos al hospital. Rezo por que la operación de Doreen fuese de las largas y aún esté en quirófano. A primera vista, todo parece tranquilo. Dejo la ambulancia aparcada en su lugar. No necesito obligar a Patterson a disculparse con James y el resto de los conductores, lo hace motu proprio. Como no ha habido ninguna urgencia, los chicos parecen tomárselo con buen humor.

—Espera un par de minutos y sube después de nosotros —le digo a Niky.

No quiero que, si nos pillan, esté con nosotros.

El señor Patterson y yo subimos a la planta. Parece que todo va a ir bien. Me asomo al pasillo en cuanto salimos del ascensor y veo a Doreen en el control. La cara de Carminho lo dice todo.

—Usted, venga conmigo. Tú y yo ya hablaremos —me dice.

Doreen se lleva a Patterson a su habitación. Entran y cierra la puerta. Aun así, el volumen con el que habla Doreen es tan alto que puedo oírlo todo perfectamente.

—Lo que ha hecho hoy es muy grave. ¿Qué demonios pretendía?

—Se me acabó el tabaco —le suelta Patterson.

Eso no le va a ayudar.

—Encima, gracioso. Muy bien. Pues va a saber quién soy yo. Me voy a encargar de mandarle al peor hospital del país. Se lo ha ganado a pulso. Disfrute de las últimas horas del hotel porque se acabaron las vacaciones.

Doreen sale de la habitación casi dando un portazo. Viene directa hacia mí. Yo no sé dónde meterme.

—Y tú...

—Ella hizo lo que tú le mandaste: ocuparse de él —interrumpe Carminho.

Doreen se detiene. La mira escudriñándola. Está valorando qué hacer conmigo. Estoy en manos de Carminho.

—Patterson se fugó antes de que Esther entrara en su turno y ha conseguido traerlo de vuelta. No la puedes culpar de eso.

—Si quieres, recupero las horas que he perdido.

—Está bien. Pero tenías que haberme avisado.

Respiro.

—¿O te crees que no sé que querías tapanlo? —concluye.

—Estabas en quirófano.

—Con decírselo a Carminho bastaba. Y a ti, ya te vale por encubrirlas.

En ese momento aparece Niky con una sonrisa, como si nada fuese con ella.

—Y tú, deja de disimular —le suelta—. Sé que fuiste con ella a Harrods. Debería abriros expediente a todas.

—¿Y con quién ibas a comer? —le digo.

La conozco y noto que la tormenta se está disipando.

—Ponme a prueba.

Ni un comentario más.

—¿Y a qué demonios fue a Harrods? —pregunta Doreen.

—A buscar a uno de sus hijos y avergonzarlo delante de sus compañeros

por no haber venido a verlo ayer. Estuvo toda la tarde esperando. Le afectó mucho.

Durante un segundo todas nos quedamos en silencio. La razón es bastante triste.

—Eso no lo exime de lo que ha hecho. Venga, a trabajar —concluye.

Doreen y Niky se marchan.

—Gracias por echarme un cable.

Sonríe.

—Una cosa, ¿tú sabes de dónde viene el nombre de Duran Duran?

—Del malo de la película *Barbarella*. El doctor Durand Durand.

—¿Hay algo que no sepas?

—Si Doreen va a trasladar al señor Patterson.

A media mañana me pongo por fin a trabajar. Aprovecho y paso a ver a la señora Wowden. Tiene mucho mejor aspecto.

—¡Hola! Ya veo que le han quitado el oxígeno. ¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor. Juanito acaba de irse hace un rato. Ha preguntado por ti.

Vaya. Gracias, señor Patterson.

—No se preocupe, mañana lo veré en el juicio.

—¿Qué juicio?

Esther Lucas: eres idiota. Una idiota y una bocazas. A ver cómo lo arreglas.

—¿Juicio? En el jugo.

Me mira extrañada. Normal. No sé si podré salir de ésta.

—En el jugo... del desayuno. Vamos, en la cafetería. Cuando viene, solemos quedar para desayunar o tomar un té en la cafetería. Un té y un jugo, zumo... De naranja o algo. Hoy no porque he tenido un problema con un paciente. Bueno, no, el problema lo ha tenido él. Yo he ido a ayudar. Por eso no nos hemos visto. Qué pena, ¿no?

Debe de pensar que soy rematadamente tonta y que me dieron el título por caridad. Yo lo pensaría.

—¿Ya sabe si se queda aquí o se va a los Emiratos?

Me mira realmente desconcertada. Seguro que está empezando a pensar que tomo pastillas. Claro, como las tengo a mano.

—Juanito, digo.

—Ah, perdona, hija. Es que con tanta medicación estoy un poco lenta y no te entendía. Precisamente me ha dicho que hoy tenía una reunión para eso.

—¿Y usted qué prefiere?

Dios, hoy estoy que parece que tengo cinco años. ¿Qué va a preferir?

—Que se quede aquí. Así lo tendría cerca. Ahora, es su vida. Que decida lo que mejor le convenga. No quiero que por mí pierda una buena oportunidad de trabajo.

Eso es amor. Asiento.

—¿Ha venido el doctor Kendall?

—Sí. A primera hora.

—¿Qué le ha dicho?

—Que, si todo sigue así me dará el alta el lunes.

—Estupendo. ¿Necesita alguna cosa?

—Nada, gracias.

Abro la puerta.

—Pues ánimo, que el lunes está ahí y se marcha para casa —digo en la puerta.

Giro la cabeza y veo al señor Patterson apoyado bajo el dintel de su puerta mirándome. Es evidente que, aunque intente disimularlo, las palabras de Doreen han calado en él. Cierro la puerta, cruzo el pasillo y me acerco a verle. No tengo mucho tiempo, se me han acumulado varias extracciones, pero no tengo corazón para obviarlo.

—Hablaré con ella cuando esté más calmada —le digo—. Aunque usted no lo crea, Doreen es buena persona.

—Se le ve... Rezuma bondad —contesta con sorna.

—Ya verá como al final no lo traslada.

—¿Apostamos algo? —dice con media sonrisa—. Lo hará. Debe hacerlo o no me la tomaré en serio... Menos en serio.

Este hombre es tremendo.

—No importa. He hecho lo que tenía que hacer —añade.

—Entiendo que quisiera darle una lección a su hijo, pero si lo trasladan lejos, quizá ni siquiera puedan ir a visitarlo aunque quieran. ¿Vale la pena?

—A mi edad, si lo piensas, no lo haces.

—Así que usted no lo piensa.

Se ríe en alto.

—Me gusta, enfermera. Cuando me vaya, le regalaré mi cuña firmada.

—No es suya —le digo mientras me alejo.

—Está mejorando por momentos. Le sienta bien mi compañía —le oigo decir.

El resto de la mañana transcurre rutinaria entre extracciones de sangre y cambios de bolsas de suero. Todo fácil, menos la extracción de una señora de unos cincuenta y muchos muy grande a la que agujereo varias veces el brazo derecho sin éxito. Odio cuando me toca una persona con venas tan malas. Creo que lo paso peor que ella. Bueno, a lo mejor no tanto.

—Vaya... No le encuentro las venas. ¿Dónde la suelen pinchar?

Me mira con desprecio.

—Si lo supiese, lo haría yo, porque me estás destrozando el brazo.

Se me calienta la mejilla como si me hubiera dado una bofetada. Muy bien. Pues será a las bravas.

—Hay un método que no falla —le digo poniendo cara de inocente—, aunque duele un poquito.

Acto seguido le clavo la aguja en el dorso de la mano. Las venas, aunque fintas, se suelen localizar a primera vista. Eso sí, duele bastante más que en el brazo.

—Auh.

¿Qué os decía?

—No se mueva... Aguante. Venga, que ya casi está.

Le extraigo casi el doble de lo que necesito.

—¿Ve? Al final no era para tanto.

Lo sé. Ha sido una pequeña maldad, pero se la ha ganado a pulso.

He quedado para comer con Laurita. Le he pedido que pase por mi casa a coger ropa. Quiero cambiarme cuando salga. Además, le he dicho que me traiga el vestido de Diana para ver si lo puedo llevar a la tintorería.

—¿Has visto a Carol?

—No, ¿por?

—Por nada —disimulo.

Le he preguntado por ella por si, de casualidad, se la había encontrado. Ya me espero cualquier cosa. ¡Qué tonta soy! Carol tiene que seguir yendo al trabajo con independencia de dónde duerma. Respiro aliviada. Una idea me asalta. Marco no trabaja.

—¿No había nadie en casa, verdad?

—No. ¿Ocurre algo? Estás un poco rara.

—Es que llevo una semanita. Primero, Patty.

—Estoy enterada. —Sonríe—. Así que has decidido soltarte el pelo.

—¿Qué?

Le ha contado lo de Marco. Laurita se lleva pocos años con Patty. Es su tía, bueno, su tiastra, si es que esa palabra existe. En realidad, su relación es casi como la de una hermana mayor o la de una prima. A eso también ayuda que Laurita esté en una banda de rock. No hay trabajo de padre que compita con eso.

—Ah, no. No, no, no —digo.

—A mí todo lo que sea darse una alegría me parece bien —me suelta.

—El hombre que vio Patty en la ventana es Marco, el novio de Rita.

—Qué modernas. Compartiendo chico —dice con malicia.

—¡Que no! Se quedó en mi casa porque Rita se ha enfadado con él.

—Siempre tan caritativa.

—Por querer acostarse conmigo —confieso, apretando los labios.

—Caray con la madre Teresa. Hmmm...

—Oye, que yo no hice nada. Él lo intentó, pero le paré los pies.

—Pues tu hija cree que tienes un maromo en casa arreglándote el cuerpo. Y además de cabreada, no sé qué le habrás hecho, está muy avergonzada. En realidad, creo que es más que no sabe cómo gestionar que su madre sea una mujer activa sexualmente.

—Tengo treinta y nueve años. ¿Qué esperaba?

—De forma tan explícita, quiero decir. Eso, y que te estés trajinando a un hombre como ése. Por lo que me ha dicho no te pega.

—¿Cómo que no me pega? —me ofendo.

—Dice que parecía un modelo.

—Su padre está bastante bien —le recuerdo.

—Es su padre. ¿Alguna vez pensabas en mamá y papá en la cama?

—¡No! Por favor.

—Pues a mí no me hicieron jugando al scrabble.

—Bueno, puede que alguna vez pensara en ello. Al principio, pero porque mi padre había muerto hacía poco cuando apareció Ted. Pero eso es... es... asqueroso. Los padres no hacen esas cosas.

—Pues tu madre lo ha hecho con mi padre.

—También es tu madre.

—Es una forma de verlo —me suelta mientras se ríe.

—¡No! ¡Quita! —Muevo las manos negando.

—Ahora ya sabes cómo se siente tu hija.

Es verdad: pensar en mis padres teniendo sexo me supera. Lo admito: es uno de los tabúes que tengo. No puedo con ello. No puedo. En serio. Es

evidente que lo han hecho. Por lo menos tres veces. Seguro que más. Imagino que una o dos veces al mes. ¡Dios! No quiero echar cuentas. Da igual.

Hay una cosa curiosa con el sexo. Creo que cada generación piensa que es más avanzada o, por explicarlo mejor, que lo hace más y mejor que la anterior. Y eso es totalmente falso. Creo que hay dos épocas, tres, que difícilmente vamos a superar hoy. La Roma imperial, el siglo XVIII y los años sesenta. ¿Que no? Pensad simplemente en la portada de *Electric Ladyland* de Jimmy Hendrix. Y tiene cuarenta y seis años. ¡Vaya con los abuelos!

De todas formas, en casa de mi madre jamás se hablaba de sexo. Ni falta que hacía. Cada una se enteraba de las cosas como podía. Yo ni siquiera he necesitado decirle nada a mi hija. Doy por sentado que lo habrá visto todo en la Wikipedia. ¿Existirá la Sexipedia?

—Cambiemos de tema —sugiero.

—Espera... —me dice—. El sábado hay un concierto homenaje a Amy Winehouse y Patty me ha pedido que la lleve.

Hago la clásica pregunta de madre separada.

—¿Qué dice su padre?

—Por él no hay problema.

—No sé, me lo pensaré.

—Le hace mucha ilusión. Recuerda que se perdió el único al que fue.

Cómo olvidarlo. Teníamos pase de *backstage*.

—No se lo perdió. Fuimos las dos contigo.

—De acuerdo. Estuvo allí, pero Amy se cayó redonda antes de empezar. Peor me lo pones. Se quedó con la miel en los labios.

¿Se lo cuento?

—No fue exactamente así.

—¿Cómo que no?

—Chocó conmigo y se cayó —digo sin respirar.

—¿Qué? Más despacio.

—Le di un golpe en la cabeza y se quedó seca.

—¿Le diste un gooolpeee? ¡Venga ya!

—No se lo di. Chocamos por accidente. En mi descargo debo decir que ella llevaba una botella de vino a medias.

Laurita se echa a reír a carcajadas.

—No es gracioso.

—Sí que lo es. —Sigue riéndose—. ¿Cómo demonios fue?

—Cuando vosotras fuisteis al bar. Yo salí del baño y, como no os

encontraba, me fui a buscaros. Si me hubiera estado quieta... No sé cómo me metí hacia el escenario. Me salió al paso un tipo enorme de la organización y me dijo que allí no podía estar. Estaba tocando no sé qué grupo. Yo estaba supercortada. Total, que me di la vuelta para salir de allí cuanto antes y al hacerlo me encontré de frente con ella.

—Nunca mejor dicho.

—No me lo recuerdes. El caso es que, cuando reaccioné, yo tenía un chichón y ella estaba tendida en el suelo medio espatarrada y con una botella de vino a su lado. Imposible notarle el golpe en la frente con ese peinado de nido de abeja que llevaba. Imagínate el papelón. Salí de allí volando. Me moría del corte.

—¿Noqueaste a Amy Winehouse?

—No la noqueé: chocamos. Y no me lo recuerdes.

—Devuélveme la pasta de las entradas. Ja, ja, ja.

—Júrame que no se lo vas a decir a nadie. Por favor...

—Sí —dice sin comprender.

—Ni contarle ni escribirlo en memorias ni tuits ni Facebook ni nada.

—Que sí. Conste que es una pena.

—Una cosa, tienes que ayudarme con Carol. Ha hecho una buena.

—¿Se ha ido a vivir con Noel?

—No. Se ha metido en mi casa y se ha liado con el novio, exnovio, de Rita.

—¡Espera! El tío ese es el de Patty, el de la ventana.

—Sí, el macizo. Los pillamos en toalla saliendo de la ducha.

—Alégrate de que fuera después.

—Por favor.

—¿Haciendo un Honolulu? Qué fuerte.

—¿Eso tiene nombre?

—Todo tiene nombre. Si tú supieras...

—No quiero saber, gracias. ¿Qué tal encontraste el jardín?

—¿El jardín? Un poco sucio y tal. Nada grave.

Carol debe de haberlo limpiado. Algo es algo.

—Es que ayer por la noche Rita la emprendió a golpes con cuanta planta había. Me la tuve que llevar de allí. Ya la conoces, podíamos haber acabado siendo noticia del informativo y con las prisas no sé muy bien cómo quedó.

—Normal... Parece el típico jardín descuidado.

—Pues no lo era.

Cambio de tema.

—Necesito que vengas esta noche.

—Tengo ensayo. Además, vamos a tocar con unos amigos que han venido de fuera.

—No es por mí, es por Carol.

Se lo piensa. Laurita es la más distinta de nosotras. Tiene muy buen carácter, pero casi nunca consigo saber qué está pensando. Si tuviera que definirla, diría que es como una mezcla del impulso de Rita, la determinación de Carol y el humor de Ted. De mí le veo... No sé, quizá la disposición para ayudar. Siempre puedes contar con ella. No. No me malinterpretéis, no estoy hablando de solidaridad, por lo menos en lo que a mí respecta, es más que me cuesta decir que no. Debería ser más asertiva.

—¿Qué? ¿Te esperamos para cenar? Por favor. No es que la quiera echar de casa.

Se ríe.

—Sólo quiero que se aclare. Y que hable con mamá, que me tiene frita. Anda, hoy llevo un día fatal. Ayúdame. Pijama de hermanas.

—Vale, vale. —Sonríe.

Aludir al pijama de hermanas es como convocar a los Vengadores. No puedes faltar a la llamada.

—Iré. Pero tienes que dejar ir a Patty al concierto.

—Está bien, que vaya. Eso sí: véndeselo como si me lo hubiera estado pensando y al final hubiese accedido en aras del entendimiento materno-filial.

—Como quieras. Le va a dar lo mismo.

—Ogh... Que crezca pronto, por favor.

—¿Algo más, *sahib*? —me dice con humor.

—Nos vemos por la tarde. Invito a la comida.

—No esperaba menos.

—Y ni una palabra de lo de Amy Winehouse.

Por la tarde el trabajo discurre con normalidad entre visitas de familiares, las meriendas y cambios de bolsas de suero. Aprovecho unos minutos libres para ir al baño y volver a consultar el Twitter.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 17 sept
@cardbofan ¿Y esa foto?

¡Oh, Dios! Me olvidé. Y aunque no me hubiera olvidado, a ver cómo se la mandaba desde el karaoke.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 22h
@cardbofan Hola. ¿Sólo Yotsuba o lees algo más?

Tengo que mandarle una nueva foto en cuanto llegue a casa.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 20h

@queenorlathefirst Le he pedido a mi tía que me lleve al concierto.

Orlaistheone @queenorlathefirst 20h

@thedanboardgirl ¿A cuál?

The Danboardgirl @thedanboardgirl 20h

@queenorlathefirst A Laurita, la buena. De la otra, paso. Es muy rara.

Y tanto, hija...

Orlaistheone @queenorlathefirst 20h

@thedanboardgirl Noooooo 😞 Que a qué concierto? 😊

The Danboardgirl @thedanboardgirl 20h

@queenorlathefirst 😊 Aaah... Al de Amy Winehouse. Homenaje. ¿Quieres venir? Sábado a las nueve.

Orlaistheone @queenorlathefirst 19h

@thedanboardgirl No puedo. He quedado.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 19h

@queenorlathefirst ¿Con el novio de Jen?

Nooo... ¿Tan jóvenes empiezan a hacer esas cosas?

Orlaistheone @queenorlathefirst 19h

@thedanboardgirl 😊 Bueno ella también lo engaña. Es una manera de equilibrar el karma.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 19h

@queenorlathefirst Cuernos para todos. 🤔 Como os pille Jenwasfabulous os va a dejar como en La Boda Roja. 😊

No entiendo, pero me hago una idea del final.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 5h

@cardbofan Hola. Repito. ¿Sólo Yotsuba o algo más?

No tengo el muñeco aquí. ¿Qué hago?

The Danboardgirl @thedanboardgirl 5h

@cardbofan Hola. Repito. ¿Sólo Yotsuba?

¿Qué?

The Danboardgirl @thedanboardgirl 5h

@cardbofan Hola. Repito. ¿Sólo?

Está claro que se aburre en clase.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 5h

@cardbofan Hola. Repito.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 5h

@cardbofan Hola.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 5h

@cardbofan Adiós.

Tengo que averiguar qué asignatura tenía. Pobre de ella como suspenda.

LauraPMR @LauraP&KM 3h

@thedanboardgirl Permiso concedido. El sábado vamos al concierto.

Caray, a Laurita le ha faltado tiempo para darle la noticia.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 3h

@LauraP&KM Genial! 😊 creí que Maléfica no me iba a dejar ir.

¿Maléfica?

LauraPMR @LauraP&KM 2h

@thedanboardgirl Maléfica se ha portado bien. No protestes y acuérdate de comprarle algo para el sábado. Aún está a tiempo de cambiar de opinión

Y tanto.

Voy a cerrar el Twitter, pero me lo pienso mejor.

Yanda Yotsuba @cardbofan 1m

@thedanboardgirl Esta noche una foto especial. Ahora no puedo. Estoy en clase. 😊 😊

Anzuelo lanzado. Así pensaré que también soy adolescente. Además, no me puedo liar a hablar, porque como me pregunte, no voy a saber qué contestarle.

Vuelvo al trabajo. Paso a ver al señor Patterson. Desde el pasillo se oyen los ronquidos de Miss Thunderbird. Entro. Para mi sorpresa tiene la tele puesta.

—No sé cómo puede oírla.

—No puedo. Le pongo subtítulos para sordos.

—¿Alguna novedad?

—De momento sigo aquí, ¿no?

—Conozco a Doreen, es de explosiones. Si hoy no hace nada, mañana, con suerte, se le habrá pasado.

—Y si me echa, siempre podemos quedar para ir a tomar algo fuera.

—Genio y figura.

—Vive deprisa, muere joven y deja un bonito cadáver.

—¿Joven? —le digo con evidente sorna.

Sonríe.

—Va aprendiendo.

—Cuídese. Mi turno termina en breve.

Salgo y voy en busca de Carminho. Repaso de fichas y cambios de tratamientos. Altas, y turnos de los próximos días. Al acabar, nos repartimos unos bombones que nos han dado. ¡Oh, milagro! Y aprovecho para asaltarla.

—¿Me dijiste que tu hijo veía mangas japoneses?

—Todo el manga es japonés. Es como decir cómic. La animación japonesa se llama *anime*. Y sí, lee manga y ve *anime*.

—Perdón, doctora.

—A ver, ¿qué quieres? —dice mientras se come una bolita de chocolate Lindt.

—¿Le puedes preguntar si conoce uno que se llama Yotsuba? Es de una niña pequeña y sale un muñeco de cartón con forma de caja, como las de Amazon.

—Sí, lo conoce —me corta—. Tiene doce tomos.

—¿Cómo lo sabes?

—Limpio su habitación a diario.

Sin saberlo, Carminho acaba de echar sal en una herida que creía cerrada. Pues yo también limpio, me dan ganas de gritar.

—Dile, por favor, que te diga dos o tres títulos de mangas y *animés* —digo despacio— que podrían gustarle a alguien que lea ese cómic. A no ser que también lo sepas tú...

Me mira sin contestar y se come otra bolita de chocolate.

—Ésa corre por mi cuenta —le digo.

Niega con la cabeza. Entiendo.

—Sólo la primera pregunta era gratis —concluyo.

Asiente mientras mastica. Había olvidado decir que a Carminho le vuelve loca el chocolate. ¿A quién no?

—Envíame un mensaje o un whatsapp con lo que averigües.

—¿No prefieres un tuit?

Le robo un bombón.

—Éste por esa pequeña maldad.

Nos reímos.

Un rato después estoy fuera del hospital. Antes de ir a casa me acerco a la tintorería y me aseguro de que me tengan el traje para el sábado a la hora de comer. Después, me acerco a mi veinticuatro horas pakistaní favorito, que suele tener de todo. Compró una bolsa de pan fresco industrial en rebanadas. Es una contradicción. Lo sé. Pero se llama así. Sucedáneo de pan fresco, aunque más acorde, tendría menos tirón comercial. También cojo un par de latas de *corned beef* John West y una de Spam, la favorita de Laurita. Un poco de rúcula, tomates creo que tengo en casa... y, finalmente, me detengo delante de las mostazas. Con lo que me gustaba la Colman's Savora. Y ahora es ver el envase y ¡agh, maldito Pavlov! Tras meditarlo unos segundos me decanto por un bote de mostaza de Dijon y uno de salsa HP. Miro la hora. Imposible ir hasta la peluquería de Rita y estar a una hora decente en casa. Lo dejo para mañana.

Cuando llego a casa, me encuentro a Carol con la bolsa de viaje en la mano cerrando la puerta.

—¿Adónde vas?

—A casa de mamá. La he llamado y le he contado todo.

Creo que se me nota la sorpresa en la cara.

—Lo de Marco, no. Por favor, no se lo digas.

Hago un gesto de que no se preocupe.

—De igual manera, te espera una buena. No soporta ser la última en enterarse.

Se encoge de hombros con resignación. Está fastidiada. No por tener que ir a casa de mi madre, imagino. Eso, mal que bien, lo domina. Cuando se harte, le dará cuatro gritos. Mi madre dirá que no la soporta y saldrá dando un portazo. Ted irá a calmarla. Y Carol conseguirá lo que buscaba: estar sola y en paz. No. Es verse otra vez en la encrucijada sin saber qué camino tomar lo que la crispa.

—Deja eso, anda. Le he dicho a Laurita que venga a cenar. Y esto —levanto la bolsa con la compra— es demasiado para las dos.

Me mira sin saber muy bien qué hacer. Me acerco, abro la puerta y entro sin cerrarla. Al poco noto que Carol viene tras de mí.

—Espera —me dice.

Paro y me doy la vuelta.

—Yo... Ya me conoces. En fin. Nunca sé por qué hago lo que hago. Sólo sé que no estoy bien como estoy y no quiero seguir así.

—¿Quién está bien hoy en día? Yo voy a cumplir cuarenta el fin de semana y tampoco sé muy bien qué hacer con mi vida. Debe de ser una tara familiar. Algún gen recesivo.

—Es verdad. —Sonríe—. Perdona. No debí acostarme con Marco.

—No es por mí. Es por Rita. Bueno, y un poco porque me tomaste la casa por asalto.

Asiente.

—¿Te dijo que era novio de Rita?

—Ex.

—De un día. ¡Era ex de un día! Lo de este tío...

Suspiro mientras niego con la cabeza.

—Eso no lo dijo.

—¿Sirvió para algo?

—Lo pasé bien, pero no. No sirvió de mucho. Sigo en el mismo punto donde estaba.

Nos quedamos un segundo en silencio.

—Ven aquí y dame un abrazo —le digo.

Espero que acceda a dármele, porque si no voy a parecer una idiota con los brazos abiertos.

—Te encanta el melodrama —responde, acercándose.

—Más bien la comedia romántica. Ven aquí.

Permanecemos abrazadas unos pocos segundos. Es una sensación extraña porque pienso que no he abrazado muchas veces a mi hermana de esa forma. Por lo menos, no las veces que debería haberlo hecho. Me separo.

—Quédate a dormir hoy. Pijama de hermanas. ¿Sí?

Sonríe. Tiene los ojos brillantes. Como se le escape una sola lágrima, la que va a empezar a llorar como las cataratas del Niágara soy yo. Y no, no, no. Porque me conozco y es empezar y no parar. Cambio de tercio.

—A la cocina. ¡Vamos!

—Espera. Subo a dejar esto —dice mientras señala la bolsa.

Dejo el abrigo en el perchero del salón y entro en la cocina. Saco las cosas de la bolsa y empiezo a preparar los sándwiches de *beef* al estilo mamá Lucas. Una cena ideal para baldear las cubiertas y hacer limpieza general de interiores. El *beef* sándwich fue la cena estrella en nuestra familia durante muchos años. Admito que gastronómicamente no es gran cosa, pero su valor no residía en sus propiedades culinarias ni en lo elaborado de su receta. Su importancia radicaba en que era el premio que obteníamos la noche de los viernes si nos habíamos portado bien durante la semana. Tocaba ducha, por riguroso orden de edad, puesta de pijamas, cena y tele. Hoy haremos algo parecido salvo que dejaremos la tele al margen. Tengo que acordarme de sacar la foto al muñeco para mandársela a Patty antes de que se vaya a la cama. Y mirar si Carminho me ha enviado los datos que le pedí.

Suena el timbre.

—Ya abro yo —grita Carol mientras baja las escaleras.

—Debe de ser Laurita.

Oigo el ruido de la puerta y a Laurita saludando a Carol.

—Así me gusta. Que tengas algo preparado —me dice entre risas mientras se asoma por la cocina.

—¿No has traído nada, so cutre?

—Vino blanco del noroeste de España. Dicen que es muy bueno.

—No lo sabía.

—Ni yo —responde—. Eso sí, mis amigos los belgas se pusieron hasta arriba en una minigira que hicieron hace dos meses por allí. Dicen que frío está genial.

—Pues ya que no vas a cocinar, pon la mesa.

—¿Y yo qué hago? —pregunta Carol.

—Hay que avisar a mamá de que te quedas —le recuerdo.

—Uf... —bufa.

—Yo me encargo —resuelve Laurita—. Cronometra.

—De acuerdo —dice Carol, mientras mira su reloj.

Laurita llama. Hace una señal con la cabeza a Carol. Mi madre está al teléfono.

—¡Ya! —dice Carol.

—Mamá, soy Laura. Estoy con Carol en casa de Esther. Hoy cenamos aquí las tres. Carol se queda a dormir. Tranquila. Mañana te llama. Venga, un beso. Adiós.

—¡Ocho segundos! —apunta Carol.

—Increíble.

Ha salido a su padre. Laurita es hija de Ted Parsons. Al principio, cuando se dedicó al mundo de la música, todo el mundo creía que tenía algo que ver con Alan Parsons, el de *ídem Project*. Nada que ver. A ella le iba más la cosa gótica y el punk. Aunque a mí me gustaban. Sobre todo al principio. Me refiero a Alan Parsons. Hasta *Eye in The Sky* más o menos. Lo de mi hermana... no lo entiendo mucho. Dejémoslo en que como es de ella le pongo intención y cariño.

Bien. Tema madre solucionado. A los pocos segundos suena mi teléfono. ¿Solucionado? Inocente. Es obvio que mi madre me está llamando a mí.

—Se las sabe todas —digo.

—No —apunta Laurita con un sonrisa—. Conoce a sus hijas, que no es lo mismo.

—¿Qué hago? ¿Lo cojo?

—Si quieres pasar media hora al teléfono, sí.

—No lo cojas —dice Carol.

—No puedo no cogerlo, sabe que estoy aquí.

—¿Nunca te dejas el teléfono en el bolso o en otra habitación? —pregunta Carol.

—No.

Es verdad. Necesito tenerlo cerca o verlo. También uso pinzas para la ropa del mismo color y suelo ponerlas todas en la misma disposición: todas con los piquitos para arriba. Una manía como otra cualquiera.

Laurita me arrebató el teléfono.

—Déjame a mí.

Descuelga.

—Mama, Esther está ocupada. ¿Qué quieres? —Retórica—. Ya te lo he dicho: nos quedamos las tres.

El truco es no dejar que meta baza.

—Mañana se pasa por casa y habláis. Besos. Adiós.

Cuelga.

—Listo.

—Aún puede llamar a Carol.

—¿A mí? No, querida. Sabe que no lo cojo.

—Bueno —digo—, ¿qué? ¿Os apetece cenar o tomamos un vino antes?

—Vino, por favor —ruega Carol—. Me va a venir fenomenal.

Abrimos la botella de vino blanco español que ha traído Laurita y lo acompañamos con un poco de queso del tercer estante de mi nevera: es decir, del comprado hace pocos días, y con *cream crackers*. Que no se diga que las mujeres inglesas no tenemos glamour.

—Te habrá puesto al día de lo mío —le comenta Carol a Laurita.

—Más o menos.

—¿Cómo llamaste a lo de las toallas? —le pregunto.

—Un Honolulu.

—¿Conocías esa expresión? —le digo a Carol.

—Se la he oído a los gemelos. Es cuando andas por ahí sin nada o sólo con una toalla. Ellos lo llaman «Finde Honolulu». Creo que es muy popular entre los universitarios.

—¿Y no tienen frío? —pregunto.

—Calefacción central —responde Laurita—. Para eso hicimos la revolución industrial. ¿Tienes algo con que reproducir esto? —pregunta mostrando un USB.

—Al lado de la panera hay un radio CD. Llévalo al salón.

Cogemos el vino, el queso, los *crackers* y la música y migramos al salón. Laura conecta el USB. Reconozco el comienzo de la primera canción. Dios, ¿cómo se llamaban?

—¿Quiénes son? Me suenan un montón, pero ahora no me acuerdo.

—Working Week, *I Thought I've Never See You Again*.

—Es verdad. Debe de hacer veinte años que no los escucho.

—Y el tema te viene al pelo —apunta Carol.

—Para ti es el siguiente. *My Ever Changing Moods*, de Style Council.
Versión lenta.

—¿Qué es? ¿Musicoterapia? —responde Carol.

Huy... No empezemos. Se lo ha tomado mal.

—No. *Chill out* ochentero. Más o menos.

—Y para ti no has escogido nada...

—Claro: *Dolce Vita*, de Ryan Paris en versión de Egil Olsen. —Se ríe.

Uf. Laurita ha resuelto bien la crisis. Éste es uno de los problemas de Carol. Es muy susceptible. De repente, me acuerdo de una cosa y corro a por el teléfono.

—¿Qué pasa? —pregunta Carol.

—Nada, nada. Es que quiero ver una cosa en los deportes.

—Juanito Wowden ha vuelto —dice Laurita ofreciendo un brindis a Carol.

Ambas chocan sus copas y beben mientras yo buceo en las últimas noticias sobre entrenadores de fútbol.

—Oh, vaya.

—¿Se va otra vez?

—Eso parece.

Les leo el titular en voz alta.

—La nueva guerra del golfo. Oferta millonaria de un club de los Emiratos por Juanito Wowden y varios jugadores de la Premier League.

—Qué le vamos a hacer. —Suspiro.

—¿Pero su madre no estaba mala? —pregunta Carol.

—Sí. No sé. Imagino que se la llevará. Con lo que le van a pagar puede permitirse un ejército de enfermeras.

—Proponle ser la capitana —suelta Laurita.

—No... No puede ser.

—¡Juanito! ¡Juanito, te amo! —continúa Laurita desbocada—. Nuestro amor es imposible, Esther Lucas... Me debo a los petrodólares.

—Pues yo que tú me liaba la manta a la cabeza, dejaba todo y me largaba al desierto con Lawrence de Arabia.

Eso es muy propio de Carol.

—No puedo marcharme. Aún no sé qué hacer con David. Y no sólo David, ¿y Patty?

¡Patty! Casi me olvido.

—Un momento. Tengo que hacer una cosa —digo mientras me levanto y me lanzo escaleras arriba como una loca—. Ahora vuelvo.

Entro en la habitación de Patty y coloco el muñeco en una esquina neutra para hacerle una foto. Lo siento en el suelo y le pongo una flor entre... lo que sea que tiene por manos.

—¿Qué haces?

Me giro y veo a Laurita asomando la cabeza por la puerta.

Buena pregunta. ¿Y ahora qué?

—Así que Maléfica... —respondo.

Laurita se queda a cuadros. No se lo esperaba.

Diez minutos más tarde estamos de nuevo abajo. Les he contado todo lo del amigo falso de Patty y les estoy enseñando los mensajes mientras pasamos a la cocina.

—Es muy arriesgado —apunta Laurita—. Si lo descubre, te retira la palabra.

—Ya casi no me habla...

—Pues a mí me parece perfecto. Yo haría lo mismo.

—Tú tienes cinco.

—Porque sería como trabajar de *community manager* gratis, que si no...

—Si no os importa, voy a hacerle alguna foto más al muñeco este.

—Déjame a mí —dice Laurita—. Tengo mejor mano para esas cosas. Tú céntrate en la comida.

—En eso la mejor es Carol.

No es un halago pelota; la experiencia manda. Preparar comida para al menos seis personas al día es como sacarte un título de cocinero.

—¿Cuál es el menú? —pregunta.

—Sándwiches de los viernes de mamá.

Se ríe. Los recuerdos de la infancia le están segregando una buena dosis de endorfinas. Y eso antes de comer. Su balsámica selección de música también está ayudando. De fondo suena *Something On My Mind* de los Pale Fountains. Otro clásico olvidado de mi infancia. En apenas cinco minutos, Carol lo tiene todo listo. Yo llevo los platos a la mesa.

—¿Tienes la foto?

—Sí. He hecho varias.

—Déjame verlas.

—Espera, se me ha ocurrido una cosa.

Laurita apoya el muñeco delante del plato frente al sándwich. La imagen es muy graciosa. Ahora que me fijo, el muñeco desprende una extraña mezcla de ternura y humor. Lo reconozco, me está empezando a gustar.

—Que no se vea mucho el plato. No quiero que lo reconozca.

—Tranquila.

—Por cierto, ¿tú sabes qué son todos esos nombres raros que pone en los mensajes?

Se ríe.

—¿Te refieres a Valar Morghulis?

—Eso y lo demás.

—Son de *Juego de tronos*. Es de una serie de libros muy populares.

—¿Largos?

—Hay serie de televisión. No la he visto.

Mi hermana es de esa extraña clase de gente que no tiene tele. Raritos.

—Los libros son muy entretenidos. Como *El señor de los anillos*, pero pasan muchas más cosas. De hecho, es la Guerra de las Dos Rosas en versión fantástica mezclada con personajes de Shakespeare. Ahora, bien mezclada.

Laurita estudió literatura inglesa, aunque se ha dedicado al punk.

—¿Lo que haces ahora qué es? ¿Gothic punk? ¿Postpunk?

—Intentar-llegar-a-fin-de-mes-punk.

Se vuelve a reír. Carol le tira un trozo de mi sándwich.

—¡Eh! ¿Qué haces? ¡Tírale del tuyo! —protesto.

—Ya me lo he comido.

—¿Cuándo?

—Mientras hacíais las... ¡Para! —le grita a Laurita, que le ha tirado un trozo de rúcula—. Las malditas fotos.

Contraataca.

—Tenía hambre. —Le acierta con un trozo de carne—. ¡Toma!

La batalla de comida dura un par de minutos. Terminamos llenas de migas y restos de comida y a carcajada limpia.

—¿Quieres comer otra cosa? —le digo a Laurita.

—No. Está bien.

Se le escapa la risa. Son los estertores de la batalla de sándwiches.

—Hora de irse a la cama. Dejad todo como está. Ya recojo yo mañana —digo.

—Yo no tengo que madrugar. Es lo bueno de dedicarse al rock —dice Laurita—. Que descanséis.

—Buenas noches. Venga, abrazo de pijama.

—¡Oh, por Dios! —se queja Carol, fingiendo desidia—. Pensé que esto se había acabado cuando salí de casa de mamá.

Nos abrazamos las tres. Es estupendo.

Subo con Carol. Vamos en silencio. Apostaría a que, a su manera, está aliviada y se siente mejor.

—Respecto a Noel y Kerry, intentaré tomar una decisión antes del fin de semana.

—No hay prisa. Eso sí, mañana tienes que ir a pedirle perdón a Rita.

—Lo haré.

Me meto en la cama agotada, aunque muy contenta. Vaya... Hemos hecho las fotos, pero me he olvidado de enviarlas y de mirar si Carminho me había mandado algo. Da igual. Mañana lo...

VIERNES

*I don't care if Monday's black
Tuesday, Wednesday heart attack
Thursday never looking back
It's Friday I'm in love*

THE CURE

Seis de la mañana. El despertador suena con fuerza. Parece que me hubiese quedado dormida hace cinco minutos. Hoy toca lavadora. Así que antes de ducharme bajo a ponerla; de esa manera, cuando termine, sólo tengo que colgar la ropa. No creáis, chicas, me llevó un tiempo llegar a esta conclusión. Fundamentalmente, porque por las mañanas me levanto zombi. No soy persona hasta que no tomo el té del desayuno.

Laurita se ha echado a dormir en el sofá igual que hacía de pequeña en casa de mi madre. Estoy a punto de despertarla y decirle que se meta en mi cama. Me lo pienso mejor. Sabe perfectamente que la cama de Patty es una cama nido. Si no ha querido utilizarla, es porque no le ha dado la gana. Siempre ha sido la bohemia de la familia. La arropo con la manta del sofá que ha terminado en el suelo. Lo cortés no quita lo valiente.

Voy a la cocina. Cierro la puerta. Todo está recogido. Pongo la lavadora en el programa corto. Echo un ojo por la ventana a ver qué día hace. Gris Newhampton. No sé para qué miro. El ochenta por ciento de los días del año son grises. Más oscuros o más claros, pero grises. De repente un festival de colores capta mi atención. Es la ropa tendida de mi vecina, la señora Byrne. Rectifico. No es su ropa, son sus pinzas. No contenta con poner cada una de un color, cosa que ya me rechina, alterna las de plástico con las de madera. Incluso distingo una metálica viuda. ¿Estamos en Woodstock? ¿A qué viene ese arcoíris? Me dan ganas de salir y cambiárselas todas. No sé cómo puede ponerlas así, al tuntún. Mejor me voy.

Me meto en la ducha. Compruebo los frascos antes de abrir el agua. Están todos cerrados. Qué tontería. Había olvidado que, en el Honolulu, Carol fue la última en ducharse. Cuando salgo del baño, me la encuentro.

—Buenos días —le digo.

—Hola...

—¿Has dormido bien?

—Mejor que los últimos días. Había pensado en invitar a Rita a comer. Me gustaría que vinieses tú también.

—Entonces, mejor a cenar. Tengo que ir a declarar a un juicio y no sé a qué hora saldré.

—¿Y eso?

—No, nada. Es de testigo. El otro día fui a cenar con Juanito y vimos una

pelea.

—¡Ah! Pues ya te aviso de dónde quedamos.

—Perfecto.

Me visto y bajo a la cocina. Saco la ropa y la tiendo. Me vuelvo a fijar en la ropa de mi vecina. ¿Cómo puede colgarla así? Pone las pinzas en las camisas a la altura de la mitad de los omóplatos. ¿Es que no se da cuenta de que después le van a quedar picos? Yo no sé si es porque la ropa me queda mejor o porque odio planchar, o por una mezcla de ambas cosas, pero siempre procuro colgar la ropa por abajo, con los brazos colgando, para que quede lo más lisa posible. Vale, lo reconozco, lo hago para tratar de no plancharla después, pero quedar queda perfecta. Desde luego, mucho mejor que la de los Byrne. Y las marcas de las pinzas no se notan porque van metidas por dentro.

Cruzo el salón camino de la puerta. Laurita sigue durmiendo cuando me voy. Salgo sin hacer ruido. En cuanto llego a la calle respiro hondo. El aire frío me hace revivir.

—Qué gusto.

Me subo al coche. Me suena el móvil. Es Juanito recordándome que no olvide la citación o no me dejarán declarar. Quedamos en la puerta del juzgado en una hora. Arranco.

Hoy estoy contenta. Cuando estaba en la ducha me he acordado de Mari Wilson, debe de ser porque llevaba el mismo peinado que Amy Winehouse y me he pasado toda la noche soñando que estaba en urgencias con ella. ¿Remordimientos? Todos. Me siento responsable de que no tocase en un concierto. El caso es que he rebuscado y he dado con un CD que tengo de ella. De Mari Wilson, digo. De Amy Winehouse también tengo, claro. Todos. Lo pongo y conduzco mientras suena *Just What Always Wanted*. Esa canción me carga de energía. Voy gritando a pleno pulmón en el coche al encuentro de Juanito. Le va al pelo a nuestra situación actual.

Llego hasta el juzgado, Juanito me está esperando en la puerta. Qué guapo está de traje. Pocas veces le he visto con chaqueta y corbata. Le sientan realmente bien.

—Hola.

Me saluda con un corto beso.

—Hola. ¿Tenemos tiempo para un té?

—No sé. Vamos a buscar a nuestro contacto de la WCU[\[1\]](#) a ver qué nos dice.

—¿Has traído la citación?

—Sí, claro. ¿Pagan algo?

—¿Cómo? —responde atónito Juanito.

—No me malinterpretes, es que en el hospital me dijeron que me descontaban la mañana. Que era la ley.

—Si es así, imagino que darán algo.

Tras dar un par de vueltas por el juzgado, damos con el encargado de la WCU de nuestro juicio. Nos explica que nos pagan desplazamientos: veinticinco peniques por milla.

—¿Cuenta ida y vuelta? —pregunto.

—Sí, señorita. No es nuestra intención que abandone su domicilio permanentemente.

Muy gracioso.

—Además, tiene derecho a una dieta de dos libras veinticinco peniques si la vista dura menos de cuatro horas y cuatro cincuenta si se extiende hasta alcanzar las diez.

Por último, detalla la compensación por la pérdida de salario y el cuidado de niños si fuese necesario. Nos dice que aún tenemos un rato y nos indica dónde tenemos que presentarnos para el juicio, así que aprovechamos para ir a un café cercano. Mientras desayuno, Juanito se toma sólo un té.

—He leído por ahí que al final te vas.

—Sí. He aceptado una oferta durante un año para entrenar a un equipo en los Emiratos Árabes.

Mientras hablamos hago un cálculo rápido de lo que voy a cobrar por el juicio.

—¿Es un buen equipo?

Me hago la tonta. Hasta yo, que no sé nada de fútbol, sé que los equipos árabes nunca llegan a las finales de los mundiales. Así no tengo que prestar mucha atención.

—La verdad es que no.

Al mismo tiempo, es mi pequeña puñaladita por irse. Si fuese paranoica, pensaría que está huyendo de mí. De acuerdo... paranoica y narcisista.

—Tienen a viejas glorias como yo para entretenerse y tratar de formar equipos locales, pero no suele salir nada demasiado bueno de ahí. Digamos que es como un retiro dorado.

Eso ha sonado un poco triste. De una tristeza bañada en oro de veinticuatro quilates, pero triste. Me lío con la cuenta del juzgado. No soy tan multitarea

como pensaba. Con Juanito delante, desde luego no.

—Vaya. Creía que los entrenadores se retiraban muy tarde.

—Normalmente, sí.

Saco el móvil. Espero que no se dé cuenta de lo que estoy haciendo. Recuerda: no te justifiques.

—Perdona.

Me hago la sofisticada.

—Sigue —le digo.

—Después de lo que pasó en España, prefiero estar un tiempo lejos de los focos.

—Ya.

Entendedme, no quiero quedar de miserable delante de él. El caso es que a mí no me pagan una millonada por gritar hora y media desde un banquillo.

—El acuerdo ya está hecho. Sólo hay que resolver unos flecos. Firmaremos por un año y listo.

A ver... Son unas veintitrés millas... o sea, once cincuenta de desplazamiento.

—¿Los banquillos allí tienen aire acondicionado? —pregunto.

—¿Qué? No sé. Me coges en un renuncio. Supongo que no.

—Lo digo porque leí no sé dónde que en Dubái las paradas de autobús lo tenían.

Imaginemos que el juicio son menos de cuatro horas. Más treinta y tres cincuenta por el salario y dos con veinticinco de dieta.

—A lo mejor sí. Te enviaré una foto cuando los vea.

—¿Cuarenta y nueve con cincuenta?

No me fastidies que lo he dicho en alto. Allá va todo mi glamour.

—Disculpa —le digo poniendo cara de circunstancia.

—No pagan mucho, ¿no? —dice con una sonrisa.

—Menos que el salario de enfermera fija. Y mucho menos que el de matrona.

Guardo el teléfono.

—¿Te gustaría ser matrona?

—Lo he pensado algunas veces. Tiene que ser muy bonito.

—A ti te encantaba tu trabajo —comenta un tanto desconcertado.

—Sí, sí. Si me gusta muchísimo. Y si pagaran un poco más, ni te cuento. Y me encantan las personas mayores. Pero es bastante triste que muchas se te mueran cuando les has cogido cariño. Es como perder amigos o parientes cada

mes. No consigo inmunizarme. Y mira que llevo años de enfermera.

—Comprendo.

—A lo mejor yo también me lanzo a la aventura y hago el curso. Pagan por hacerlo. Imagínate, tú en los Emiratos Árabes y yo de estudiante en King's College. No sé quién tendrá más para contar.

Se ríe.

—¿Se lo has dicho a tu madre? —pregunto.

—Le he comentado que es probable que cierre el acuerdo. Se lo contaré cuando estemos en casa. Prefiero que esté más tranquila. La tratáis muy bien, pero tiene ganas de marcharse.

—En un hospital, cuando estás bien, quieres marcharte cuanto antes. Y cuando estás mal, todavía más. ¿Qué vas a hacer con ella?

—Me gustaría llevármela. Me pagan bien y podría tener varias personas para cuidarla. La verdad, no creo que el trabajo me ocupe muchas horas, así que podría pasar bastante tiempo con ella.

—¿Y si no quiere ir? No fue a Italia cuando estabas allí con Fenella.

Juanito se queda en silencio.

—Eso sería un problema. No quiero dejarla aquí y no estar cerca si pasa algo. No, eso no. Ni de broma.

Mira el reloj.

—Es mejor que vayamos ya.

Asiento. Nos levantamos.

Media hora después ratificamos nuestras declaraciones con la policía tras ver el vídeo que nos grabaron el martes por la noche.

—¿Puedo hacer una pregunta? —digo.

—Adelante —responde el policía que nos atiende.

—No se lo tomen a mal. No es una crítica; al contrario. Es que me extraña... ¿no es un juicio muy rápido?

—Ocurre a veces. Normalmente los PCMH[2] suelen tardar un poco más.

Lo de «un poco más» es un eufemismo jurídico.

—Como mínimo dos o tres meses... —me atrevo a decir.

—Eso sería si se tratase de un juicio normal por agresión. Lo cierto es que éste puede que sea un caso de violencia doméstica y en esa circunstancia, y al haber sido referido por la policía, se tramita de forma instantánea y en un plazo máximo de cinco días.

El policía cruza una mirada cómplice con el asistente de la WCU, que

parece darle permiso para hablar.

—Además, su «amigo» el armenio debe de haber enfadado mucho al juez en la vista previa. Quién sabe, quizá por eso haya adelantado tanto el juicio —dice a punto de echarse a reír.

Obviamente ha pasado algo y él lo sabe.

—Es que sólo han pasado tres días —señala Juanito.

—Menos. Ni cuarenta y ocho horas desde que le tomaron declaración.

—Casi el récord del tribunal —apunta el hombre de la WCU.

—¿Quieren que les pasemos a una sala para testigos hasta que tengan que declarar o prefieren entrar al tribunal? —nos consulta el policía.

—El energúmeno ese no hará nada, ¿verdad? —pregunto.

—Si no quiere ir directo a la cárcel, se portará como un angelito —aclara el asistente de testigos—. De todas formas, si desean protección o se sienten amenazados...

—No. No hace falta, gracias. Vamos dentro. ¿Te parece? —me pregunta Juanito.

Supongo que es su manera de demostrar al animal que le pegó que no le tiene miedo. Ante eso, ¿qué voy a decir?

—Como quieras.

Quince minutos después estamos en la sala asistiendo al juicio. Para mí esto debería resolverse en una hora. Dos a lo sumo. El caso está clarísimo. ¿Qué le habrá hecho el tal Aydin al juez? Ojalá me pueda enterar. El primero en declarar es él. Viene con un brazo enyesado. Qué raro.

—Bien, señor Ekmekjian, compruebo con agrado que no ha seguido usted adelante con la amenaza de denunciarme que con tanto ardor manifestó en nuestro primer encuentro —comienza el juez.

Así que fue eso. Pues no estuvo muy acertado, no.

—No, señor juez. Perdón. El otro día estaba ofuscado por la agresión que sufrí.

—Me alegro de que mi comportamiento, mi lenguaje y mi conducta hayan sido de su agrado —añade el juez—. De todas formas, le recuerdo que tiene tres meses para poder hacerlo si así lo cree conveniente.

—No. No. No hay problema.

—De acuerdo —responde lacónico el juez—. Bien, ¿podría usted relatarnos qué sucedió la noche del pasado martes a eso de las diez de la noche a la altura del número 15 de Henrietta Street?

—Sí, sí, seguro. Yo vivo allí. En el 15. En el segundo A. Antes vivía con mi

mujer, Belle. Ya no estamos juntos, pero nos llevamos bien. Ella está ahí — señala a una chica con pinta de yonki que está detrás con dos tipos con aspecto de *squatters*—, se lo puede decir. ¿Verdad, Belle? ¿A que nos seguimos llevando bien?

La mujer asiente alzando un pulgar.

—Me alegro, pero no es el momento. Si hace falta, ya declarará después. Continúe.

—Un beso, guapa.

La mujer le corresponde. Vaya par.

—Por favor, límitese a los hechos.

—Diolinda estaba viviendo en mi casa.

—¿Es su novia?

—Qué va. Es una conocida. Me la presentó un amigo una noche. Hace dos o tres meses.

¡Tendrá cara! Si dijo que era su novia delante de nosotros.

—No tenía dónde caerse muerta y yo le dejé una habitación por hacerle un favor. Ella trabajaba en un pub, pero la echaron y me pidió quedarse un tiempo. Vale, pues bueno... Yo la dejé porque es emigrante.

Claro. Como tú eres de las Highlands.

—Usted es ciudadano británico, ¿verdad?

—Sí, sí. Tengo todos los papeles. Soy de aquí, sí.

—¿Nació aquí?

—No, en Armenia. En Erevan. Pero me casé aquí con Belle.

—¿Y ahora están divorciados? —pregunta el juez intuyendo la respuesta.

—No. No.

—¿Separados?

—Tampoco. Casados. Estamos casados. Nos vemos de vez en cuando. Ella ahora está con otro hombre, con dos, pero no hay problema. Nos llevamos todos muy bien.

—Me hago una idea.

Ooooooh, qué fuerte.

—Continúe.

—Ella al principio se portaba bien. De un mes para acá no sé qué le pasó. Todo el día gritando y protestando y pidiéndome dinero. Y yo le dije: no tengo dinero.

—¿Usted no trabaja?

—Sí, en un gimnasio. Soy campeón de halterofilia.

—Enhorabuena. Prosiga.

Me declaro fan del juez.

—Tengo dinero para vivir. No para regalar. Y menos a una conocida. Si fuera mi novia, se lo habría dado; pero a ella no. ¿Por qué? Ni siquiera era mi amiga.

Ahora me doy cuenta de lo que pasa. Todo este cuento es porque está intentando dejar claro a toda costa que no eran pareja ni mantenían una relación sentimental para que el juicio sea por agresión en vez de por violencia doméstica. Qué ruin.

—Y esa noche, al volver del trabajo, la pillé robándome dinero. Y ya no. Eso no, señor juez. Le dije: robar no. Robar está mal. Es un delito.

—En el Reino Unido, sí. De momento.

Si no fuera porque el caso en realidad es tremendo, pensaría que estoy en un sketch de los Monty Phyton.

—Le dije: te vas. Coge tus cosas y vete. Ya no quiero que estés más en mi casa. Se puso como una loca. Ella no quería irse y le pedí por favor que no armara jaleo. Era de noche y tengo vecinos, ¿sabe?

—Muy considerado de su parte.

—Y entonces la convencí para salir. Y en cuanto salimos a la calle, se puso a gritar. Socorro. Socorro. Como si yo le estuviera haciendo algo. Y aparecieron ese hombre y su novia. —Nos señala.

¿Su novia? ¡Ojalá!

—Y el hombre se me echó encima. Y yo, lo juro, sólo me defendí. No le hice nada. A mí no me gusta la violencia. Y las mujeres empezaron a gritar como locas.

Lo que me faltaba por oír.

—Entonces aparecieron un montón de policías y se me echaron encima sin preguntar nada. ¿Por qué me pegaron a mí y no a él? —Señala a Juanito acusándolo—. Porque yo soy armenio. Tenían que haberle pegado a él. Eso es racismo. Racismo y brutalidad policial.

No tengo palabras.

—Señor Ekmekjian, si quiere poner una denuncia a la policía por su actuación, le invito a que lo haga después, pero, por favor, ahora céntrese en el relato de los hechos.

—Ya, vale. Total, que yo le pedí que se fuera y cuando la estaba acompañando, eso: que se puso a gritar para vengarse porque la quería echar de mi casa. Ya está. Y que la cogí robando. No se olvide de eso. Es

importante.

—¿De verdad este hombre piensa que alguien puede creerse semejante montaña de trolas? Porque todo esto no llega ni a mentiras. Esto son trolas a granel.

—¿Puedo preguntarle por ese brazo que trae enyesado? —añade el juez.

—Fue por culpa de ese hombre —señala de nuevo a Juanito, que no da crédito— y de la policía.

—El otro día parecía estar usted perfectamente. No consta nada en su declaración ni en los informes que obran en mi poder.

—Es que lo noté al día siguiente.

—Ya.

Qué casualidad.

—Yo trabajo en un gimnasio. Ya se lo dije. Soy monitor de musculación. ¿Cómo voy a trabajar ahora? ¿Quién me va a indemnizar por esto?

Estoy por pedir la transcripción del juicio.

—¿Ha traído usted un informe médico que indique que está de baja?

—Es que el brazo me lo arregló Bjishkian.

—¿Y quién es el tal señor Bjishkian, si puede saberse?

—Un compatriota.

—¿Británico o armenio?

—Armenio.

—¿Tiene el título homologado?

—¿Qué es homologado?

Mi madre...

—Él era médico de los huesos en Spitak. Como su padre. Y el padre de su padre.

Ahora vamos con los linajes.

—Entiendo, entiendo. Bien. Puede retirarse.

Después comienzan los interrogatorios por parte de la defensa y de la acusación. Tras la tal Belle, que más que ayudar al armenio deja fuera de toda duda que el suyo es un matrimonio de conveniencia, le toca el turno a Diolinda, a nosotros y a los cuatro *bobbies* que tuvieron que reducirlo, que, además, aportan testimonios de varios vecinos de la pareja. Tras una pausa de apenas quince minutos volvemos a entrar en la sala para oír el veredicto del juez.

—Señor Ekmekjian, veníamos aquí con un doble dilema. El primero era discernir si lo que teníamos entre manos se trataba de una agresión o de un

problema de violencia doméstica. Teniendo en cuenta los testimonios de la policía con declaraciones juradas de sus propios vecinos que aseguran que usted y la señorita Diolinda Dos Santos mantenían desde hace meses una relación sentimental y sexual, de la cual hay además constancia por varias llamadas a una comisaría cercana quejándose del ruido que ambos producían en sus numerosos y frecuentes encuentros sexuales, así como por el testimonio de los dos testigos aquí presentes que han declarado que usted identificó a la señorita Dos Santos a gritos como su novia, queda más que probada la naturaleza de la causa como un caso de violencia doméstica. Por no hablar de las fotos de ambos en actitud inequívocamente cariñosa e identificándose públicamente como pareja que figuraban en su propio Facebook, donde declaraba en el apartado destinado a su estado sentimental que tenía una relación con dicha señorita, y que la policía, con gran diligencia, ha grabado antes de que ayer, casualmente, fuese retirado. Dicho esto, el segundo dilema era saber, fuese cual fuese la naturaleza del crimen, si le encontrábamos a usted culpable o no de éste. Le diré una cosa. Pocas veces en mi carrera, que llevo ejerciendo más de treinta años, había asistido a un espectáculo tan burdo como lamentable. Y no voy a entrar en detalles ni en su rocambolesca declaración, Dios me libre, ni sobre ese pueril intento de hacerse la víctima con ese yeso falso. Para este tribunal queda absoluta y meridianamente probado que usted es culpable de un delito de violencia doméstica sobre la persona que, en la noche de autos, era su pareja: la señorita Diolinda Dos Santos Ferreira. Por haberla agredido físicamente y ejercer sobre ella un comportamiento coercitivo con el agravante de escándalo en la vía pública. Asimismo, queda pendiente el juicio por la agresión al señor John Wowden y los cargos de resistencia a la autoridad que se tramitarán por la vía ordinaria. Por otra parte, señorita Dos Santos, siendo usted la víctima de dicho caso y estando en situación de inmigración ilegal, la conmino a iniciar el procedimiento para regularizar dicha situación y solicitar un permiso de residencia permanente que, dadas las circunstancias a las que se ha visto sometida por este caso, le será prontamente concedido conforme a la legislación vigente. Por último, señor Ekmekjian, paso a comunicarle la sentencia: dado que no tiene usted antecedentes penales de ningún tipo en este país, cosa que he de admitir que me ha sorprendido, y que la agresión no llegó a mayores, dé las gracias de esto al señor Wowden por su intervención, voy a dictar contra usted una orden de alejamiento de la señorita Dos Santos, de la que no podrá estar a menos de media milla. Además, le condeno a pagarle una

indemnización por daños y perjuicios de dos mil libras que, espero, señorita, emplee en buscar un nuevo domicilio lo más lejos posible de su antigua residencia.

La reacción del energúmeno no se hace esperar.

—¡Eso es racismo! ¡No hay derecho! Me condenan porque soy armenio.

—No, señor Ekmekjian, no se equivoque. Le estoy condenando porque es usted un ciudadano británico. Si fuese armenio, le deportaría.

¡Bravo por el juez!

A la salida, Diolinda se para a hablar con Juanito. Parece que le está dando las gracias. ¿Y a mí no? Vale que fue él al que casi le parten la cara. Bueno, no casi, pero los dos estuvimos con ella. Veo que él me señala. ¿Qué os decía? Por lo menos él sí me tiene en cuenta. A veces tengo la sensación de que soy invisible para la mayoría de la gente. ¡Un momento! ¿Qué hace? ¿Le está dando su número de teléfono? ¿Por qué?

Juanito se despide de ella y viene hacia mí.

—Nos vemos —le dice.

¿Cómo que nos vemos? Que me atropelle un autobús de dos plantas, ¿va a quedar con ella? No, ¿verdad? Nos vemos es una forma de hablar. Pensé que le gustaba yo. Sí, bueno, sé que nunca termino de decidirme a dar el paso y decírselo a las claras. En realidad, sí lo hice, pero a destiempo, cuando aún estaba casado. Lo admito, siempre me muevo en ese terreno ambiguo entre la amistad y el interés que imagino que le ha terminado por cansar. Lo que no pensaba es que se iba a interesar por otra mujer tan rápido.

Trato de enmascarar mi reciente decepción con una sonrisa robótica.

—¿Vas al hospital?

—Claro. Tengo que trabajar.

Mira la hora.

—¿Comemos juntos?

—Por supuestísimo.

Ya estamos otra vez. Cómo puedo decir tamañas cursilerías. ¿Qué te pasa, Esther Lucas?

—El sábado por la tarde celebramos mi cumpleaños en mi casa.

—Cuarenta.

—¿Lo sabías? —digo encantada.

—Tenemos la misma edad.

Debo de acabar de parecer tonta de remate.

—Claro —digo intentando parecer sofisticada—. Era broma.

A ver si cuela.

—Pásate si quieres. Te advierto que es temático. Idea de mi madre. Ahora, en la jubilación le ha dado por hacer de todo. Va a gimnasia. Yoga. Encuadernación.

¿Para qué demonios va a encuadernación si le regalamos un Kindle? Como se enteren sus compañeras, la echan a patadas.

—¿Y cuál es el tema?

—El crack de la bolsa.

Juanito se queda descolocado.

—Es broma. La princesa Diana.

Intento parecer desenvuelta para dar credibilidad al comentario sobre el cumpleaños. No sé si lo estoy logrando.

—No hace falta que vengas disfrazado.

—A ver lo que se me ocurre.

—Bueno, pues vamos.

Conforme llegamos al hospital, ficho, me cambio y vamos a ver a su madre. Está estupenda. Podrían haberle dado el alta, pero Kerry ha hecho bien dejándola el fin de semana. Así todos estamos más tranquilos. Tras las comprobaciones rutinarias, los dejo solos. Recuerdo lo que comentamos en el desayuno. No creo que ella quiera ir a ningún Emirato Árabe. O sí.

Voy al baño a hacer la pausa del Twitter cuando me topo con Niky, muy compungida.

—¿Qué pasa?

—Yo no he podido hacer nada. Les dije que te llamaran.

Tengo el corazón en un puño. Le hago gestos para que siga.

—Es el señor Patterson —dice al fin.

—¿Qué le ocurre?

—Lo han trasladado.

No puede ser.

—¿Por qué?

Rectifico.

—¿Quién? ¿Quién ha dado la orden?

—Doreen. El doctor Kendall iba con ella. Me ha dicho Sally que ha sido con el apoyo de la dirección.

—Me parece fatal.

—Lo siento.

—¿Y él cómo estaba?

—Imagínate. Ha empezado a gritar y a insultarlos. Se lo ha tomado muy mal.

—¿Sabes a dónde se lo han llevado?

—No.

Me quedo hecha polvo. Me encierro en el baño. No quiero que me hable nadie. Tengo ganas de llorar. Y lo hago un buen rato.

Una vez recompuesta, voy en busca de Doreen. Antes de salir del baño me he lavado la cara. No quiero que se me note que he estado llorando. Eso sería como reconocer que han ganado. Por el pasillo me encuentro con Kerry.

—¿Podemos hablar?

—Sí, dime.

—En tu despacho.

Kerry tiene un pequeño despacho en el extremo sur de la planta. Nos dirigimos allí. Caminamos en silencio. Parece preocupado.

—¿Es sobre Carol?

—No.

No había caído en eso.

Asiente más tranquilo. Entramos en el despacho y nos sentamos.

—Tú dirás.

—¿Habéis trasladado al señor Patterson?

—Ah, te has enterado —dice—. ¿Y qué querías que hiciésemos?

—Es buena persona.

—Es un gamberro. Por decirlo finamente. Robó una ambulancia.

—Sólo fue un par de horas y no pasó nada.

—¿Y el que no pasara nada lo exime de haberlo hecho?

—Estaba a mi cargo, también es culpa mía. Castígame a mí.

—Cierto. Tuviste suerte de que se la llevara en otro turno. Deberías estar agradecida a Doreen de que no te haya sancionado. Ausentarte del trabajo es una falta grave. Podrían hacerte una suspensión temporal de empleo y sueldo. ¿Es lo que quieres?

—No. Claro que no.

¿A qué viene tanta hostilidad? Kerry está irreconocible.

—Por no hablar de las faltas de disciplina, salir a fumar, saltarse los tratamientos, molestar a otros pacientes y el robo de las flores.

—Eso no se ha demostrado.

—¿De verdad crees que no fue él? Esther, comprendo que te caiga simpático. Es un hombre ingenioso, pero las normas hay que respetarlas. Y si no, te vas.

—¿Eso también se lo dijiste a Carol?

Me he pasado.

Kerry respira hondo.

—¿A qué viene eso?

—Perdona. Me ha salido sin pensar.

—Está bien. No hay problema. ¿Sabes algo de ella?

—No mucho —le miento—. Me ha dicho que se lo está pensando.

Eso es verdad.

Asiente en silencio.

—Lamento lo del señor Patterson. No había alternativa.

Salgo del despacho y paso por el control.

—Patterson te ha dejado un número de teléfono —me dice Carminho.

Salgo fuera, donde él solía ir a fumar con los conductores de ambulancias y le llamo.

—Hola...

—Ya se ha enterado, enfermera.

—Sí.

—Su amiguita es buena. Nos ha cogido desprevenidos a los dos.

—Lo siento. También fue en connivencia con mi cuñado, el doctor Kendall.

—Está usted muy bien relacionada.

A pesar de todo mantiene el humor.

—No pude hacer nada. Lo hicieron aprovechando que estaba fuera de mi turno.

—Era lo lógico. No pensaría que iban a anunciarlo.

—¿Está bien?

—Este hospital es una basura. Huele todo a rancio. Estaría mejor en un contenedor. Aquí no fumo para fastidiar, sino para enmascarar el maldito olor.

—Me gustaría ir a visitarle. ¿Dónde está?

—Lo siento. No me gustan las jovencitas.

Me río.

—Quiero que haga algo por mí —dice.

—Lo que quiera.

—No se lance, que a lo mejor después se arrepiente.

—No se preocupe. ¿De qué se trata?

—He dejado una tarea a medio hacer y quiero que usted la termine por mí.

¿A qué se referirá? Estoy realmente intrigada. Siguiendo sus instrucciones, bajo a la cochera de las ambulancias. Al lado de donde se entra hay un cuarto de descanso para los conductores que suele estar vacío. Una vez dentro, busco una pequeña puerta metálica que está en un lateral. Doy con ella rápidamente. Debe de llevar a un almacén de calderas o algo semejante. La abro. Es un cuartito auxiliar con cuadros eléctricos y tuberías por todas partes. Enciendo la luz. Mi sorpresa es superlativa al encontrarlo completamente lleno de flores. Es una explosión de color de una exuberancia absoluta. Ante mí están todas las flores que habían desaparecido de la planta de maternidad y juraría que unas cuantas más. Es una visión realmente preciosa.

Estoy en shock. ¿Qué hago? ¿Aviso a Doreen para que las devuelvan a sus propietarios?

¡A la porra Doreen! Echo al señor Patterson a mis espaldas. Además, seguro que los familiares de los pacientes les habrán traído más flores. Vuelvo a llamar al señor Patterson.

—Soy yo.

—¿Las tiene delante?

—Sí.

—¿Va a delatarme?

—No.

—Écheles agua. Mañana voy por ellas.

Cuelga sin darme opción a contestar.

¿Mañana? Pufffff. ¿Pero para qué las quiere? Y a ver cómo hacemos para sacarlas. Por lo menos Doreen y Kerry no están este sábado.

Voy a por una jarra de agua y riego el jardín secreto del señor Patterson. Después, como si tal cosa, salgo y cierro con llave. Camino por el pasillo sonriendo y con la dignidad de una princesa. Estoy muy satisfecha con mi pequeña transgresión. Patterson United 1 - Doreen & Kerry Villa 0.

Vuelvo al trabajo. Una hora más tarde recibo un mensaje de Carol preguntando por el lugar de la cena con Rita. Se me había pasado. Voy al control a ver a Carminho.

—¿Se te ocurre un sitio bonito para ir a cenar?

—¿Cuál es el objetivo de la cena?

Está en todo.

—Una reconciliación.

—¿De pareja? —responde con una media sonrisa.

—No. De amigas.

Sonrío.

—Yo soy el árbitro.

—O sea, algo tranquilo que después se pueda animar pero no demasiado.

—Exacto.

Si Carol y Rita se reconcilian y después hay mucha fiesta, se corre el riesgo de que las lenguas se vuelvan a soltar y alguna diga una inconveniencia. Con las heridas cerradas pero sin cicatrizar es fácil que se rompan las costuras y volvamos a la casilla de salida. Prefiero minimizar riesgos.

—Una cosa, ¿recibiste lo que te mandé ayer?

No sé de qué me habla. Disimulo.

—Sí, claro, gracias.

—Si necesitas más información, dímelo.

¡Vale! Se refiere a lo de Patty. Nooo. Me he vuelto a olvidar de enviarle las fotos. Qué cabeza tengo.

—Ajá. Lo tendré en cuenta. Dale las gracias de mi parte.

Parece que ha colado.

—Hay un sitio en el centro que está bien —me dice—. Yo voy de vez en cuando. Es un restaurante francés. Se llama Braserie Zedel. En el sótano tiene un cóctel-bar donde hay actuaciones de jazz, *crooners* y cosas retro.

—Suena bien. ¿Es caro?

—Ojalá.

Qué grande eres Carminho.

—Lo digo porque me he fundido el presupuesto del mes —aclaro.

—Pues quedad en un McDonald's y comeos un Happy Meal.

—Muy bien. ¿Hay que reservar?

—De un tiempo a esta parte, menos en los puestos callejeros, hay que reservar en todos lados. ¿Para tres?

—Sí. Gracias.

—A ver si hay sitio, porque con tan poco tiempo.

Carminho teclea en el ordenador. Lo hace tan rápido que es casi imposible verle los dedos.

—Hoy actúa Barb Jungr con Mari Wilson...

—¿En serio? Qué casualidad. Hoy mismo me he acordado de ella. Llevo un CD suyo en el coche.

—Eso no es casualidad.

—¿Cómo que no?

—¿Cuántos CDs llevas en el coche?

—No sé. ¿Por?

—Contesta. Es una pregunta concreta.

—Unos treinta o treinta y pico. Llevo un estuche de veinticinco y unos pocos sueltos.

—Estamos hablando de Londres. No es casualidad; es estadística. Deben de tocar unas cien bandas cada día. Seguro que si me das la lista de lo que tienes en el coche, hoy podrías ver por lo menos a tres.

—Me gustaba más cuando parecía cosa del azar.

—En cualquier caso, por veinte libras puedes seguir creyendo en la magia y verla en directo esta noche. Si hay sitio.

—Es una señal del destino —insisto—. Tiene que haber.

Vuelve a teclear.

—Estáis de suerte. ¿Hago la reserva?

—Sí, sí. Voy a por mi cartera.

Mari Wilson. No me lo puedo creer.

Vuelvo con la tarjeta y Carminho formaliza la reserva. Qué bien.

—Una cosa. El domingo es mi cumpleaños, pero mañana por la tarde vamos a hacer una pequeña fiesta en mi casa. Si te apetece pasarte... Es temática de Diana, pero no es imprescindible ir disfrazada.

Carminho se ríe. No sé qué significa.

—Ya veré. Gracias.

Una hora después salgo del trabajo. En el coche, tranquilamente, llamo a Carol. ¡Patty! No le he enviado las fotos a Patty. Reviso el teléfono y selecciono las tres mejores. ¡Quita! Hay una en la que se ve la nevera. Ésa no vale. Le envío la del muñeco al lado del plato, que es la más bonita, y otra. Aprovecho para escribirle.

Yanda Yotsuba @cardbofan 1m

@thedanboardgirl Siento el retraso.

Vale. Ahora las series. Miro el mensaje de Carminho.

Yanda Yotsuba @cardbofan 1m

@thedanboardgirl Ahora estoy siguiendo Gurren Lagann y Attack The Titans, manga y anime. Y todo lo de Makoto Shinkai. Y Ghibli.

Es como si estuviera hablando en chino. Espero no meter la pata.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 1m

@cardbofan Pensé que habías muerto.

Me ha contestado. Que rápido. Claro, ya está fuera de clase.

Yanda Yotsuba @cardbofan 1m
@thedanboardgirl Mi madre me dio la noche, ayer.

A ver qué dice.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 1m
@cardbofan Sé de lo que hablas. La mía está majareta.

Muy bien, Patty.

Yanda Yotsuba @cardbofan 1m
@thedanboardgirl 😊😊😊😊😊😊😊😊 La mía es peor seguro.

Veamos cuánta confianza tienes en tu nuevo amigo.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 1m
@cardbofan Me hace la vida imposible. Y hay un cosa que nunca le voy a perdonar.

Ya casi está.

Yanda Yotsuba @cardbofan 1m
@thedanboardgirl ¿Qué es?

Vamos. Dime qué demonios te pasa. No puede ser tanta hostilidad por el divorcio. ¿O sí?

The Danboardgirl @thedanboardgirl 1m
@cardbofan No quiero hablar de ello.

Oh, vaya. Me he precipitado.

Yanda Yotsuba @cardbofan 1m
@thedanboardgirl No tienes que contármelo si no quieres. Está bien así.

No quiero forzar las cosas. Vamos poco a poco.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 1m
@cardbofan Gracias por las fotos. Tengo que dejarte.

Bueno, es mejor que nada.

Yanda Yotsuba @cardbofan 1m
@thedanboardgirl Te mandaré más.

Cierro el Twitter. Ahora sí, llamo a Carol.

—Vamos a cenar a la Braserie Zedel, la idea es cenar algo ligero y después bajar al jazz-bar que tiene en el sótano y beber algo escuchando a Mari Wilson con Barb Jungr, que actúan hoy.

Si Rita y Carol no salen reconciliadas después de esto, me corto el pelo al cero.

—¿Mary Wilson la de The Supremes? ¿Eso no será muy caro?

—No. La otra Mari Wilson.

—Por mí está bien —dice Carol.

¿Bien? ¡Es un planazo!

—¿Dónde es?

—En el centro. Justo detrás de Piccadilly. Al lado del Piccadilly Theater. En Sherwood Street. Nos vemos a las siete. Braserie Zedel.

—Espera. Hazme un favor. Llama tú a Rita.

—Carol...

—A mí ni me va a coger el teléfono.

Suspiro. Es probable que lo que dice sea cierto.

—Yo después hablo con ella. Por eso no te preocupes, pero llámala tú.

—Está bien. A las siete, acuérdate.

Cuelgo y llamo a Rita. Utilizo la estrategia de Laurita con mi madre. No dar opciones. A ver si me sale.

—Hoy cenamos.

—He quedado con José.

—¿No has tenido suficientes latinos con Marco?

Ahí he estado bien.

—Con José quedo para ir al cine y comer comida tailandesa. Es gay. Vamos a ir a ver una peli coreana de no sé quién que es muy buena.

—Pues dile que otro día. Hoy cenas conmigo. Es importante. Tengo novedades.

No le digo que viene Carol, aunque sea para pedirle disculpas, porque, conociéndola, lo mismo me manda a paseo.

Un par de segundos de silencio.

—Bueno, vale. Espero que no sea para decirme otra vez que no sabes qué hacer con Juanito y David. Me gusta esa película, pero la tengo fresca.

Eso se llama meter el dedo en la llaga con elegancia.

Llego a la Braserie Zedel a las siete menos cinco, confirmo la reserva y pido una mesa que dé a la calle para intentar controlar las llegadas. Rezo por que no lo hagan a la vez y Rita no se arrebate y dé media vuelta. O peor, que le dé por tirarle de los pelos a Carol. Eso es muy de Rita.

Cinco minutos después, puntual como un reloj, llega Carol.

—¿Todavía no ha llegado?

—No.

La noto un poco tensa. No creo que sea por miedo a Rita. Carol también es de armas tomar; es más bien que no le hace gracia tener que reconocer que metió la pata con lo de Marco. No sólo con Rita, sino consigo misma.

Pedimos un par de vinos blancos. Últimamente, le estoy cogiendo gusto. A los pocos minutos llega Rita. Por suerte no ve a Carol hasta que está dentro.

—¿A qué viene esto? —suelta.

—Siéntate, por favor —le pido.

Por suerte, me hace caso.

—Carol quería hablar contigo.

—¿Y por qué no me ha llamado?

En todo momento se dirige a mí en vez de hablarle directamente a ella. Empezamos bien. Trato de meterla en la conversación.

—Carol, dile algo.

Carol suspira por la nariz y mira hacia otro lado. Genial. Bonito momento para un ataque de dignidad.

—Rita —digo—, estas cosas hay que hablarlas en persona.

—Ya veo —responde.

—A lo mejor tiene razón y ha sido un error —es lo primero que dice Carol.

Para decir eso estabas mejor calladita, hermana. Por suerte, llega el encargado y nos da las cartas.

El plato del día cuesta 13,50 (está bien de precio) y es algo llamado *quenelle* de pescado con arroz. No tengo ni idea de lo que es. Le pregunto al *maître*.

—Es una especie de crepe ovalada hecha con pasta *choux* rellena de pescado del día. Está buenísima.

No sé qué es la pasta *choux* ni cuál es el pescado del día. Me quedo como estaba.

—Yo quiero eso —dice Carol.

Estoy segura de que está tan perdida como yo, aunque disimule.

—Otra —digo aparentando seguridad.

Rita, no sé si por marcar distancia o porque realmente sabe lo que es la *quenelle* y no le gusta, pide cangrejos con mayonesa.

La reconciliación no va demasiado bien.

Estamos cenando en silencio cuando oigo una música familiar. En un primer momento me pregunto si habrá empezado ya la actuación del Crazy Coqs y miro el reloj. Falta media hora. Además, lo que suena es Spandau Ballet. ¿Spandau Ballet? ¡Qué raro! Levanto la vista y miro a la calle. ¡Dios!

—¡Marco!

—¿Dónde? —grita Rita.

—¡No mires!

Es estúpido, pero es lo que me sale. Como si por no mirar fuese a desaparecer. Bueno, a los niños les funciona.

—¿Qué hace aquí? —pregunta Carol.

Eso mismo me pregunto yo.

Rita arroja la servilleta sobre el plato y sale fuera. Carol y yo la seguimos.

Y allí está Marco con un radio CD plantado delante de nuestra ventana cantando a pleno pulmón y señalando a Rita.

—*Always believe in... That you are gold... ¡Gold!*

Y él mismo hace la segunda voz. Este tipo no tiene límite ni vergüenza.

—*Glad you're bound to return... There is something I could have learn...*

Un corrillo de gente se ha parado a ver el espectáculo. Porque eso es lo que Marco ha organizado: un espectáculo.

—*You're indestructibleeee... Always believe in... Rita, ti amo...*

Una patada en la entrepierna es la respuesta de Rita a semejante declaración de amor. Marco se dobla de dolor. Se acabó el *show*. Elvis ha dejado el edificio.

—¿Por qué? —pregunta mientras se retuerce de dolor en el suelo.

—Porque eres idiota. Y no me mereces.

—Yo te quiero.

—¿Por eso te acuestas con...? —se frena al mirar a Carol—. ¿Por qué sólo te acuestas con gente que aprecio? ¿Eh? ¿Por qué?

Le propina un puntapié.

—Acuéstate con alguien que odie. O que no conozca. Eso me da igual.

—Es que llevo poco tiempo aquí. No conozco a nadie.

—¡Va ser eso!

La desfachatez de Marco sólo es comparable a la dureza de su cara.

—De verdad, *ti amo*.

—Tú lo que quieres es vivir en mi casa. Por lo menos, ten la decencia de admitirlo. ¿Que me quieres? Claro que me quieres, porque tú quieres a todas las mujeres del planeta capaces de separar las piernas.

—Rita...

—¡A la mierda! Vamos a cenar.

Se dispone a entrar, pero se da la vuelta.

—Y desaparece de mi vista.

Rita entra. Carol se para un segundo.

—¿Cómo se te ocurre montar esta chorrada! ¡Qué poco conoces a las mujeres! —le dice antes de entrar.

Yo, antes de seguirlas, tengo que satisfacer una curiosidad.

—¿Cómo supiste que estábamos aquí?

—Seguí a Rita desde la peluquería.

—Es mejor para tu salud que la olvides —le aconsejo.

—No voy a rendirme.

—Es tu cuerpo. *Arrivederci, Marco.*

Vuelvo al restaurante.

—Es un gilipollas. Un gilipollas. Un gilipollas —repite Rita como un mantra.

—Un gilipollas integral —es la aportación de Carol.

—Pobre. No canta mal.

Rita enarca una ceja.

—No he dicho nada.

Permanecemos unos segundos en silencio. Echo una mirada furtiva fuera y constato que Marco ya ha desaparecido. Menos mal. Sólo faltaba que entrase para terminar la canción.

—*¿Gold?* —se pregunta atónita Carol—. ¿Eres fan de Spandau Ballet?

—Me gustan. Lo normal. No es eso.

—Es que todas las canciones las saca de un disco que le regaló Rita. *Totally Eighties*, ¿no? —aclaro.

—Puede. No me acuerdo. Maldito el día. Debí de haberle comprado un verdugo para teparle la cabeza.

Carol se echa a reír. Rita se contagia y, al poco, las tres estamos a carcajada limpia.

—Es impresentable —concluye Rita mientras se seca las lágrimas.

—Perdona —dice Carol.

Le coge la mano y se la aprieta. Rita asiente.

—Eso lo dices porque después de ver el número no lo quieres ni regalado —añade Rita con humor.

—Desde luego, es único.

—No hay otro igual.

Alzo mi copa.

—Por Marco.

Carol y Rita me miran extrañadas.

—Que vuelva pronto a su país.

Brindamos.

Terminamos de cenar y bajamos al Crazy Coqs a ver a Mari Wilson y a Barb Jungr. Dan un recital precioso interpretando versiones de Dusty Springfield y Burt Bacharach.

A las diez salimos de la Braserie Zedel.

—Vamos a tomar una copa —propone Rita.

—¿Otra? Si acabamos de tomarnos dos cada una —me sale.

—¿Y? ¿Han establecido un cupo nacional de repente o...?

—Yo no —insisto.

—Venga —dice Carol—. Mañana es sábado. No tienes que trabajar.

—Sí que tengo. Tengo que recuperar la mañana del lunes.

Miro a Rita.

—Vale —contesta sin ganas.

—¿Y si te vienes a casa y nos tomamos allí la última? —propone Carol.

Está claro que todavía se siente culpable por lo de Marco y quiere cerrar la noche congraciándose lo más que pueda con Rita.

—De acuerdo —digo.

Honestamente, no me queda otra que aceptar.

Cogemos los coches y nos vamos a mi casa. Por el camino paramos a comprar ginebra y tónicas. No estoy segura de lo que puedo tener en casa tras la estancia de Marco.

—Yo me tomo una y me voy a la cama —anuncio—. Vosotras podéis quedaros el tiempo que os dé la gana.

Cumplo mi palabra. Estoy un poco cansada. ¿Serán los cuarenta llamando a la puerta? No... Es que llevo una semanita.

Tras tomarme esa copa, me despido de mi hermana y de Rita y subo a mi habitación. Parecen estar perfectamente. Mejor. Un problema menos. Me quito la ropa y me dejo caer en la cama antes de ponerme la camiseta. Si, como ahora, no hace frío, duermo con bragas y camiseta. Normalmente uso pijama. Si me da el punto Jane Austen (de vez en cuando) o tengo visita (casi nunca), uso camisón.

Me meto en la cama y apago la luz. ¿Qué querrá hacer mañana el señor Patterson? Por cierto, ¡qué guapa está Mari Wilson! ¿Qué edad tendrá? Enciendo la luz. Cojo el teléfono. Busco en internet. Sesenta años. Qué bien se conserva. Y juraría que no tiene bótox. Se le notaría. ¿Por qué las actrices se empeñan en ponerse bótox si después no pueden mover la cara? Por eso Meryl Streep se lleva todos los premios. Es muy expresiva. Yo, dentro de veinte años, quiero estar como Mari Wilson. Voy a dejar el teléfono cuando veo el icono de Twitter.

Lo abro.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 2h

@cardbofan Me gustaría conocerte en persona.

Eso no es una buena idea.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 2h

@cardbofan ¿Quieres venir mañana a un concierto conmigo? Iríamos con mi tía. Es Laura Parsons, la de Laura Parsons & Killing Moons! Me encantaría.

Creo que me he metido en un lío. Y ni siquiera he llamado a David para aclararle que Marco era el novio de Rita. Genial.

SÁBADO

*Saturday night, dance, I like
the way you move
pretty baby
it's party time and not one
minute we can lose
be my baby*
WHIGFIELD

—Esther. Esther, despierta.

Oigo la voz de Carol.

—Mmm... ¿Qué hora es? —digo sin abrir los ojos.

—Son las seis.

—¿Qué pasa?

—Mira lo que me ha hecho tu amiguita Rita.

¡Oh!

Me despierto al instante. Abro los ojos, me incorporo y me encuentro a Carol con un corte de pelo, si es que a eso se le puede llamar corte de pelo, parecido a un... a un... a un desastre.

—¡Ay, Dios...!

—Hay que ser hija de...

—¿Estás segura de que ha sido ella? —la interrumpo.

—Si te parece, me lo arranqué yo por la noche en un brote psicótico. O fue ella o fuiste tú. ¿Fuiste tú?

Pego la espalda al cabezal de la cama.

—¡Yo no!

—Pues entonces fue ella. Se va a enterar —añade mientras sale por la puerta de mi habitación.

—¡Carol, espera...!

Intento ir tras ella, pero lo único que logro es enredarme con las sábanas y darme de bruces con el suelo. Bendita moqueta. Me costó un riñón, pero ha resultado ser la mejor inversión de la casa.

La persigo escaleras abajo.

—Carol, espera, por favor. No vayas a hacer ninguna locura. Recuerda que eres madre de familia... numerosa.

—Eso, tú anímame —dice encarando la puerta de la calle—. Y tú diciéndome que le pidiese perdón. Si lo sé, me lo hago otra vez con el italiano.

—¡Carol!

Un portazo es lo que obtengo por respuesta. Estoy tentada de ponerme un abrigo y salir zumbando a por el coche. Por suerte, tengo un raptó de cordura y pienso en que hoy tengo que ir a trabajar al hospital. No me daría tiempo de ir y volver para vestirme. Ésa no es una opción. ¿Qué hago, chicas? Calculo que

tengo casi una hora antes de que Carol llegue hasta la peluquería de Rita. Sólo ha ido un par de veces, así que dudo que se sepa bien el camino. Me voy a lavar la cabeza, que me está empezando a picar.

Veinticinco minutos después estoy duchada, vestida y lista para ir a avisar a Rita. Se le ha ido la mano, es verdad, pero no quiero que ocurra una tragedia. Y en una peluquería hay un montón de objetos potencialmente peligrosos o susceptibles de ser usados como armas. Sin ir más lejos: planchas del pelo, botes de laca o montones de tijeras. Ahora que lo pienso, una peluquería es como una tienda de armas en versión femenina. Es adonde vamos a prepararnos para la guerra. Si me doy prisa, a lo mejor llego antes que ella.

Imposible. Cambio de plan. La llamo por teléfono.

—Centro de Belleza Rita Mott —contesta Rose.

—Soy Esther. Ponme con Rita.

Por favor que esté.

—Un momento. ¡Ritaaa...! Es Esther.

Unos segundos más tarde la tengo al teléfono.

—Dime.

—¿De verdad le has hecho eso a mi hermana?

—¿No pensaría que con decir lo siento y cogerme la mano ya estaba?

—¡Rita!

—Se tiró a mi novio.

—Era una relación abierta. Y cuando se acostó con él, era tu exnovio.

—Estábamos en el periodo de duelo, que es casi como seguir. Y te recuerdo que iba a perdonarle.

—La culpa es de Marco —le digo.

—Sí, claro, ella resbaló y se cayó encima de él. ¡Cómo no se me había ocurrido!

—Te lo pido por favor.

—De todas formas, ahora estamos en paz.

—Ella no piensa lo mismo.

—Precisamente ahora está aquí.

—¡Ya!

¿Ha volado o qué?

—Te voy a partir la cara —oigo decir a Carol por detrás.

Rita se aparta del teléfono. Oigo ruido, no sé muy bien qué pasa.

—Deja, Rose... No pasa nada. Puedes soltarla —parece que dice Rita.

Ahora la oigo mejor.

—Anda, siéntate aquí. Te estaba esperando. Ven, que te lo arreglo.

—No sé... ¿Por qué tendría que fiarme?

—Fue una pequeña venganza, nada más. Ya está. Si no quieres, nada. Lo dejo como está.

Un segundo de silencio. Oigo pasos.

—¡A ver qué haces! —replica Carol—. Menudo susto me diste.

—Ésa era la idea. Te lo dejé a medias a propósito —contesta Rita.

Quizá era ése el cambio que Carol necesitaba.

—Te dejo. Tengo trabajo —me dice Rita.

—¿No le irás a pintar el pelo de nada raro?

—Nooo, tranquila. Pásate después y te preparo para la tarde.

—Iré sobre las doce o doce y media. Gracias.

Cuelgo. Llegaré a la una.

Un día me va a dar un ataque al corazón. Desayuno lo que queda del Battenberg que compré el lunes antes de que le crezcan bracitos y salgo hacia el hospital. Un momento. Vuelvo a entrar y cojo el resguardo de la tintorería. Ahora sí. También tengo que llamar para que me traigan algo para la fiesta. Inicialmente, pensaba pasarme la mañana preparando cosas, pero, al tener que ir al hospital, no me va a dar tiempo. Me subo al coche. ¿Qué pongo? Pruebo la radio. Suena *Since Yesterday* de Strawberry Switchblade. Bonita. ¿Qué habrá sido de estas chicas? Luego le preguntaré a Carminho. Tengo que pensar qué voy a poner por la tarde. Puedo pasar a coger media docena de *muffulettas* al Lockhart y unos *baps* de huevo y mayonesa del Sandwich Box. No. La *muffuletta* es una bomba para los niños. Algo más ligero y que sirva para todos. ¡Claridge's! Sí, eso es. Espera: en Claridge's los *finger* sándwiches y el té son sesenta libras por persona. Y el menú infantil veinticinco por niño. A ver. Los niños y Patty, cien. Pido para dos. O sea, cincuenta. Bueno, tres. Setenta y cinco. Mayores. Mamá, papá, Laurita, Carol, Kerry, los gemelos, David, ¡¡¡David!!!

Doy un frenazo. El coche que viene detrás de mí se ve forzado a dar un volantazo para no chocar conmigo. Por poco. De regalo recibo un merecido bocinazo.

—Perdón. Perdón... Tiene razón... Lo siento.

Busco un lugar tranquilo y aparco para llamarlo.

¡Cómo se me ha podido olvidar! Supongo que ha sido el inconsciente. Pasé tanta vergüenza cuando vi a Marco en la ventana que creo que mi cabeza ha

querido eliminar ese momento de mi memoria y, de paso, se ha llevado a David con él.

Saco el teléfono del bolso y me armo de valor. Ojalá no lo coja. Aunque me incomoda mucho hablar con contestadores, hoy estaría encantada de dejarle un mensaje. Me resultaría mucho menos violento que hablar con él. No tengo suerte, descuelga.

—Hola... ¿Estás ocupado?

—No te preocupes, dime.

Parece bastante normal. Pensé que lo notaría más hostil o, por lo menos, decepcionado.

—Te llamaba porque... Bueno, mañana es mi cumpleaños.

—Lo sé. Y hoy es la fiesta. Para que vaya Patty, ¿no?

—Sí... También querría que vinieses tú.

—Gracias.

—Y quería aclararte lo del otro día en mi casa.

—No tienes que explicarme nada.

—En teoría, no. Pero quiero hacerlo.

—Me lo ha contado todo Laurita. No te preocupes.

—¿Ah, sí?

—Sí. A mí y a Patty.

Te debo una, hermanita.

No es que por enterarse de que el tipo era novio de Rita haya cambiado mucho su actitud. Creo que ahora se siente algo culpable, aunque no lo diga.

Suena a contradicción, lo sé, pero para que me siga odiando casi prefería que me viese como una mujer atractiva y deseable capaz de liarse la manta a la cabeza y echarse un novio italiano digno de un anuncio de Martini. No. No es verdad. No me gusta que tenga una idea equivocada de mí. Soy como soy. A veces meto la pata. A veces dudo. Vale, dudo muchas veces. Pero creo que soy una buena madre. Me desvivo por Patty y no soporto esta fase en la que está. Por Dios, que pase pronto la adolescencia.

—Debió de parecerse patético —le digo.

—Eeeeh... No —contesta—. Más bien me sentí un poco imbécil. Ya sabes lo que siento por ti. Pero qué le voy a hacer, estamos no-casados, ¿no?

Bufffff. Vaya pregunta.

—De momento, sí.

Necesito cambiar de tema cuanto antes. Ahora no puedo con eso.

—Bueno, te veo esta tarde. ¿Sabes que es un cumpleaños de disfraces?

—Tu hija va a estar encantada. ¿Vas a sacar alguno de sus antiguos disfraces del trastero? —Se ríe.

—No seas malo. No le digas nada de los disfraces. Que venga como quiera. Además, después va a ir con Laurita a un concierto.

—También me lo dijo.

—Una cosa. Le he dicho que por mí no había problema en que fuera. Lo que sí me gustaría, si no te importa, es que durmiera esta noche en casa.

—Por supuesto.

—Bueno, tengo que dejarte, que estoy parada en el arcén camino del hospital.

—¿Trabajas hoy?

—Sí, hijo, sí. Sólo por la mañana.

—Imagino. —Se vuelve a reír.

—Nunca se sabe. Nos vemos esta tarde. Adiós.

En cuanto cuelgo me doy cuenta de que de fondo han estado sonando *Here Comes Your Man* de The Pixies y *Nobody But You* de Lou Reed. Bueno, de Lou Reed y John Cale. Tengo que dejar de ser tan sugestionable y pensar que toda la música que oigo tiene algún mensaje especial para mí o voy a acabar majareta. Además, *Nobody But You* se la dedicaron a Andy Warhol después de muerto. Con *Here Comes Your Man* lo tengo más difícil. Parecía muy ad hoc.

¿Por dónde iba? Ah, los sándwiches. Voy a tener que pensar en otra alternativa porque Claridge's se me va de presupuesto aún repartiéndolos. Por cierto, ¿cerré la puerta con llave? No me acuerdo. A buenas horas. Ahora da igual.

Llego al hospital. Las ambulancias están todas paradas. Es curioso, los sábados por la mañana es uno de los días con menos ingresos hospitalarios. Los sábados y los días que hay algún partido de fútbol importante o alguna final de *Britain's Got Talent* o de *X-Factor* en la tele. Esos días parece que la gente no enferma. Da que pensar.

Me cambio y voy hasta el control. Por suerte para mí, a Carminho le toca guardia.

—Tenías razón: lo de Twitter ha sido un error —le digo nada más llegar—. O no. Quizá haya salido demasiado bien. El caso es que voy a dejarlo. El amigo invisible de Patty pasa a mejor vida.

—¿Qué ha ocurrido?

—Quiere conocerme en persona.

—Entraba dentro de lo posible.

—No tienes que hacerlo. *Remington Steele*. ¿Te acuerdas?

—Sí. Pierce Brosnan. Por cierto, está mucho más guapo ahora. Me encantó en *Mamma Mia*. Ahora, cantar...

—Pues eso. *Remington Steel*. Piénsalo.

—Por supuesto —le digo.

Lo cierto es que no sé qué es lo que ha querido decirme.

Después, en el baño, busco *Remington Steel* en la Wikipedia. Laura Holt (Stephanie Zimbalist) es una bella detective dueña de su propia agencia de investigación, pero, por el hecho de ser mujer, no consigue clientes.

Un clásico. Y sigue siendo casi igual treinta años después.

Para cambiar esta situación decide inventarse un ingenioso jefe masculino (también detective) llamado Remington Steele. Este cambio tiene el éxito esperado, llegando a convertirse en una afamada agencia de detectives. Es en ese punto cuando un desconocido (Pierce Brosnan) llega a la agencia y asume la identidad de Remington Steele.

¡Vale! ¿Pero quién? Una idea loca me viene a la cabeza.

—No. De ninguna manera —dice Carminho—. Es que aunque se lo propusiese no va a querer.

—¿No decías que querías que saliese un poco más? Pues saldrá, y encima sabrás lo que hace en cada momento. ¿Qué más quieres?

—Eso, incluso en el hipotético e improbable caso de que aceptase sólo por llevarme la contraria, lo echaría para atrás.

—Ofrécele dinero.

—Conozco a mi hijo.

—Dile que le doy cincuenta libras si va al concierto.

—Por eso, voy yo.

—Tú no me vales. Llámalo y convéncelo.

—¿Límite?

—Mi tranquilidad no tiene precio, pero procura que no abuse. Más de una semana a espaguetis con tomate no me sienta bien.

Le doy mi contraseña de Twitter para que se ponga al día y sigo trabajando. Me avisan de que alguien ha venido a verme. Espero que no sea Marco. En la entrada, al lado de la floristería, me encuentro con el señor Patterson parapetado tras un enorme ramo de flores.

—¿Qué hace aquí? ¿Se ha escapado del otro hospital?

—No se preocupe, no me van a echar de menos.

—Como le vean, lo mandan de vuelta.

—Le dije que venía a por las flores, ¿no se acuerda, enfermera?

Disimulando, si eso es posible al lado de este hombre, nos vamos hasta su jardín secreto.

—Espero que esta vez no haya robado otra ambulancia.

—Tranquila. No vamos a llevarlas a ninguna parte, vamos a entregarlas aquí.

—¿Qué?

—¿Recuerda que le conté que me había marchado de Londres dejando a la mujer de mi vida atrás?

—Sí. La del vestido que estropeó varias veces a propósito.

—Está en la habitación 323.

Ésa es la habitación de la madre de Juanito.

—¿La señora Wowden?

Creo que estoy empezando a fibrilar.

—La misma. Usted no se ha enterado de nada de lo que ha ocurrido esta semana, ¿verdad?

Como para hacerlo, con la semana que he tenido.

—El lunes, a primera hora de la mañana, después del desayuno, estaba fumando con los chicos cuando me pareció ver que la traían en una ambulancia. En un primer momento pensé que era fruto de mi imaginación. Demasiada casualidad. Habían pasado más de cuarenta años; lo más probable es que no fuera ella. Lo dejé pasar. Después, estaba ya arriba y no dejaba de darle vueltas, así que me fui a comprobarlo al control de enfermeras.

—¿Vale! Creíamos que se había escondido para no tomar su medicación.

—Eso fue casualidad.

—¿Por eso cogió la carpeta con los ingresos y se fue a las habitaciones? — pregunto.

—Quería verla.

—¿Y lo consiguió?

—No, estaría en quirófano, reanimación o lo que fuese. Pero averigüé en qué habitación iba a estar. La 323.

Muy listo.

—Decidí esperar al martes para intentar verla a media mañana. Su amiga estaba particularmente ubicua ese día y no me dejaba acercarme a ella. Siempre estaba merodeando cerca de la puerta.

Eso es porque había llegado Juanito, seguro.

—Así que tuve que esconderme en otra habitación para despistarla.

—Lo sé.

—¿Ah, sí? —Se sorprende.

—Fue justo antes de que nos encontrásemos en el pasillo. De hecho, salí detrás de usted. El doctor Kendall y yo estábamos en esa habitación haciendo la ronda.

Se extraña.

—No recuerdo haberles visto.

—Es que entró de espaldas. No vimos su cara precisamente.

Sonríe. Yo prefiero no acordarme.

—Admítalo, tengo un buen culo para mi edad.

Es incorregible. Me río.

—Yo quería verla —continúa—, pero usted me salió al paso. Y después apareció su amiga.

—Eso fue cuando vi a Juanito saliendo de la habitación.

—Y yo descubrí, como era de esperar, que ella no me había estado guardando ausencia todos estos años.

Me tiemblan las piernas. El señor Patterson podría haber sido el padre de Juanito. Bueno, de Juanito no. De lo que fuera. Me pica la cabeza.

—El chico es guapo. Ha salido a su madre. Era preciosa.

—Sí. He visto fotos. Era muy guapa.

—¿Le gusta mucho ese muchacho?

—¿Qué? —Toda la sangre de mi cara se concentra en mis mejillas.

—Se puso a tartamudear cuando apareció.

—Es una historia muy larga. Otro día se lo cuento. Hoy no tenemos tiempo. Se echa a reír.

—Por eso robó las flores el miércoles —le digo para que avance.

—Me alegro de que, al menos, eso lo haya deducido sin ayuda.

¿Cómo se puede ser tan borde?

—¿Y lo del traje?

—Quería contárselo a mi hijo y después ir a verla, pero ya sabe que no se presentó.

—Por eso fue a echarle la bronca a Harrods.

—Qué va. Eso se lo inventó usted y a mí me pareció una buena excusa. Sobre todo, de cara a sus jefes.

¡Es verdad! ¡Se lo dije yo! Siempre me pasa lo mismo.

—Trabaja en una cafetería cerca de los Kew Gardens. Que le den por no

haber venido. Él se lo pierde. Lo que ocurrió es que esa tarde estuve pensando qué hacer y decidí mandarlo todo a paseo.

—Entonces, ¿a qué fue a Harrods?

—¿A qué demonios iba a ir? Piense, enfermera.

Me encojo de hombros.

—A por un anillo de compromiso con una joya tamaño pelota de golf.

Me pica la cabeza como si tuviera tiña. ¡Dios mío, va a declararse a la madre de Juanito!

—¿Y por qué la ambulancia? No entiendo. Podía haber ido en un taxi.

—Bah, eso fue por fastidiar. Ja, ja, ja.

Suspiro.

—No sé si es buena idea —le digo—. La señora Wowden ha sufrido una embolia y, aunque está bien, no sé si es el momento adecuado.

—Sí, claro, no se preocupe, puedo esperar otros cuarenta años a ver si mejora. Hágame un favor y deje que sea ella la que decida. Ya es mayorcita.

—Escuche, no sólo es la embolia. No sé si lo sabe, pero está en una silla de ruedas desde hace treinta años. La conozco desde que era niña.

—Por lo menos, ahora sé que no saldrá corriendo al verme.

—Señor Patterson...

—La quiero. La he querido toda mi vida y es mi última oportunidad. Si me manda a paseo, perfecto; pero si no...

¿Qué puedo decir ante eso?

—¿Qué quiere que haga?

—Primero: hay que sacarla de la habitación.

De eso se encarga Claire, una compañera. Le cuento la historia y no se puede resistir. Una vez que la señora Wowden está fuera, el señor Patterson y yo comenzamos a subir las flores.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta Carminho anonadada al vernos pasar.

—Luego te cuento. ¿Has hablado con tu hijo?

—Sí.

—¿Qué dice?

—Cien.

Es como si me clavarán un puñal en el estómago.

—Uauuu... ¿Cien libras? ¡Dios! Creo que voy a tirarme debajo de un autobús.

—Me lo imaginaba. Le digo que no —responde Carminho echando mano al móvil.

—¡Espera! Dile que sí. Quiero una interpretación de Oscar.

—Te saldría más barato llamar a Sean Connery. Y ojo con eso —dice por las flores—. Al final tenían razón, fue él.

—Sí, fue él, pero no es lo que crees. Después hablamos.

Una vez que hemos terminado de trasladar todas las flores, nos dedicamos unos minutos a colocarlas bien. La habitación termina pareciendo un vergel oriental. Saco el móvil y hago una foto. Dejo allí al señor Patterson y voy a buscar a la señora Wowden. Estoy nerviosa. Intento que no se me note. La recojo en la sala de visitas y la conduzco de vuelta a la habitación.

—Me habían dicho que tenía una visita —me dice.

—Y así es.

—Pues no ha venido nadie.

—La está esperando en su habitación.

—¿No sabes quién es?

—Creo que un viejo amigo —respondo.

Abro la puerta empujándola con mi espalda para que el efecto de la sorpresa sea mayor. Cuando giro la silla y contempla al señor Patterson en medio de la habitación completamente llena de flores, se queda muda.

—Hola, Maggie.

—Charles —es lo único que acierta a decir.

—Ha pasado algo de tiempo desde la última vez, pero sigues estando tan guapa como entonces.

Los dejo solos.

Voy hasta el control y les cuento a las chicas lo que ha pasado.

Termino mi turno y salgo del hospital cargada de energía. No sé cuál ha sido el resultado de la declaración del señor Patterson. De hecho, cuando me he ido, aún seguía en la habitación. Cuarenta años dan mucho para hablar. En cuanto a mí, es como si hubiese recibido una inyección de felicidad. El día de la endorfina. Hasta tengo la sensación de que hay menos nubes y hace calor.

Paso por la tintorería a buscar el traje. Está perfecto y huele a nuevo. Sonrío a todo el mundo. Miro la hora. Se me está echando la tarde encima. Voy hasta Claridge's y me gasto un dinero que no tengo en la mejor merienda de té de todo Londres. ¿Quién dijo miedo? No escatimo. La visa, dolorida, protesta. Son cuarenta años. Hasta los cincuenta no vuelvo a celebrar nada. Fundamentalmente, porque voy a estar pagando los excesos de esta semana.

Toca ir a ver a Rita. No he tenido noticias de Carol, por lo que imagino que

todo habrá ido bien. Genial. ¿He dicho ya que estoy muy contenta?

En la peluquería todo va como la seda.

—No quieres que te corte, ¿verdad? —dice Rita.

Layla se ríe en bajo.

—No, por favor. Haz lo que puedas con el pelo tal como está.

—Pues tu hermana se marchó encantada —comenta Rose desde el fondo.

—Me alegro por ella.

Rita sonrío.

—Y por ti —le digo.

Al terminar, Rita se da un golpe de peine y se viene conmigo para ayudarme a prepararlo todo. No hay nada como ser jefa.

En casa (por suerte había cerrado la puerta) preparamos las bandejas con los sándwiches. Son caros, pero quedan preciosos. Y los cupcakes de los niños. Va a dar pena comérselos de lo bonitos y coloridos que son. Toca vestirse. Ahora sólo faltaría que el disfraz de Diana no me sirviese. Por suerte, me queda bien. No perfecto. Entre mono y discreto. Para lo que es, vale de sobra. ¿De qué se habrá disfrazado Rita? He olvidado preguntárselo. Lo descubro pocos minutos después cuando la encuentro sirviéndose una copa.

—Ana de Inglaterra, ¿no es un poco pronto para eso? —le digo entre risas.

—Es un sacrificio en aras del atrezo perfecto.

Yo también me sirvo una. Brindamos. Suena el timbre.

Llegan mis padres acompañados de Laurita. Mi madre, como era de prever, viene vestida como la reina Isabel y Ted, disfrazado del príncipe Felipe. Me encanta Diana y todo lo que tiene que ver con ella, es verdad. Y en su momento me pareció una idea simpática esta ocurrencia de mi madre. Viéndola ahora tengo la sensación de que, en el fondo, no lo hizo sólo por mí. Los saludo y me paro con Laurita, que se ha disfrazado de Zara Phillips, con una casaca muy parecida a la que lució cuando la distinguieron como miembro de la Orden del Imperio Británico.

—Estás guapísima —le digo.

—Y me vale para ir al concierto después. Felicidades, Esther.

—Gracias, hermanita. Y gracias por llamar a David. Se me había pasado.

—De nada. Me alegro de que te guste mi elección.

—No sé qué tal le va a parecer a Rita. Viene disfrazada de tu madre.

Laurita se ríe.

—Eso se arregla con una copa en familia —dice, riendo.

—¿Otra más? —respondo—. Ten cuidado, hace rato que ha empezado.

Mi madre se acerca. Me entrega un sobre.

—No sabíamos qué comprarte.

—¡Pero, mamá!

—Es lo mismo que a tus hermanas. Cógelo.

No discuto. No sirve de nada. Me ayudará a mitigar mi deuda con Visa.

—Gracias.

Le doy un beso a ella y otro a Ted y les envío a la cocina a servirse algo. Laurita me da otro sobre.

—Como se te ocurra darme dinero te lo tiro a la cara.

—Me encantaría poderte regalar pasta. ¡Qué va! Son dos entradas para ver a Culture Club. Se han vuelto a juntar para hacer una gira estas Navidades.

—¿Con Boy George?

—La formación original al completo. Jon Moss incluido —dice guiñándome un ojo y con sonrisa maligna.

Eso es porque Moss y Boy George tuvieron una tórrida historia de amor en los primeros años de la banda, cuando Moss, que ya había estado casado, tenía novia. De hecho, se cree que la mitad de las letras de las canciones de sus dos primeros discos están dedicadas a él. *Do You Really Want to Hurt Me?*

—Muchísimas gracias, de verdad. No los pude ver en la época.

—Sabía que te gustan. Me hubiera encantado haberte conseguido otra para Kate Bush, pero mis contactos no llegan a tanto.

—Es perfecto. Venga, vamos a tomar algo.

A los diez minutos llega Carol. Viene disfrazada de Sarah Ferguson. Muy bueno, hermana. Menos mal que no está aquí Marco o le propondría ir arriba y chuparle el dedo gordo del pie. Cada vez que pienso en aquellas fotos.

Suena el timbre.

—Ya abro yo —dice Carol, que se encuentra junto a la puerta.

Mi sorpresa es mayúscula cuando veo que entra Doreen vestida como Camilla Parker, peluca incluida. Reconozco que esto no me lo esperaba. Saluda a mis padres y se me acerca. Rita se le suma por el camino.

—Feliz cumpleaños, querida.

—Gracias, jefa. Que sepas que casi no llego a mi propio cumpleaños.

—Así la próxima vez pondrás más empeño en estar a tu hora en el trabajo.

—No fue culpa mía.

—¿Ya estáis hablando de mí? —dice Rita—. Venga, Doreen, dale el regalo.

Me entrega un paquete de tamaño mediano envuelto en un papel precioso.

—Es de las dos —aclara Rita.

Lo abro con cuidado. ¡No! ¡No puede ser! Sanderson's. El corazón se me acelera. Destapo la caja y allí están: un flamante par de zapatos modelo Isolde.

—¡Os quiero! Unos Isolde...

Las abrazo como una posesa.

—Es el mejor regalo de mi vida. Estáis locas.

—Un poco sí —responde Rita—. Ya me los dejarás algún día.

—Claro. Y a ti también —le digo a Doreen.

—Difícil, no tenemos la misma talla.

—No sufras —añade Rita—. Se compró un par.

Eso es poderío.

Levanto la vista y no puedo contener la risa. Delante de mí está Carminho, vestida con el típico traje de chaqueta de Margaret Thatcher, el pelo a lo afro y los brazos en jarras.

—A lo mejor algún día Big Mama Thatcher, el reverso laborista de la Dama de Hierro, llega al poder y salva a este país —dice mientras sonrío—. ¡Dame un abrazo!

Imposible no quererla. Más con esa pinta.

—Remington Steele está de nuevo en antena —me susurra al oído.

Con la disculpa de servirle algo de beber me la llevo a la cocina.

—¿Tienes el teléfono?

—Sí.

—Mira el Twitter —me dice.

Lo abro y veo un par de mensajes míos. ¿Cómo que míos?

Yanda Yotsuba @cardbofan 2h

@thedanboardgirl Me apunto al concierto.

The Danboardgirl @thedanboardgirl 2h

@cardbofan ¡Eh, qué bueno! No te preocupes por la entrada. Mi tía tiene pases VIP.

Yanda Yotsuba @cardbofan 2h

@thedanboardgirl Mola tu tía. ¿Dónde quedamos?

The Danboardgirl @thedanboardgirl 2h

@cardbofan ¿Te importa pasar por el castillo de Maléfica? Es más fácil que en la puerta. Después te llevamos o lo que sea.

Yanda Yotsuba @cardbofan 2h

@thedanboardgirl Ok. Mándame el googlemap.

¿Va a recogerla aquí? No salgo de mi asombro.

—Le di tus contraseñas a Joao —me aclara Carminho—. Ahora los dos

podéis enviarle mensajes y leerlos. Ten cuidado, es muy fácil meter la pata en algo así.

—Vale, vale. ¿Necesitas que te preste uno de los muñecos de Amazon para hacer más fotos?

—¿Tu hija no lo echará en falta?

Es verdad. Carminho, como siempre, está en todo.

—Joao ha comprado uno en Japón. Treinta libras con envío.

—Por cien libras, el servicio debería incluir el muñeco —digo.

—El servicio de hoy es mi regalo. El muñeco lo pagas tú.

Oigo jaleo en el salón. Ha llegado Kerry con los niños.

—Vamos —le digo.

Saludo a Kerry, que viene disfrazado de Andrés, y a los niños. Me comenta que los gemelos tenían no sé qué compromiso y no pueden venir. Que después me llamarán. Eso no hay quien se lo crea. Están en la edad, así que no se lo tengo en cuenta. Carol se acerca. Viéndolos juntos, disfrazados de Andrés y de Fergie, no sé si ha sido tan buena idea lo de la fiesta de Diana.

Kerry me da un regalo de parte de toda la familia: es un vestido que había elegido Carol antes de la espantada. Es una monada. Les doy las gracias a los dos y los dejo solos para que hablen.

Me tomo un *finger* sándwich de *chutney* de tomate en pan de cebolla, riquísimo, mientras observo a todos a mi alrededor. Los cumpleaños, como algunas cenas con amigos, tienen ese extraño aire de polaroid de tu vida. Mirando a mi alrededor me doy cuenta de que realmente no tengo muchas amigas. Echo en falta a un par de ellas que ahora no viven en Londres y a las que hubiera puesto en un compromiso al invitarlas. Las tres que están son, junto a mis hermanas, mi núcleo duro. Mi centro de gravedad. No son muchas, es verdad, pero creo que son buenas. Y mi familia. Bueno, están todos, ¿no? Incluida mi renegada hija.

Veo llegar a Juanito. No me lo esperaba. Viene de traje. Le sienta como un guante. Qué guapo es y qué guapo está. En mi cabeza comienza a sonar *Whatta Man* de Salt-n-Pepa. Miro a Carminho e inmediatamente me acuerdo de que la cantaban con En Vogue. Dios mío, tengo un montón de reflejos condicionados. Debería hacérmelo mirar. Juanito se acerca. ¿He dicho que le sienta bien el traje? La música sube en mi cabeza. Me estoy poniendo roja, lo noto. No sé si ponerme a bailar al ritmo de la música o meter la cabeza bajo el fregadero para enfriarme.

—Juanito... —suelta mi madre, que aparece de la nada rompiendo la magia.

La música desaparece.

—Me dijeron que tu madre está ingresada. A ver si me puedo pasar a verla. Un clásico. Al final no irá.

—No se preocupe. Le dan el alta el lunes.

A eso le llamo yo clavar una puñalada con finura.

Los dejo hablando y me voy a tomar algo. El sofocón ha hecho que me entre sed. De repente, veo llegar a Patty acompañada de David. También viene de traje. Y también está muy guapo. Se reanuda la música en mi cabeza. Un momento. Aquí hay algo raro. Miro a Juanito y vuelvo a mirar a David. ¿Llevan el mismo traje? Y de sopetón me doy cuenta: los dos han venido disfrazados de Carlos de Inglaterra. ¡No puede ser! ¿Qué quiere decir esto? ¿No deberían haber sido dos Dodis en vez de dos Carlos? ¿O un Carlos y un Dodi? No. ¿Cómo te disfrazas de Dodi?

Patty, cómo no, viene vestida de calle. No sé si tomármelo como un ataque más de la guerra que me ha declarado o pensar que como después va a ir al concierto con Laurita sería un engorro tener que cambiarse. Vamos a imaginar que es por lo segundo. Por un momento estoy tentada de ir al trastero, desempolvar el disfraz de piña (lo guardo casi todo de ella) y traérselo. Voy a ser buena. Me acerco a saludarles.

Patty, de mala gana, me entrega un regalo.

—Felicidades.

Me lo da. De propina, me obsequia con un beso de compromiso.

—Gracias. Acuérdate de que hoy duermes aquí.

Asiente y se aleja.

Abro el regalo. Es un CD de Plan B. *The Defamation of Strickland Banks*.

—La historia de un cantante famoso con divorcio tortuoso y posterior caída a los infiernos, acusación falsa de asesinato incluida, contada en trece canciones. Muy sutil.

Por lo menos es un buen disco.

—Ni caso —me dice David, intentando que no me lo tome mal.

Me entrega el suyo.

—Felicidades.

—Estás muy elegante y muy guapo.

—Gracias. Creo que hay sobreabundancia de príncipes Carlos —dice con humor.

—Cada uno podía venir de lo que quisiera. No sabía que Juanito iba...

—No pasa nada —me corta—. Ábrelo.

Abro el regalo. Un anillo con un diamante precioso. A todas luces, por encima de sus posibilidades.

—Te has pasado.

—Sí, pero te lo mereces. Decidas lo que decidas, quería que tuvieras un anillo que te hubiera dado yo. Uno que te pudieras poner siempre.

Eso me ha llegado. Asiento emocionada.

—Anda, ve a tomar algo o las pirañas de mi familia van a acabar con todo —le digo.

Como sigamos así un par de minutos más voy a echarme a llorar y no debo.

David se va a la cocina. Me acerco a rescatar a Juanito.

—¿No le estarán dando genéricos? No se los des —oigo decir a mi madre—. Por mucho que digan, no son lo mismo. A mí me van fatal.

La ha pillado gorda con los genéricos.

—Mamá, ¿me lo dejas un momento?

—Perdona, hijo, soy una pesada —se disculpa—. Voy a ver a Ted. No quiero que beba mucho, que después tiene que llevarme a casa.

—Mamá, Ted era policía. No creo que vaya a saltarse los límites de velocidad.

—¡Ah, si tú supieras! —me interrumpe—. Dale dos copitas y ya verás... Divertíos.

Se aleja.

—Lo siento.

—No te preocupes. Es muy graciosa. Te he comprado un detalle.

Me entrega un pequeño estuche.

—A ver si te gusta.

Espero que no sea otro anillo como el de David. Me puedo convertir en un surtidor. Me peleo un poco con el papel de regalo. Los nervios con Juanito siempre me traicionan. Resultan ser unos pendientes muy bonitos.

—Tengo que cumplir cuarenta más a menudo. Zapatos, anillos, vestidos, pendientes... ¿Os habéis puesto de acuerdo?

Juanito sonrío.

—Al final creo que no me voy a ir —suelta.

—¿Adónde?

—A los Emiratos. Me ha llamado mi madre hace un rato y me ha dicho que no quiere que me vaya. Que tiene que contarme algo muy importante y quiere que me quede aquí los próximos meses.

¡Dios bendiga al señor Patterson y su obstinación!

—Dime la verdad, ¿le han descubierto algo?

Empiezo a sonreír tan intensamente que me duelen los labios de lo tensos que se me han puesto. Debo de parecer el Joker. Me da igual.

—Está perfectamente. El lunes se va para casa. Si quieres, pregúntale a Kerry.

—Si no te importa, voy a ir a hablar con él. Me he quedado un poco preocupado.

Muerto te vas a quedar cuando te enteres de lo que pasa.

Juanito se acerca a Kerry y a Carol. Me quedo pensando en el señor Patterson. De repente, veo entrar a Diolinda. ¿Qué está haciendo aquí? Mira a su alrededor y me ve. Me saluda. Correspondo de forma mecánica. Ruego por que no haya pasado nada con su exnovio. ¡Qué lata dan los exnovios últimamente!

—¡Hola! Feliz cumpleaños —dice mientras me da un paquetito—. No es mucho, pero hasta que me paguen la indemnización ando un poco apurada.

Me quedo helada. Esto de verdad no me lo esperaba.

—G-gracias... No hacía fal-ta —balbuceo.

—Quería haberte dado las gracias ayer, a la salida del juzgado. Me encontré con tu amigo... —señala a Juanito— y me dijo que hoy era tu cumpleaños. Pensé que era buena idea. Espero que no te parezca mal.

—Qué va, qué va.

Y yo pensando que era una desagradecida. Decir que estoy avergonzada es poco. Abro el regalo. Es un colgante precioso.

—Es una monada. Muchísimas gracias. De verdad que no hacía falta.

Estoy emocionada. Le doy un beso.

—¿Has vuelto a saber del armenio?

—De momento, no. Debe de estar furioso por lo que le dijo el juez.

Nos reímos recordando su declaración en el juicio. Juanito se acerca a saludarla. Yo lo miro y le hago un gesto con la cabeza dándole a entender que menuda sorpresa me ha dado. Sonríe.

Llaman a la puerta. ¿Quién será ahora?

Es Joao. Nunca lo había visto, ni siquiera en foto. Ahora que lo pienso, Carminho no suele enseñar fotos de su familia. Es mulato, de estatura media y muy guapo.

—Se parece al difunto de su padre —me dice Carminho al oído.

Viene hasta nosotras. Finge no conocer a su madre.

—Hola, ¿está Patty? Venía a buscarla.

—Hola. Yo soy su madre, Esther.

Le ofrezco la mano. Me la da.

—Maléfica —le digo en bajo.

Se estremece. Lo noto por su mano.

—Compórtate normal y, cuando llegues a casa, me mandas un mensaje con todo. ¿Tienes mi teléfono?

Mira a su madre. Carminho asiente con un golpe de pestañas. Un día de éstos voy a probar a ponerme pestañas. Es lo que se lleva. Ochenta libras en la peluquería de Rita.

—Vale —me dice.

Ahora los chicos todo lo arreglan con vale, mola y guay. Y si algo no les gusta: déjame, paso y no mola. Por lo menos es fácil.

Patty se acerca, está nerviosa. Es la primera vez que lo ve. Creo que la primera impresión que se ha llevado es buena.

—Hola —saluda—. Soy Patty.

—Hola, yo soy Joao.

—¿No os conocíais? —Finjo sorpresa.

—Por internet. Mucho.

Mucho, dice. Qué valor.

—En persona es la primera vez que nos vemos. Me gusta tu camiseta —le dice dando por terminadas las explicaciones.

Joao lleva una camiseta de Totoro.

—Voy a avisar a mi tía y nos vamos —añade Patty.

Se van a por Laurita. Patty le presenta a Joao. Laurita me hace un gesto dando a entender que me quede tranquila y se marchan.

—¿La estaré liando más? —pregunto a Carminho.

—Nadie puede saberlo. Caro, seguro que va a ser.

Carminho, como siempre, da en el blanco.

—¿Una copa? —es mi respuesta.

Media hora más tarde estoy sentada entre mi madre y Carol, que hablan de algo de lo que hace rato he desconectado. Rita está poniendo música. Carminho y Diolinda están hablando con Juanito, y Doreen con David. Los dos hombres están casi espalda con espalda. Los observo y me pregunto: ¿cuál? ¿Cuál es el más adecuado para mí? ¿Y cuál es el hombre de mi vida? ¿Lo son los dos?

Por un momento pienso como Rita. ¿Y si pudiera fundirlos en uno? A lo mejor salía el hombre perfecto. ¡Marco! ¿Qué hace Marco aquí?

Me levanto como si tuviera un resorte y voy directa a por él. No pienso dejar que arruine también mi cumpleaños. Ya he tenido bastante esta semana.

Rita me sale al paso.

—Espera. Lo he llamado yo.

—¿Por qué?

—Le he perdonado.

—¿Otra vez?

—Sí.

—Insisto: ¿por qué?

—Ven aquí.

Hace un pequeño aparte conmigo.

—Es temporal. Una prórroga. Hasta que encuentre algo mejor. Encima de engañada, ¿me voy a quedar sin nada por un ataque de dignidad? ¡Venga ya! ¿Por qué me voy a castigar yo también? Cuernos, sí, pero por lo menos que me dé un poquito de alegría.

—Hay más tíos.

—Tú sales poco. Lo que hay cada día son más gays. Cuando encuentre uno que respete mis reglas, adiós, Marco.

Es una forma de verlo. No la mía, desde luego, pero si a Rita le vale...

—Ahora, le he dicho que en mi casa no se queda. Que se busque una pensión o lo que le dé la gana. Y le he dado una lista de mis amigas.

—¿Una lista?

—Con foto. Para evitar problemas.

Si me lo cuentan, no me lo creo.

Se nos suma Carol, alarmada.

—¿Qué hace ése aquí?

—Tranquila: está todo bajo control —responde Rita.

Marco se acerca a saludar.

Me da un regalo. Es comida, aunque no sé muy bien qué es.

—*Bresaola di Lombardia. La migliore d'Italia.*

Se me acerca.

—En confianza, deberías revisar la nevera, *cara*. Tienes mucha cosa caducada.

Aprovechando el momento, Carol decide huir. Se refugia con mis padres. Yo llevo la *bresaola* a la cocina y a la vuelta me paro con Rita y Carminho. Han pasado apenas un par de minutos y Marco ya está tonteando con Diolinda.

—¿Qué? ¿No le vas a decir nada? —pregunto a Rita.

—Ésa no me importa. No sé ni quién es.

—Se llama Diolinda. La he conocido hace poco. Acaba de salir de una relación terrible. Su exnovio le pegaba.

—Qué barbaridad.

—Yo le cortaba las manos —suelta Carminho.

—Marco no es precisamente lo que necesita —le digo a Rita.

—Es infiel, pero en lo demás es estupendo. Detallista, atento, cariñoso, cocina bien... Cantar... —Se lo piensa—. Tampoco.

—Lo sé. Aun así.

Se me ocurre una idea.

—¿Te gustaría darle una lección?

Rita se ríe, eso es un sí.

—Pues dile que esta noche te duele la cabeza y mándalo a casa. Yo me encargo del resto.

Diolinda se aparta de Marco. Se despide de Juanito y después de mí. La acompaño hasta la puerta y, después, voy a por el italiano. Mantén la calma y no pestañees.

—Te voy a decir una cosa en confianza —le digo—. A Diolinda no le vendría mal que alguien la sacara a dar una vuelta.

Marco me mira y levanta una ceja.

—¿Quieres volver a verla? —continúo echando el sedal.

—¿Por qué haces esto? —me pregunta extrañado.

—Porque es mi cumpleaños, me siento generosa y sé que a Rita no le va a importar.

A ver si cuele.

—De todas formas, es mejor que no sepa nada —responde Marco—. Aún está un poco enfadada y para qué molestarla con tonterías, ¿no?

Tonterías, dice.

—¿Me das su teléfono?

—Mejor. Su dirección. 15 de Henrietta Street. Al lado del Drury Lane. A las nueve debería estar en casa.

—*Grazie mille*.

Me doy la vuelta y hago una discreta seña a Rita, que se acerca.

—Nos vamos. Me está empezando a doler la cabeza —dice con gran convicción.

Si no tuviera la certeza de que miente, me lo habría creído a pies juntillas. Sobre todo, por lo mucho que ha bebido.

—Se te ha ido la mano con la ginebra, querida —le digo, por darle credibilidad.

—Eso es imposible. Soy de la realeza. Habrán sido esos sándwiches raros. No había ni uno solo de mostaza y *beef*, te informo. Marco: llévame a casa.

—¿No te apetece ir a dar una vuelta por el Soho? Es temprano.

Es un profesional.

—Tú haz lo que quieras. A mí déjame en casa tranquila.

—¿Qué pena! —responde Marco.

Tiene un brillo en los ojos que reconozco. Es el *Eye of The Tiger* que cantaba Survivor en *Rocky 3*. Esa mirada me trae a la memoria una carrera por la cocina y la sensación de mi mano aterrizando sobre los sándwiches fríos y su resbaladizo relleno. Por no hablar del momento en que lo recibí en mi habitación espatarrada en el suelo, o cuando al día siguiente le pedí que me esperara en mi cuarto. Pena no haberlo enviado al desván.

Rita se despide de todos los invitados. Kerry aprovecha la marcha de Rita para irse también y llevarse a los niños. Se despide de Carol con indisimulada tristeza y creo que sin rencor. Mis padres aprovechan la desbandada para irse. Al final, va a tener razón mi madre y Ted no es tan estricto como parecía. Lo noto un poco achispado. Les propongo dejar el coche en mi garaje y pedir un taxi. Ted se niega en redondo. Mi madre, por no armar lío (raro en ella), consiente y se marchan.

Me acerco a Carol. La noto ausente.

—¿Cómo estás?

—Hemos hablado. Me ha dicho que siente lo del otro día.

Asiento. Es un buen principio.

—Me he dado cuenta de que el problema no es con cuál de ellos quiero vivir. El problema es que no sé cómo quiero que sea mi vida.

—Entiendo.

—De momento sé lo que no quiero.

—Es un progreso.

—He decidido estar sola un tiempo.

—¿Te quedas en casa de mamá?

—Voy a buscar algo pequeño y barato.

—Tienes mi casa a tu disposición.

—No, gracias. Sola es sola. Y se lo quiero decir a los niños.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Lo ha encajado bastante bien. ¿Soy una egoísta?

—No. Ahora estás tratando de ser honesta.

Le doy un abrazo.

Poco después, Carol se marcha. Doreen y Juanito se acercan. Juanito también se va.

—Muchas gracias por la invitación —me dice.

—A ti por venir.

Me da un beso y otro a Doreen.

—El lunes nos vemos.

Lo veo marcharse.

—Sigue teniendo un señor culo.

—¡Doreen!

—¿Qué pasa? ¿Es mentira?

—Estás desatada. Vamos a tomar algo.

Nos quedamos solas Carminho, Doreen y yo. Es el momento de relajarse. Pongo *Come On Eileen* de los Dexy's Midnight Runners a todo volumen y las tres acabamos bailando y gritando *Too-ra-loo-ra, too-ra-loo-ra aye...* Es un momentazo. Seguimos con repertorio ochentero.

Tres horas más tarde llega Patty acompañada por Joao. Laurita saluda desde fuera y se va sin llegar a entrar. Tiene prisa. Debe de haber quedado con alguien.

—Buenas noches —dice Joao al entrar.

—Hola —es el saludo de Patty.

—Yo me piro —le dice Joao a Patty.

—Vale. Hablamos y eso...

Patty tiene ganas de darle un beso de despedida. No se atreve porque:

1. Estamos delante.

2. No quiere demostrar sus sentimientos.

Y 3. Es su primera salida juntos y teme darle unas esperanzas que a lo mejor en el corto plazo no se confirman.

—¿Qué tal el concierto? —pregunto.

—Bien.

Lo ha pasado más que bien. Se lo noto. En algunas cosas se parece a mí. Y ahora sé sin lugar a dudas que acaba de vivir una noche especial. Qué pena que no la quiera compartir conmigo. Bueno, ahora que lo pienso, yo tampoco las compartía con mi madre. Lo hablaba todo con Rita. Y algunas cosas, pocas, con Carol.

—Me voy a la cama —dice Patty.

Nos da un breve beso a todas y desaparece escaleras arriba.

—Yo me voy también —anuncia Carminho—. Mañana es domingo, pero hay cosas que hacer. Además, estoy muerta de la guardia.

Las palabras de Carminho son medias verdades para enmascarar que Joao la está esperando a pocos metros de mi portal para que lo lleve a casa.

—Gracias por todo. Nos vemos el lunes —termina diciendo.

—Llévate algunos sándwiches, por favor —le ruego—. Casi nadie ha comido y, si no, se van a estropear.

—Envuélvelos en un paño húmedo y el lunes los comemos. Ahora no puedo y mañana toca sopa para limpiar los excesos. Adiós, jefa —se despide de Doreen.

—Buenas noches —contesta.

Me quedo a solas con Doreen. Diana y Camilla. Qué casualidad. No sé si eso llegó a suceder alguna vez. Tengo que investigarlo.

—Ya es hora de que yo me vaya también —dice Doreen.

—Toma la última y, si quieres, te vas —respondo.

—Está bien, un *gin-tonic*. Cortito.

—Perfecto.

Me pongo a prepararlo.

—Oye, Esther, ¿tú sabes algo de qué es eso tan importante que le quiere contar a Juanito su madre?

Se me escurre un hielo entre los dedos que cae al suelo y sale disparado patinando por el parqué.

—Te cuento una cosa si me prometes que no te vas a enfadar.

—Es mucho prometer —me dice Doreen.

—Pues te quedas con las ganas.

—Está bien. Adelante. Lo prometo.

Le preparo la copa y me sirvo otra a mí. A continuación, le relato lo ocurrido en el hospital por la mañana.

—¡Maldito Patterson! —suelta cuando termino—. Si lo sé, hago que lo manden a la isla de Man.

—Doreen, es una historia bonita.

—Robó una ambulancia por deporte.

—Acostúmbrate. Creo que lo vamos a tener por aquí una temporada.

Una hora después me acuesto.

Echo un ojo al teléfono. Tengo un mensaje de Joao en el que me cuenta que

el concierto estuvo fenomenal y que no le va a costar mucho el trabajo. Costar, me va a costar a mí. Patty le cae bien y tienen bastantes cosas en común.

No sé si habré abierto la caja de Pandora. Tiempo al tiempo. Parece que se van a llevar bien. Ojalá esto la calme y averigüe si le pasa algo más. Joao tiene pinta de buen chico. En fin. Hora de dormir. Si me he olvidado de algo, queda para mañana.

Cuarenta... mi madre.

**DOMINGO
(OTRA VEZ)**

*All I want is the best for our lives my dear,
and you know my wishes are sincere.*

What's to save for the days I cannot bear

A Sunday smile we wore it for a while.

A Sunday mile we paused and sang.

A Sunday smile we wore it for a while.

Beirut

Me despierto. Es temprano. Quizá sean las siete o las ocho. Es lo mismo. No me levanto. Me quedo en la cama sin hacer nada al menos media hora más. Disfrutando de la tenue luz que se cuelga por las rendijas de la persiana (un día de éstos tengo que cambiarlas) y del noble arte de buscar reflejos en el techo.

Después me espera una larga y tranquila ducha. Salgo como nueva.

Voy a la habitación de Patty. Aún duerme. Me siento a su lado y la contemplo como hacía cuando era pequeña. Le acaricio el pelo con cuidado de no despertarla.

Bajo a desayunar. Abro la nevera. Veo lo que ha sobrado de ayer. Creo que voy a terminar aborreciendo los sándwiches del Claridge's. Al final, cojo sólo uno de *chutney*. Lo sé. Soy de ideas fijas.

Preparo un té.

Enciendo el teléfono. Tengo un mensaje de Rita. Llamo a mi buzón de voz.

—Esther, soy Rita. Estoy en el hospital. A Marco le ha partido la cara un energúmeno que parecía el increíble Hulk. Llámame cuando puedas.

Lo hago al instante.

—Acabo de oír tu mensaje. ¿Cómo está?

—Nada grave. Creo que le han roto la nariz, pero no es seguro. En el fondo, le está bien empleado. ¿Este era tu castigo?

Me río.

—Un poco. No pensé que le fuera a dar tan fuerte. ¿Sabes qué ha pasado con el otro tipo?

—Se lo ha llevado la policía. Creo que le va a caer una buena. Al parecer, tenía antecedentes.

—Desde hace dos días. El juez se va a poner muy contento de volver a verlo.

—Voy a ocuparme un poco de Rocky Balboa. Después te llamo. Te quiero, Esther Lucas.

Cuelga.

Enciendo la radio, están con las noticias deportivas. Me entero de que Juanito ha roto definitivamente con los árabes y está buscando un club en Inglaterra. ¿Sonarán campanas de boda en la familia Wowden? Ya veremos.

Me sirvo el té. Apago la radio y pongo música. Abro las ventanas y salgo a la puerta de la calle. Me siento en el escalón de entrada con mi taza mientras

de fondo suena la versión de Lick The Tins de *Can't Help Falling in Love* de Elvis.

La señora Byrne y su marido salen a pasear. Los saludo. Por un momento, me dan ganas de colarme en su casa y cambiarle todas las pinzas. Un día de éstos lo hago.

Puede que los cuarenta sean los nuevos treinta. O puede que no. Ya se verá. Desde luego, para mí, no podían haber empezado mejor.

Pensándolo mejor, creo que sí voy a cambiarle las pinzas.

















Notas

[1] WCU: Unidad de asistencia de testigos.

[2] Plea and Case Management Hearing: el equivalente al juicio oral.

Esther cumple cuarenta

Purita Campos y Carlos Portela

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño y la ilustración de la portada, Purita Campos, 2014

© Purificación Campos, 2014
(ilustraciones)
© Carlos Portela, 2014
(texto)

© Espasa Libros, S. L. U., 2014
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub):

ISBN: 978-84-670-4325-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es